



EMILIA
ZOLA

PLATE

IA

P02496
.251



1080011076



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EMILIO ZOLA

3388

L'ASSOMMOIR

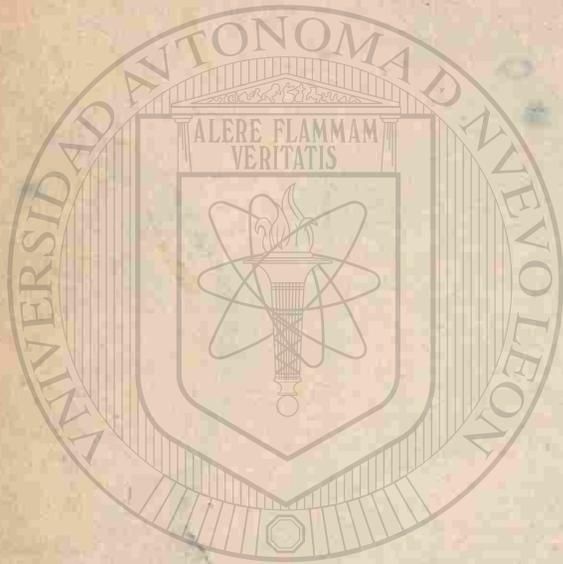
(LA TABERNA)

VERSION CASTELLANA

DE

Miguel de Toro y Gomez

TOMO II.



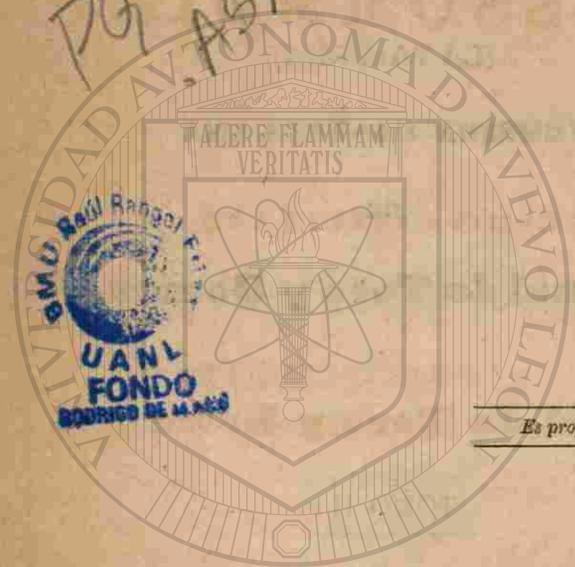
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MEXICO
TIP. Y LIT. DE JOSÉ VICENTE VILLADA,
Calle del Angel núm. 2.

1828

79 24 96
A51

Z-1035LT



Es propiedad

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

UANL

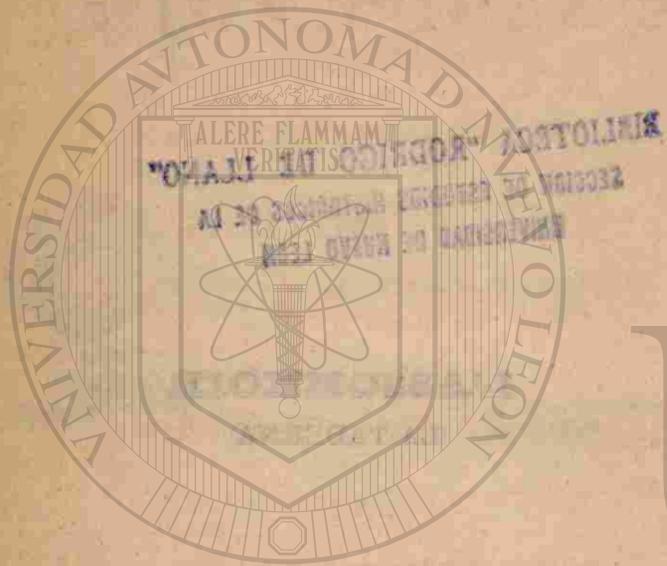
L'ASSOMMOIR
(LA TABERNA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RODRIGO DE LLANO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L

VII.

El santo de Gervasia venía á caer en 19 de Junio. Los días de fiesta los Coupeau echaban la casa por la ventana, y se levantaban de la mesa con el vientre lleno para una semana. Tan pronto como tenían cuatro cuartos juntos, inventaban una festividad á fin de tener pretexto para una nueva comilona. Virginia animaba á Gervasia á que se regalase cuanto pudiese. Cuando se tiene un marido borracho vale mas forrar el estómago con buenos bocados, que dejar que la casa se vaya en líquidos. Puesto que el dinero se habia de gastar, mas valia que se lo llevase el carnicero que el tabernero. Gervasia se abandonaba cada vez más fundándose en se-

mejantes consejos y razones. ¿Qué había de hacer ella? ¡Coupeau tenía la culpa de que no ahorrasen un céntimo! Como ella había ido engruesando y llenándose de grasa, cogeaba algo más, pues parecía que se le había encogido la pierna.

Este año, un mes antes de que llegase su santo, se hablaba ya del convite. Buscábanse los platos más sabrosos, y se relamían solo de pensar en ellos. Era preciso inventar algo extraordinario á fin de que el festin llamase la atención, pues no siempre se presentan los tiempos buenos.

Lo que mas preocupaba á la planchadora, era el saber á quién había de invitar; deseaba tener á su mesa aquel día doce personas solamente. Ella, su marido, mamá Coupeau y la Sra. Lerat, eran cuatro personas de la familia. También convidaría á los Gouget y á los Poisson. En un principio no pensó en invitar á sus oficialas, para que no adquiriesen demasiada familiaridad, pero como se hablaba siempre del festin delante de ellas y se les ponían los dientes de á media vara, acabó por decirles que asistiesen. Con las oficialas eran ya diez los convidados. Pero como quería decididamente que fuesen doce, se reconcilió con los Lorilleux, que hacía algún tiempo andaban haciéndole la rueda; convínose en que los Lorilleux bajarían á comer y se harían las paces con el vaso en la mano. La idea de la fiesta enternece todos los corazones. Cuando los Boche se enteraron del acomodo, empezaron á sitiarse á Gervasia con sonrisas y cortesías, de modo que ésta se vió en precisión de invitarlos. Por consiguiente, los convidados serían catorce, sin contar los niños. Nunca había dado

ella un convite igual, así es que estaba que no cabía en el pellejo.

La fiesta caía precisamente en lunes, lo cual era gran ventaja, pues Gervasia contaba con la tarde del domingo para empezar á cocinar. El sábado hubo una larga discusión en el taller á fin de redactar decisivamente el *menú*. Solo había un plato adoptado desde hacia tres semanas, á saber: un capon asado, que por cierto ya estaba en la despensa, Mamà Coupeau fué á sacarlo para que Clemencia y la Sra. Putois lo tomase en peso. El animal les pareció tan grande, que prorrumpieron en mil exclamaciones de asombro.

—¿Antes del capon el cocido, no es verdad? dijo Gervasia. Siempre es bueno empezar por un poco de sopa y cocido. También será preciso un plato de salsa.

Clemencia propuso un conejo, pero todo el mundo estaba harto de conejo, y Gervasia quería algo mas distinguido. Habiendo propuesto la Sra. Putois un plato de ternera en salsa blanca, todas se miraron con alegre sonrisa. Era una gran idea.

Aun pensó Gervasia en que era preciso otro plato de salsa.

Mamá Coupeau habló de pescado, pero nadie acogió bien sus palabras. El pescado no se pega al estómago, y además, tiene espinas. Como Agustina la bizca se atreviese á decir que á ella le gustaba la Raya (1), Clemencia le dió un soplamocos. Al fin la maestra pensó en un lomo de cerdo con patatas fritas, plato que fué

(1) Pez cartilaginoso con agallas fijas y cuerpo orbicular ó triangular.

unánimemente aceptado con gran regocijo. En aquel momento entró Virginia como un huracán, y con el rostro encendido.

—¡Llega vd. á tiempo! gritó Gervasia. Mamá Coupeau, enseñele vd. el bicho!

Mamá Coupeau sacó de nuevo el capon, cuyo tamaño y aspecto hizo á Virginia prorrumpir en mil exclamaciones.

Pero con la gloria se le fué la memoria; así es que dejando el capon sobre la mesa llevó á Gervasia á la habitacion del fondo.

—¡Hija mia! le dijo en voz baja, tengo que advertirle á vd. una cosa. . . . ¿Vaya que no acierta vd á quien he visto en lo último de la calle? Al mismo Lantier. Se conoce que está en acecho. por eso he venido corriendo y llena de miedo á avisar á vd.

La planchadora se puso pálida. ¿Para qué la queria aquel desgraciado? Y justamente venía á aparecer en medio de los preparativos de la fiesta. Nunca habia ella tenido suerte y estaba de Dios que no la habian de dejar disfrutar de ninguna cosa. Virginia le contestó que no tenia motivo para tomar una sofocacion. Si Lantier se atrevia á seguirla, con llamar á un agente del orden público, estaba todo arreglado. Como hacia un mes que su marido habia sido nombrado individuo del orden público, la morena hablaba en seguida ha de detener á todo el mundo. Gervasia le suplicó con un gesto que se callase, pues las oficialas estaban escuchando. Entró de nuevo en la tienda, y añadió aparentando gran calma

—¿Además, será preciso un plato de legumbres?

—En ese caso, guisantes con jamon, dijo Virginia. Es lo que mas me gusta.

—Sí, sí, guisantes con jamon, añadieron las demas, en tanto que Agustina entusiasmada hundia á porrazos el hornillo con el atisador.

Al dia siguiente, domingo, desde las tres de la mañana, mamá Coupeau encendió las dos hornillas de la casa y otra de barro que pidió prestada á los Boche. A las tres y media hervia el cocido en una gran marmita, prestada igualmente por otra vecina, pues la de la casa era pequeña para tanta gente. Habian decidido preparar con tiempo la ternera y el lomo de cerdo, porque dichos platos saben mejor recalentados; solo que la salsa no se haria hasta el momento de poner el plato en la mesa. A pesar de esto, habia de quedar bastante trabajo para el lunes con preparar la sopa, los guisantes y el capon asado. La habitacion del fondo estaba completamente iluminada con la lumbre de las tres hornillas; el aceite hervia chisporroteando en las sartenes, despidiendo un fuerte olor de harina tostada, mientras la marmita lanzaba columnas de vapor como una caldera, y exhalaba á manera de fuertes sollozos en tono grave y profundo. Mamá Coupeau y Gervasia con su delantal blanco llenaban la habitacion con sus atropellados movimientos, ya picando el peregil, ya buscando la sal y las especias, ya volviendo la carne con la paleta de madera. A fin de tener mas libertad y holgura, habian enviado á Coupeau á paseo. Pero sin embargo, no se vieron libres de visitas en toda la tarde.

Olian tan bien los guisos, que todas las vecinas de la casa, unas con un pretexto y otras con otro, fueron entrando para oler lo que guisaban, y allí se estaban de planton hasta que la planchadora se vió obligada à levantar las corvetas. A eso de las cinco entrò Virginia, habia visto tambien à Lantier, y por su parte, la Sra. Boche acababa de distinguirlo en la esquina de la acera avanzando la cabeza con aire de disimulo. Gervasia, que en aquel momento iba à comprar dos cuartos de cebollas para el cocido, se sintió acometida de un gran temblor y no se atrevió à salir, tanto mas cuanto, que Virginia y la portera aumentaban su terror contando historias terribles de hombres que aguardaban à las mugeres con cuchillos y pistolas. Todos los días se leian casos semejantes en los periódicos, porque esos bribones libertinos que se empeñan en conquistar de nuevo à una antigua amante abandonada, son capaces de todo. Virginia se ofreció à ir por las cebollas. Cuando volvió dijo que Lantier habia desaparecido, conociendo sin duda que le habian descubierto. Sin embargo, la conversacion versó únicamente sobre èl; la portera era de parecer que se descubriese todo à Coupeau, pero Gervasia mostrò un miedo terrible, y le suplicó que no dijese ni una palabra de aquello. ¡Estaría bien! Su marido debia ya haber sospechado algo, porque hacia algunos días que al acostarse juraba y renegaba dando puñetazos en el tabique. Temblaba de pensar que los dos pudiesen venir à las manos, porque Coupeau era capaz de acometer à Lantier con sus tijeras. Mientras las cuatro mugeres discutian las peripecias probables de semejante drama, las salsas hervian dulcemente

sobre las brazas cubiertas de ceniza, la ternera y el lomo producian una ligera y discreta crepitacion, cuando mamá Coupeau las descubria, y la marmita seguia con su ronquido de canónigo dormido con el vientre al sol. Las cuatro mugeres acabaron por mojar cada una, una sopa para probar los guisos.

Al fin llegó el lunes. Gervasia temia no poder acomodar à sus catorce convidados. Decidióse à poner la mesa en la tienda, y toda la mañana estuvo con el metro en la mano para saber en qué sentido la colocaria. Hubo que desmontar el tablero que servia para planchar, el cual debia hacer el papel de mesa. En medio del trastorno que se movió, como era consiguiente, se presentó una parroquiana que estaba aguardando su ropa desde el viérnes; aquello era burlarse de ella y queria que se la entregasen inmediatamente. Gervasia se escusó mintiendo con aplomo; no tenia la culpa, pues estaba limpiando su tienda, y las oficialas no vendrian hasta el día siguiente; pero prometió que arreglarian su ropa à primera hora, y la parroquiana se marchó calmada. Cuando hubo salido, la planchadora prorrumpió en malas palabras. ¡No faltaba más, sino que ella se quitase la vida por la bella cara de nadie! ¡Ni que fuera un perro! ¡Ya podia ir el Gran Turco à llevarle un cuello solo, pues aunque le ofreciese cien mil francos, no cogeria la plancha.

Empleóse la mañana entera en terminar la compra. Tres veces salió Gervasia y volvió cargada como un burro. Pero en el momento en que iba à salir de nuevo para encargar el vino, notó que no tenia bastante dinero. Hubiera podido tomar el vino fiado, pero no era cosa

de estar sin un cuarto en la casa, à causa de los mil gastillos que suelen ocurrir. Ella y mamá Coupeau estaban desoladas, pues segun sus cálculos necesitaban unos 20 francos, y no sabian donde encontrarlos. Mamà Coupeau que habia servido á una actriz del teatro de Batignolles, habló del Monte de Piedad. Gervasia se asombró de su torpeza por no haber caido ántes en ello. Envolvió en un paño su vestido de seda negro sujetándolo con alfileres, y lo colocó bajo el delantal de mamá Coupeau lo mas aplastado que pudo para que los vecinos no notasen el bulto, y se puso de centinela en la puerta para ver si alguien seguía á la vieja; pero aún no llegaba ésta delante de la carbonería cuando la llamó, y haciéndole que entrase de nuevo en la tienda, se quitó del dedo la sortija del matrimonio y se la entregó, diciendo:

—Llévela vd. tambien, así darán más dinero.

Cuando volvió mamá Coupeau del Monte con veinticinco francos, la planchadora bailó de alegría. Además del vino que habia, mandó traer otras seis botellas lacradas para comer el asado.

Los Lorilleux iban á reventar de envidia.

Desde hacia quince días el sueño de la Coupeau era anonadar con su largueza á los Lorilleux. Éstos, que eran por cierto una linda pareja, se encerraban cuando tenian que comer algun buen bocado, como si lo hubiesen robado, á fin de que nadie subiese á molestarlos. Tapaban la ventana con un paño para que no se viese la luz desde fuera. Al dia siguiente tenian muy buen cuidado de no echar los huesos en la basura, y la Sra.

Lorilleux iba á un extremo de la calle á echarlos por una alcantarilla; una mañana la vió Gervasia vaciando su delantal lleno de conchas de ostras. Todos estos manejos no obedecian sino al deseo de parecer pobres. ¡Pues bien! ¡Llevarian una buena leccion! Gervasia hubiera querido poner la mesa en medio de la calle para convidar á todo el que pasara. ¿Acaso no se habia hecho el dinero para que rodara? Ella era tan distinta de sus cuñados, que cuando tenia dos francos hacia de manera que todo el mundo creyese que tenia cuatro.

Mamá Coupeau y Gervasia se ocuparon de los Lorilleux, mièntas ponian la mesa. Habian puesto grandes cortinas en el aparador, pero como hacia tanto calor, estaba la puerta de par en par, y todos los transeuntes podian enterarse y atisbarlo todo. A cada detalle que añadian á la mesa soltaban alguna frase mortificante para los Lorilleux. Colocaronlos de manera que pudiesen apreciar de una sola ojeada la magnificencia de la mesa, y les reservaban la mejor vagilla, porque sabian que los platos de porcelana habian de ser el golpe de gracia.

—No, no, madre; ¡no les ponga vd. esas servilletas, gritó Gervasia. Tengo dos adamascadas,

—¡Es verdad! contestó la vieja, así reventarán de envidia!

Y ambas sonrieron de pié á los dos lados de aquella gran mesa cubierta con un blanquísimo mantel; los catorce cubiertos artísticamente colocados las llenaban de orgullo; aquello parecia una capilla.

—¡Para qué son tan cicateros!... Ya sabe vd. que

el mes pasado forjaron la mentira de que habían perdido un trozo de cadena de oro. . . . ¡Cómo si ellos pudiesen perder algo! . . . ¡Fué solo una farsa para excusarse de darle á vd. los cinco francos! . . .

—¡No me los han dado mas que dos veces! . . . dijo mamá Coupeau.

—¿Cuánto apuesta vd. á que el mes que entra inventan otra historia? . . . Por eso tapan la ventana cuando se comen un conejo. ¿No es verdad? De otro modo se les podía decir: "Ya que tienen vds. para comer conejo, bien pueden dar cinco francos á su madre." ¡Oh! Son unos bribones! . . . ¿Qué hubiera sido de vd. á no haberse venido con nosotros? . . .

Mamá Coupeau movió la cabeza en lugar de asentimiento. Aquel día estaba enteramente contra los Lorilleux, á causa del gran convite que daban los Coupeau. Por otra parte, generalmente, no se llevaba del todo mal con su nuera. Algunas veces, sin embargo, reñian como sucede en todas las casas, y la vieja se quejaba amargamente de verse á merced de su nuera. En el fondo debía conservar cierto cariño á la Sra. Lorilleux que, despues de todo, era su hija.

—A buen seguro, añadió Gervasia, que no estaria vd. tan gorda en casa de ellos! ¡No habria café, tabaco, ni ninguna otra golosina! . . . Y dígame vd., ¿le hubieran puesto nunca dos colchones en la cama?

—De seguro que no, respondió mamá Coupeau, Cuando entren me voy á poner frente á la puerta para ver la cara que ponen.

Entre tanto, se acercaba la hora de la comida. Los Coupeau habian almorzado á la una un poco de embu-

tido, por que las tres hornillas estaban ocupadas, y no querian, ademas, ensuciar los platos. A las cuatro llegó para las dos mugeres la hora crítica. El capon ensartado en el asador se asaba lentamente, y Agustina, iluminada completamente por el resplandor de la lumbre, le echaba con la mayor gravedad cucharadas de manteca. Gervasia estaba ocupada en preparar los guisantes, y mamá Coupeau daba vueltas atolondrada esperando el momento de poner á calentar la ternera y el lomo. A eso de las cinco empezaron á llegar los convidados. Entraron primero Clemencia y la Sra. Putois en traje de domingo, vestida de azul la primera y de negro la segunda. Esta traia un heliótropo y aquella un geranio. Gervasia que tenia en aquel momento las manos llenas de harina, les dió á ambas dos ruidosos besos en las mejillas. A poco entró Virginia ataviada como una señora, con vestido de musolina estampada y con un lujoso sombrero, á pesar de que solo habia tenido que atravesar la calle. Traia un tiesto de claveles rojos, y estrechó entre sus brazos á Gervasia. Al fin aparecieron Boche con un tiesto de pensamientos, su esposa con otro de reseda, y la señora Lerat con otro de toronjil. Esta última vestia un traje de merino color violeta. La gente se iba aglomerando y Gervasia los acogia á todos con la mayor amabilidad, sin dejar por eso de labrar la salsa para la ternera. Habia ido colocando los tiestos en un extremo de la mesa, y el perfume suave de las flores se mezclaba al excitante olor de la cocina.

—¿Quiere V. que le ayude? dijo Virginia. ¡Cuándo pienso que hace tres días está V. preparando todo eso,

y que sólo en una hora no vamos á dejar ni señales!..

¡Vaya! respondió Gervasia, ¡alguien lo ha de hacer!.. No, no se ensucie V. las manos. Ya está todo arreglado, sólo falta la sopa.

Las señoras fueron colocando sus chales y sombreros sobre la cama y se recogieron los vestidos para no mancharlos, sujetándolos con alfileres. Boche que había mandado á su mujer á guardar la portería hasta la hora de la comida, empujaba á Clemencia hácia un rincón preguntándole si tenía cosquillas, y ella se reía nerviosa y excitada, porque la sola idea de las cosquillas la hacia estremecerse. Las otras mugeres para no molestar á las cocineras, habian pasado tambien á la tienda y sostenian una conversacion apropiada al caso. Virginia dijo que se habia preparado para el convite con dos dias de ayuno, y la sùcia de Clemencia añadió por su parte que habia tomado por la mañana un purgante para hacer sitio, á semejanza de los ingleses. Boche dió tambien una receta para hacer la digestion al minuto, la cual consistia en apretarse con una puerta despues de cada plato; esto segun él decia, se practicaba tambien entre los ingleses, y permitia estar comiendo doce horas seguidas sin cansar el estómago. La cortesía requiere, que cuando convidan á uno á comer, coma de veras, añadía. ¡Oh! la patrona podia estar tranquila, pues ni aun habian de tener necesidad de fregar los platos al día siguiente. Las señoras acabaron por echarla de polluelas, empujándose mútuamente, corriendo de una habitacion á otra, resolviéndolo todo y mezclando sus risotadas al ruido que hacia mamá Coupeau, partiendo jamon con una especie de hachuela.

Justamente en el momento en que el alboroto llegaba á su término, se presentó Gouget. Traia un magnífico rosal blanco, cuyo tallo subia hasta su rostro, mezclando sus flores con la rubia barba, y no se atrevia á entrar, un tanto intimidado. Gervasia corrió hácia él, hecha una amapola su cara, á causa del fuego de las hornillas, pero el pobre joven no sabia como desembarazarse del rosal; cuando ella lo cogió, anduvo tartamudeando sin atreverse á besarla. Ella misma tuvo que enpinarse y ponerle la mejilla en los lábios, pero estaba tan turbado, que la besò en un ojo, con tal fuerza, que estuvo en poco que la dejara ciega.

—¡Oh! Sr. Gouget ¡qué hermoso es! dijo colocando el rosal junto á las otras flores.

—No, no por cierto. repetia el jóven sin acertar á decir mas.

Quando se hubo repuesto un tanto, le dijo que su madre no podia venir por estar enferma. Gervasia lo sintió en el alma, y habló de apartar un pedazo de capon pues tenia empeño en que lo probase la buena señora. Ya no faltaba nadie á quien esperar. Coupeau y Poisson no debian tardar, pues habian prometido estar allí á las seis en punto. Entonces como la sopa estaba casi hecha, Gervasia llamó á la señora Lerat, y le dijo que le parecia aquel el momento á propósito para llamar á los Lorilleux. Esta que habia manejado la negociacion del arreglo entre ambos matrimonios, recobró su aire de gravedad, y poniéndose su chal y su sombrero, subió dándose cierta importancia. Los convidados, cesando de pronto en su alboroto, esperaron con seriedad el desenlace.

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

**SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON**

La primera que apareció fué la Sra. Lerat. Con una mano mantuvo abierta de par en par la puerta, en tanto que la Sra. Lorilleux, con su vestido de seda, se detenía en el dintel. Todos se levantaron y Gervasia se adelantó, besó á su cuñada conforme al ritual establecido de antemano, y le dijo:

—¡Vamos! entre vd. Todo ha concluido. ¿no es verdad? Desde hoy seremos las mejores amigas.

—Así lo deseo de todas veras, respondió la Sra. Lorilleux. Cuando hubo entrado, su marido fué objeto de igual ceremonia; ninguno de los dos traía flores, porque creían que hubiera sido rebajarse. Gervasia hizo que Agustina echase vino y todos brindaron por la paz y armonía de la familia.

—Antes de la sopa, no hay nada como esto, dijo Boche chasquando la lengua. Es mucho mejor que un puntapié en el trasero.

Mamá Coupeau se había colocado frente á la puerta para ver la cara que ponían los Lorilleux. Tiró de la falda á Gervasia y la condujo á la habitacion inmediata. Ambas hablaron vivamente en voz baja inclinándose sobre la sopa.

—¿Eh? ¿qué tal? ¡vaya un apabullo! dijo la vieja. Si hubieras podido observarlos como yo. . . . Vaya un gesto que puso ella cuando vió la mesa! El por su parte empezó á tocar como si se ahogase. ¡Mirálos ahora como se muerden los labios y tragan saliva!

—Me causa pena gentes tan envidiosas, murmuró Gervasia.

Lo cierto es que los Lorilleux estaban pasando un mal rato. A pesar de las consideraciones que les impo-

nian la concurrencia casi no podían contenerse. Aquello los humillaba. Tenía atravesada en la garganta la mesa con sus catorce cubiertos, su blanco mantel y demás atavíos. Parecía el taller un restaurant de los boulevares. La Sra. Lorilleux dió la vuelta á la mesa, bajando la vista para no ver las flores y disimuladamente tentó el mantel, atormentada por la idea de que había de ser nuevo.

—¡Ya estamos! gritó Gervasia reapareciendo sonriente, con los brazos desnudos.

Los convidados tenían hambre y bostezaban ligeramente sin decir palabra.

—Si llegase mi marido, añadió Gervasia, podríamos empezar.

—¡Sí! dijo la Sra. Lorilleux: de ese modo se enfriaría la sopa. . . . Coupeau nunca llega á tiempo; era preciso no haberle dejado salir.

Eran ya las seis y media. Gervasia temiendo que se pasara la hora de la comida pensó enviar á alguien á las tabernas de los alrededores para ver si encontraban á Coupeau. Gouget se ofreció á ello y ella quiso acompañarle juntamente con Virginia, que estaba inquieta por su marido. Cada una se cogió al brazo de Gouget, de modo que entre los tres ocupaban toda la acera. La costurera con su vestido de floreada muselina y la planchadora con una bata blanca con lunares azules, los brazos desnudos y una corbatita de seda gris al cuello, formaban contraste con el herrero vestido todo de negro. Todo el mundo se fijaba en ellos al verlos pasar tan compuestos en un día de trabajo y tan frescos y risueños. Pero ellos no pensaban en divertirse.

Llegaban á la puerta de todas las tabernas y alargaban la cabeza para ver si estaba dentro Coupeau. ¿Habría ido tal vez este animal al Arco del triunfo? Ya habían recorrido inútilmente la *Petite Civette*, célebre por sus ciruelas, la taberna de la tía Baquet, que vendía vino de Orleans á ocho sueldos, la del *Papillon*, punto de reunion de los cocheros y gente de buen gusto, cuando al pasar por delante de la de Francisco, Gervasia exhaló un ligero grito.

—¿Qué ocurre? preguntó Gouget.

La planchadora no reía. Estaba tan pálida y conmovida que no podía tenerse. Virginia lo comprendió todo viendo á Lantier que comía tranquilamente en la citada taberna. Ambas mugeres arrastraron tras sí á Gouget.

—Me he torcido un pié, dijo Gervasia, cuando se re-puso.

Al fin encontraron á Coupeau y Poisson en el *Asso-moir* del tío Colombe. Estaban de pié en medio de un grupo de hombres. Coupeau gritaba y gesticulaba furiosamente, y Poisson, que no estaba aquel día de servicio, le escuchaba inmóvil y taciturno atusándose los bigotes. Gouget dejó á las mugeres en la acera y fue á tocar en el hombro al plomero. Cuando éste vió á Gervasia y Virginia, se incomodó. ¿Qué se les había perdido allí á aquellas mugerzuelas? Le estaban estorbando y podían irse y disfrutar solas su comistrajo, pues él no se había de mover de allí. A fin de apaciguarle, Gouget tuvo que aceptar un convite. Al fin cuando salió Coupeau dijo á su muger:

—¡Cuidado con que vuelvas á buscarme!.... Yo estoy donde me da la gana!..... ¿Lo oyes?.....

Ella no respondía. Estaba temblando. Debía haber hablado de Lantier con Virginia, porque ésta empujó á su marido y á Gouget diciéndoles que echasen delante. Despues se colocaron á los lados del plomero para distraerle é impedirle que viese nada. Este estaba como quien dice á medios pelos y como ellas intentasen tomar la acera de la izquierda, él las atropelló y echó por la derecha. Las dos corrieron aterradas para la puerta de Francisco, pero Coupeau debía saber que estaba allí Lantier, Gervasia quedó estupefacta oyéndole decir con voz gruñona:

—¡Ya sé que hay ahí un antiguo conocido!..... Soy yo acaso algun babeiaca?..... ¡Cómo yo te coja en algun gatuperio!....

Despues añadió mil palabrotas, diciendo por fin, que no era á él á quien había salido á buscar en aquella facha, sino á su antiguo querido. De pronto experimentó una rabiá loca contra Lantier, y empezó á dirigirle insultos diciendo que uno de los dos tenia que morir. Este parecia no oír y seguía comiendo tranquilamente. La gente se iba agolpando allí. Virginia consiguió al fin llevarse á Coupeau que se serenó súbitamente al doblar la esquina. A pesar de esto entraron en la tienda menos alegres que habían salido.

Los convidados esperaban con cara de hambre al rededor de la mesa. El plomero repartió apretones de manos, cantoneándose delante de las señoras. Gervasia un tanto preocupada, hablaba en voz baja y se ocupa-

ba en ir colocando á todo el mundo. De pronto notó que iba á quedar un sitio vacío por no haber venido la Sra. Gouget.

—¡Estamos trece! dijo conmovida, viendo en aquel incidente una nueva prueba de la fatalidad que desde hacia algun tiempo la perseguía.

Las señoras, ya sentadas, se levantaron con aire inquieto y malhumorado. La Sra. Putois ofreció retirarse porque segun ella, no se debían tomar á broma aquellas cosas; en cuanto á Boche, se burlaba diciendo que estando trece en vez de catorce, las partes serían mayores.

—¡Esperen vds! dijo Gervasia, todo se va á arreglar.

Y saliendo á la puerta llamó al tío Bru que en aquel momento atravesaba la calle. El viejo entró encorvado y silencioso como siempre.

—Siéntese vd. ahí buen amigo, dijo la planchadora ¿Quiere vd. comer con nosotros?

El hizo con la cabeza un signo de asentimiento. Todo le era indiferente.

—¡Tanto da que sea él, como cualquier otro! añadió Gervasia bajando la voz. El pobre está casi siempre muerto de hambre. Al menos se regalará una vez y podremos engullir sin remordimiento.

Gouget tenía los ojos humedos á causa de la emoción. Los demas se compadecieron aplaudiendo la determinación del ama de la casa. Sin embargo, la Sra. Lorraine no parecía muy satisfecha con la vecindad del viejo; desviábase cuanto podía y miraba con repugnancia sus manos encallecidas y su blusa desteñida y ha-

rapienta. El pobre viejo permanecía con la cabeza baja, sin atreverse á tocar á la servilleta que estaba doblada sobre su plato. Por último, se decidió á desdoblarla y la colocó en el borde de la mesa.

Gervasia sirvió la sopa y ya habían empezado á servirse algunos, cuando Virginia notó que Coupeau había desaparecido nuevamente. Tal vez habría vuelto á la taberna. Todos se incomodaron, y por esta vez nadie pensó en correr á buscarlo. Si no tenía hambre podía estarse en la calle. Pero algunos segundos despues y cuando apenas quedaban algunas cucharadas de sopa en la sopera, apareció el perdido con dos tiestos, uno de girasoles y otro de balsamina. Todo el mundo prorumpió en aplausos. El con la mayor galantería colocó los dos tiestos á ambos lados del vaso de Gervasia, despues inclinándose le dió un beso.

—¡Te había olvidado, cordera mía! pero eso no quita para que yo te muestre mi cariño, sobre todo, en un día como éste.

—Está desconocido esta noche el Sr. Coupeau, dijo Clemencia al oído de Boche. Pocas veces lo he visto tan amable.

La galantería del anfitrión restableció en la mesa el buen humor, comprometido por algunos momentos. Gervasia había recobrado la tranquilidad y alegría. Los convidados terminaron la sopa, y empezó á circular el vino para que no se les quedase atascada en el gaznate. En la habitación inmediata se oía disputar á los niños. Estaban en ella Estéban, Nana, Paulina y el pequeño Víctor Fauconnier. Agustina que quedaba al cuidado de las hornillas, comía sobre sus rodillas.

¡Mamá! ¡mamá! gritó bruscamente Nana. ¡Agustina está metiendo su pan en el asado. Gervasia acudió y sorprendió á la vizca poco ménos que ahogándose, para tragar mas pronto una torrija de pan mojado en la ardiente grasa del capon. Todavía la bribonzuela se atrevió á negarlo, por lo cual le dió unos pescozones.

Cuando despues del cocido apareció la ternera en salsa servida en una ensaladera, porque no habia en la casa una fuente suficientemente grande, circulò una sonrisa alegre entre los comensales.

Esto se va poniendo sério, dijo Poisson que rara vez despegaba sus labios.

Eran las siete y media y habian cerrado la puerta de la tienda para que no figoneasen los vecinos del barrio; especialmente el relojero de enfrente tenia los ojos abiertos como tazas y parecia que les queria quitar los bocados á todo trance con la vista. Las cortinas puestas delante del aparador dejaban penetrar como cernida, una luz blanca y sin intermitencias, que bañaba la mesa con sus cubiertos, sus flores y demas adornos, aquella especie de lento crepúsculo daba á la reunion cierto aire distinguido. Cuando pasaba una carreta por la calle, los vasos y las botellas saltaban sobre la mesa y las señoras se veían obligadas á alzar la voz tanto como los hombres. Pero se hablaba y todo el mundo se contenia dentro de las reglas de la cortesía y urbanidad. Solo Coupeau tenia blusa, porque segun decia, con los amigos no hay cumplidos, y porque la blusa es el traje de gala del obrero.

Pero en cambio si no se hablaba, se comia de lo lindo. ¡Vaya una embestida que había sufrido la ternera!

La fuente, en cuyo centro habia clavada una cuchara se mantenía gracias á la consistencia gelatinosa de la salsa, viajaba continuamente al rededor de la mesa. Entre bocado y bocado se oia el chocar de los vasos contra la mesa. La salsa, como hemos dicho, estaba espesa, y un tanto salada, así es que habia que recurrir á cada momento al vino para ayudarla á pasar y para apagar el incendio que producía en el estómago. Sin dar ningún respiro presentóse en la mesa humeante el lomo de cerdo rodeado de doradas patatas. Fué objeto de una ovacion general. Todos fijando en la fuente una mirada oblicua, se dispusieron al asalto, limpiando el cuchillo con un poco de pan. Cuando todo el mundo se hubo servido empezaron á hablar con la boca llena. ¡Qué lomo! ¡si aquello era una manteca á causa de su blandura y suavidad!

¡Se le sentía bajar dulcemente desde el gáznate á los talones! Aunque aquello no estaba salado, pero las patatas exigian un rieguecillo de vino á cada minuto. Entre la ternera y el lomo se consumieron ocho litros (1). Los platos quedaron como patenas y no hubo que mudarlos para comer los guisantes; este era un plato que no traía consecuencia y con dos litros quedó despachado.

—¡Mamá! ¡mamá! gritó nuevamente Nana. ¡Agustina mete las manos en mi plato.

—¡No me incomodes mas! ¡Dáale un bofetón, dijo Gervasia que estaba aforrándose de guisantes!

En la mesa de los niños, Nana hacia de ama de casa.

(1) El litro equivale próximamente á dos cuartillos.

Estaba sentada junto á Víctor y había colocado á Estéban al lado de Paulina; jugaban á los casados, y eran dos matrimonios que estaban divirtiéndose. En un principio Nana sirvió á sus convidados con la mayor gracia y coquetería como si fuera una verdadera muger, pero cuando llegaron los guisantes con jamon pudo mas su glotonería y guardó todos los torreznos para sí. Agustina metió la mano en su plato y bajo pretexto de repartirlos cogió un puñado de ellos, Nana, furiosa le tiró un bocado en la muñeca.

¡No tengas cuidadado, murmuró Agustina! Yo le diré á tu mamá que le has dicho á Víctor que te dé un beso!

Entraron Gervasia y mamá Coupeau á descolgar del asador el capon, y se restableció el orden. En la mesa grande todos respiraban con fatiga echados sobre el respaldo de la silla. Los hombres se desabotonaban el chaleco, y las señoras se limpiaban la cara con las servilletas. La noche había llegado lentamente, y solo penetraba á través de las cortinas, una débil claridad gris cenicienta. Cuando Agustina colocó en cada extremo de la mesa un quinqué encendido, pudo juzgarse á su viva claridad del desorden que reinaba en aquella. Cada cubierto andaba por un lado, los platos estaban llenos de grasa, y el mantel manchado de vino y cubierto de migajas. Reinaba una atmósfera sofocante, y sin embargo, las narices se volvían hácia la cocina, á causa de ciertas emanaciones nada desagradables que salían de ella.

¿Voy á echar una mano? gritó Virginia. Levantóse de su silla y pasó á la cocina; todas las mugeres siguie-

ron su ejemplo. Rodearon el asador y contemplaron con profundo interés á Gervasia y máma Coupeau, que sacaban en aquel momento el capon con el mayor cuidado. Despues se levantó un clamoreo en medio del cual se distinguían los gritos agudos y los saltos de los niños. La entrada en el comedor fué un verdadero triunfo; Gervasia llevaba el ave con los brazos estendidos y sudorosa la faz en la que se dibujaba una sonrisa de orgullo; las mugeres caminaban detrás, y Nana, desde la puerta de la cocina, con los ojos muy abiertos, se ponía de puntillas para ver mejor. Cuando el enorme capon dorado y chorreando manteca, estuvo sobre la mesa, produjo una sorpresa respetuosa y muda. ¡Aquello sí que era una avel! ¡Qué muslos y qué pechuga!

¡Se conoce que no lo han cebado con aleluyas! dijo Boche.

Entonces entraron en detalles acerca del capon. Gervasia dijo que no había encontrado otro mayor en ninguna pollería del barrio; pesaba doce libras y media y había necesitado una esportilla de carbon. Virginia añadió que lo había visto ántes de asarlo y que de buena gana le hubiera clavado el diente entónces, á causa de lo fina y blanca que tenía la piel; ¡parecía el cútis de una rubia. . . .! Los hombres se reían con sensual glotonería y se dirigían maliciosas miradas. Sin embargo, Lorrilleux y su esposa se ahogaban de envidia al ver semejante pieza en la mesa de su cuñada la coja.

—¡Vamos! dijo al fin Gervasia. ¿Quièn lo va á trinchar? porque no nos lo vamos á comer entero y yo no tengo fuerzas para trincharlo.

Ofrecióse à ello Coupeau, que creía era aquello lo mas sencillo del mundo; pero hubo que quitarle el cuchillo de las manos, porque empezó á hacer una carnicería. Durante un momento se buscó un hombre de buena voluntad. Al fin la Sra. Lerat dijo con voz amable:

—Creo que el Sr. Poisson.....

Y como nadie pareció comprender su indicacion, añadió.

Estoy segura de que ninguno lo hará mejor que el Sr. Poisson que conoce el manejo de las armas.

Y alargó al esposo de Virginia el cuchillo que tenia en las manos. Poisson se inclinó con militar cortesía, y se preparó á trinchar el ave mónstruo. Iba cortando lenta y cuidadosamente, y tenia los ojos fijos en la víctima como si quisiese sujetarla con la vista en el fondo de la fuente. Cuando hundió el cuchillo en la armazon y crugió ésta, Lorilleux exclamó en un arranque de patriotismo.

¡Pardiez! ¡Si fuese un cosaco!

¿Se ha batido vd. con los cosacos, Sr. Poisson? preguntó la Sra. Boche.

No, con los beduinos, respondió el nuevo agente del orden público, mientras desprendía un alon. Ya no hay cosacos.

Despues reinó un profundo silencio. Todas las miradas seguian con ansiedad el cuchillo. Poisson preparaba una sorpresa. Derrepenté dió el último golpe, la parte posterior de la bestia, se separó manteniéndose en

pié con la rabadilla en el aire, formando lo que se llama la mitra del obispo. Entónces estalló la admiracion; no habia nadie como los antiguos militares para salir de ciertos trances comprometidos.

Sin embargo, por la abertura, situada en la parte posterior del ave, salió un cañito de salsa, y Boche se permitió una alusion nada limpia por cierto.

¡Oh qué asco! gritaron las señoras ¡haga vd. el favor de no decir esas porquerías!

—¡No conozco hombre más súcio que éste, añadió su muger más furiosa que las demas. ¡Callate! ¡por qué serías capaz de remover el estómago á un ejército....! ¡Y sepan ustedes que eso lo dice porque queria comerse todo!

En aquel momento, Clemencia decia con insistencia en medio del ruido de las voces.

—Sr. Poisson, oiga vd., Sr. Poisson, ¿me guardará vd. la rabadilla? ¿no es verdad?

—Hija mia, le dijo la Sra. Lerat con ironía, esa le corresponde á vd. de derecho.

Entre tanto, el ave estaba ya trinchada. Poisson despues de dejar que la concurrencia admirase su obra, deshizo la mitra y colocó por orden los pedazos. Podian servirse cada uno, pero las señoras, que estaban reventando dentro de los corsès, se quejaban del calor. Coupeau dijo que estaban en su casa y que á él nada se le importaba de la vecindad; así es que abrió la puerta de par en par y el festin continuó entre el ruido que producian los carruajes y los transeuntes. Entónces las mandíbulas, que habian descansado mientras tenia lu-

gar la anterior escena, se pusieron de nuevo en movimiento, y todo el mundo atacó vigorosamente al capon. Boche decia que mientras habia estado viendo trinchar el ave, se le habian bajado á los talones la ternera y el lomo.

Ninguno de los convidados se acordaba de haber tragado tanto como en la ocasion presente. Gervasia con los codos apoyados sobre la mesa, comia un gran trozo de pechuga y no hablaba para no perder bocado, únicamente le molestaba y avergonzaba un tanto el mostrarse tan glotona como una gata delante de Gouget. ¡Por lo demas se mostraba tan gentil y tan buena en medio de su glotonería. A cada momento se interrumpia para atender al tío Bru y darle algun buen bocado. Era conmovedor ver á aquella glotona quitarse de la boca un pedazo de alon para dárselo al viejo, que con la cabeza baja tragaba de todo sin distincion, pues su gaznate habia perdido el gusto del pan. Los Lorilleux vengaban su ira en el asado, comian para una semana, y de buena gana se hubieran comido platos, mesa y tienda para arruinar á la coja. Todas las señoras pidieron caparazon, pues es el bocado preferido por ellas. La Sra. Lerat, Boche y Putois roian los huesos, mientras mamá Coupeau, que se moria por el cuello, arrancaba la carne del mismo con los dos únicos dientes que le quedaban. A Virginia le gustaba más el pellejo, sobre todo, cuando estaba bien tostado, y todos le daban por galantería la parte que les habia correspondido, hasta el punto que Poisson lanzándole terribles miradas le ordenó que no tomase mas, pues ya una vez por haber comido demasiado de aquel mismo plato, habia es-

tado quince dias en cama con el vientre inflamado. Pero Coupeau se incomodó y sirvió á Virginia un trozo de muslo diciéndole que si no lo comia, no era muger. ¿Acaso el capon se le habia indigestado nunca á nadie? Entre tanto, Clemencia acababa de chupar la rabadilla, retorciéndose de risa en su asiento á causa de las indecencias que Boche la decia en voz baja. Aquello no era comer sino reventar, se veian inflarse los vientres poco á poco; las mugeres parecian todas en estado interesante, y todos en general tenian el rostro congestionado y la barba llena de grasa.

¿Y qué diremos del vino? corria al rededor de la mesa como el agua en el Sena. Coupeau, escanciaba desde alguna altura para admirar la espuma que formaba el rojo líquido, y cuando se vaciaba una botella la ponía boca abajo y hacia como que ordeñaba el cuello de la misma, para que no se desperdiciase ni una gota. Despues las iba hacinando en un rincon que parecia un cementerio de botellas. Habiéndose atrevido á pedir agua la Sra. Putois, el plomero indignado, quitó las botellas del agua de la mesa. ¿Acaso las personas decentes bebian agua ó querian tener ranas en el estómago? Por más que dijese los jesuitas, el zumo de la vida era una invencion famosa. Todos reian y aplaudian, añadiendo que el obrero no podia vivir sin vino y que el santo patriarca Noé debia haber plantado las viñas para los plomeros, sastres, herreros y demas. El vino daba fuerzas para seguir trabajando y hacia circular el fuego de la actividad por las venas de los holgazanes. Ademas ¿por qué habia de reprocharse al obrero cansado de trabajar, sin recursos y despreciado de los bur-

geses el que alguna vez bebiese algo más de lo suficiente, para ver la vida color de rosa? ¿Qué tenía él, por ejemplo, que envidiar en aquel momento al emperador? A buen seguro que éste último no gozaria ni se divertiría tanto como él. Al decir esto se sonaba el bolsillo del chaleco, donde tenía por junto tres sueldos, como si lo tuviese lleno de monedas de oro. El mismo Gouget, tan sóbrio de costumbre, se había puesto un poquito alegre. En cuanto à Boche, Lorilleux y Poisson, estaban como cubas. También las señoras se habían puestas, como quien dice, à medios pelos; pero solo Clemencia empezaba à mostrarse un poco inconveniente. De repente se acordó Gervasia de las seis botellas lacradas que había comprado para comer el ave; trájolas, se llenaron los vasos y Poisson, levantándose con el vaso en la mano, dijo.

—Brindo por la salud del ama de la casa.

Todo el mundo se puso de pié con gran estrepito, extendiéronse los brazos, chocaron los vasos y Virginia gritó.

—Brindo, porque nos reunamos igualmente de aquí à cincuenta años.

—No, no, respondió Gervasia conmovida y sonriente, no quiero hacerme tan vieja.... llega un tiempo en que morir es una felicidad!

Entre tanto, como la puerta estaba abierta, eran objeto de las miradas de todos los vecinos. Los transeuntes se paraban y se reían al ver aquella gente tragar con tan buen humor. Los cocheros inclinándose sobre el pescante dirigen miradas y alguna que otra broma

à la concurrencia; uno decía "¡eh amigo! ¿pagas una copa?" y otro dirigiéndose à una de las señoras añadía, "¿quiere vd. que vaya à buscar à la pàrtera?" El olor del festin regocijaba toda la calle y desde los horteros de la tienda de ultramarinos hasta la tripera y la carbonera de enfrente todos se relamian como si participasen de la fiesta. Hasta las Sras. Cadorgue, madre è hija, las que tenían tienda de paraguas y à quienes nunca se veía, atravesaron la calle para fisgonar. El relojero, sentado ante su mesilla, había dejado de trabajar y estaba ya borracho solo de las botellas que habían desocupado los convidados. A estos últimos les lisonjeaba el ser objeto de la curiosidad de los vecinos y transeuntes y hubieran querido echar abajo el aparador y ponerse en medio de la calle.

Coupeau viendo al relojero que se le saltaban los ojos, le enseñò desde léjos una botella; él aceptó con una inclinacion de cabeza, y el plomero le llevó la botella y un vaso. Establecióse una especie de fraternidad con la calle. Se convidaba à todos los que pasaban y pronto todo el barrio de la Gota de Oro tomó parte en la fiesta.

La Sra. Vigouroux, la carbonera, hacia un rato que estaba pasando y cruzando por delante de la puerta.

—¡Eh, Sra. Vigouroux! entre vd., gritaron todos à una.

Ella entró dando las gracias con estúpida sonrisa. Todos sus conocidos gustaban tirarle pellizcos, porque podían pellizcarla en todos lados sin miedo de encontrar hueso. Boche la hizo sentar à su lado y se permitió, aunque con disimulo, algunas libertades. Pero ella,

sin darse por ofendida, vació tranquilamente un vaso de vino, refiriendo con la mayor tranquilidad que todos los vecinos de la casa estaban en las ventanas, y que algunos empezaban à incomodarse del escàndalo que movian en la tienda.

—¡Oh! ¡eso es cuenta nuestra! dijo la Sra. Boche. ¿Acaso no somos nosotros los porteros? Pues bien, respondemos de la tranquilidad... que vengan à quejarse y les diremos lo que viene al caso.

En la habitacion inmediata, entre tanto, habia sucedido casi una catàstrofe; el pequeño Víctor tenia atravesado un huecesillo en la garganta y Nana estaba muy apurada con tal percance. Metíale los dedos obligándole à tragar grandes terrones de azúcar como medicamento. Esto no le impedía cuidar à los otros niños, y à cada momento iba à la mesa grande à pedir vino, pan y carne para Estèban y Paulina.

—¡Toma y revienta! le decia su madre. ¡Acabarás de dejarme en paz!

En medio del bullicio y alboroto, habiase entablado un diálogo entre el tío Bru y mamá Coupeau. El viejo, hartó de comer y beber hablaba de sus hijos muertos en Crimea. ¡Si ellos hubieran vivido no le hubiera faltado nunca que comer! Pero mamá Coupeau con la lengua algo torpe, à causa del vino, le decia casi al oido:

—¡Los hijos dan mucho qué hacer! ¿V. creé que yo soy feliz aquí? Pues no señor, que más de una vez lloro y me desespero... No desee vd. tener hijos.

El viejo movia la cabeza.

—Ya no me quieren en ninguna parte para trabajar, murmuró, porque soy demasiado viejo. Cuando entro

en un taller los jóvenes se burlan de mí y me preguntan si limpié las botas de Enrique IV... El año pasado gané aún dos francos diarios pintando un puente; para eso tenia que estar todo el dia boca arriba, y como corria el agua por debajo, cogí una tos que no me deja vivir... Hoy todo ha concluido y en todas partes me despiden, porque ya no sirvo para nada... Ya ve vd. si no es una desgracia el no haberme muerto. Cuando no se puede trabajar, lo mejor es morir.

—Verdaderamente, dijo Lorilleux, que prestaba oido à la conversacion, no comprendo cómo el gobierno no socorre à los inválidos del trabajo... El otro dia leí esto mismo en un periódico.

Pero Poisson se creyó en el caso de defender al gobierno, y declaró que los obreros no son soldados, que los inválidos se habian creado únicamente para los militares, y que no se debian pedir al gobierno cosas imposibles.

Sirviéronse los postres. En medio de la mesa habia un gran pastel de Saboya en forma de templo con su cúpula; sobre la cúpula se veia una rosa artificial cerca de la que se balanciaba una mariposa de papel dorado en la punta de un alambre. A la izquierda se veia un gran trozo de queso blanco en un plato y à la derecha una fuente de fresas. Además habia una gran ensaladera llena de ensalada.

—¡Vamos, Sra. Boche, dijo obsequiosamente Gervasia, atrévase vd. con un poco de ensalada! Ya sé que es vuestro plato favorito.

No, no, ¡muchas gracias! ¡Estoy ya hasta aquí dijo señalando al cuello.

La planchadora invitó también á Virginia, pero ésta se excusó igualmente, diciendo que no le quedaba sitio ni para un bocado.

—¡Vamos! replicó Gervasia sonriendo, aún pueden vds. hacer un huequecito; la ensalada se come sin hambre. ¿Quieren vds. que se desperdicie?

Las señoras se decidieron, y entretenidas con la conversación dieron fin á la ensalada.

A ésta siguieron el queso y las fresas. Aunque todos estaban reventando de ahitos, no quedó uno que no llenase su plato de ambas cosas. Los hombres iban encendiendo sus pipas, y como estaban ya vacías las botellas lacradas, volvieron al vino comun. Empeñóse la concurrencia en que Gervasia partiese el pastel de Sa-Boya. Poisson, en extremo galante, se apresuró á coger la rosa y ofrecérsela á la dueña de la casa. Esta se la colocó con un alfiler sobre el pecho izquierdo, y á cada movimiento que hacia se agitaba la mariposa.

—¡Oigan! exclamó Lorilleux que acababa de hacer un descubrimiento; ¡pues si estamos comiendo sobre la mesa del trabajo! ¡De seguro que nunca habrán trabajado tanto encima de ella!

Esta ocurrencia tuvo un gran éxito, y llovieron las alusiones sobre el caso. Clemencia decía que cada cucharada de fresa que se echaba á la boca, le parecía un golpe de plancha, y la Sra. Putois aseguraba que el queso olía á almidón; mientras tanto, la Sra. Lorilleux murmuraba entre dientes, que era una desvergüenza devorar de aquel modo tanto dinero sobre la misma mesa donde con tanto trabajo se había ganado. Las risas y las voces iban aumentando por momentos.

Pero de pronto una voz bronca y fuerte impuso silencio á todo el mundo. Era de Boche que, poniéndose de pié en actitud desvergonzada y picaresca, empezó á cantar «El volcan de amor ó el soldado seductor.»

Una salva de aplausos acogió la primera estrofa. De comun acuerdo se decidió que todo el mundo había de cantar su cancioncita. ¿En qué habían de pasar el tiempo mas divertidamente? Todos se pusieron de codos sobre la mesa, marcando el compás con la cabeza y acompañando el estribillo con copiosas libaciones. El animal de Boche tenía gracia especial para las canciones picarescas, y era capaz de hacer reír á un santo de piedra con sus grotescas actitudes. Después de «El volcan de amor,» cantó «La Baronesa de Follebiche,» en la que hacia siempre furor. Cuando empezó el estribillo, los hombres acompañaban con los piés y las señoras dando con los cuchillos en los vasos. Todos ellos hacían coro.

Los cristales de la puerta y del aparador retemblaban y el agitado aliento de los cantores hacia moverse las cortinas de muselina. Entre tanto, Virginia había desaparecido dos veces, y al volver había dicho algunas palabras al oído de Gervasia. Cuando volvió la tercera vez le dijo:

—Hija mia, sigue en casa de Francisco, y hace como que lee un periódico. . . . De seguro que piensa hacer alguna de las suyas.

La modista hablaba de Lantier. A cada nuevo mensaje Gervasia se ponía mas seria.

—¿Estará tal vez borracho? preguntó á Virginia.

—No, respondió ésta. Parece tranquilo y eso es lo que mas me inquieta. Porque ¿qué tiene que hacer en la taberna.....? ¡Dios quiera que no nos dé que sentir!

La planchadora llena de inquietud le suplicó que se callase. Derrepente reinó un profundo silencio. La Sra. Putois acababa de levantarse empezando á cantar *Al abordaje*. Los convidados la oían con el mayor recojimiento y hasta el mismo Poisson habia dejado su pipa sobre la mesa para oír mejor. La viejecilla con su faz apergaminada, cuya palidez mate se destacaba bajo su sombrero negro, erguida y llena de entusiasmo, y adelantando el brazo izquierdo con bélico ardimiento, parecia una Eumenide en miniatura; la voz abultaba más que ella. Poisson que habia viajado por mar, aprobaba con la cabeza los detalles náuticos de la cancion, en la que se manifestaban bien á las claras los sentimientos de la Sra. Putois. Coupeau aprovechó la ocacion para referir cómo la dicha señora habia abofeteado una noche, en la calle de Poulet, á cuatro que pretendian atropellarla.

Miéntras la buena vieja acababa su cancion, Gervasia, con la ayuda de mamá Coupeau sirvió el café, á pesar de que algunos seguían comiendo pastel. No la dejaron sentarse y todos á voz en cuello gritaron que le habia llegado su vez para cantar. Aunque ella se defendió, pues no estaba en aquel momento para cantar, tanto le instaron, que empezó á cantar con voz débil y dulce la cancion «!Ah..... dejadme dormir!» cuando llegó al estribillo, á aquel deseo de un sueño rodeado de risueñas imagenes, sus párpados se cerraron

un poco y su mirada se perdió en la oscuridad hácia el lado de la calle. Inmediatamente Poisson saludó á las señoras con una brusca inclinacion de cabeza, y entonó la cancion báquica «Los vinos de Francia;» pero como tenia la voz gangosa, solo obtuvo aplausos en la última estrofa, cuando hablando de la bandera tricolor, levantó su vaso en alto, lo balanció y acabó por vaciarle en el oscuro fondo de su enorme boca. Despues se cantaron mil romanzas, la Sra. Boche se ocupó en su cancion de Venecia y de los gondoleros; la Sra. Lorilleux, de Sevilla y de las andaluzas, y su esposo cantó los perfumes de la Arabia, á propósito de los amores, de la bailarina Fatma. En torno de la grasienta mesa, y entre el pesado hálito de la digestion se habrían horizontes, pasaban cuellos de marfil, cabelleras de ébano, besos al son de las guitarras y á la luz de la luna bayaderas sembrando á su paso una nube de perlas y pedrería y los hombres fumaban sus pipas con una especie de beatitud, miéntras las señoras, creyéndose trasportadas á otras regiones, manifestaban su contento con una sonrisa que parecia estereotipada en sus labios.

Cuando Clemencia empezó la cancion «Haced un nido,» mereció grandes aplausos de la concurrencia, aquello recordaba el campo, las ligeras aves, las danzas bajo el follaje, las flores de cáliz de miel, en fin, todo lo que se veía en el bosque Vincennes, cuando iban algun día de fiesta á retorcer el cuello á un conejo. Pero lo que produjo mayor entusiasmo, fué Virginia con *Mon petit riquiqui*; imitaba á la cantinera con una mano puesta en la cadera y con la cabeza echada á un lado, miéntras con la otra mano hacia como que escanciaba

aguardiente. Los concurrentes suplicaron á mamá Coupeau que cantase el "Raton." La vieja se negaba à ello, jurando que no sabia semejante indecencia. Sin embargo, empezó con su voz cascada; su arrugado rostro parecia animarse, y sus pequeños ojos adquirian nuevo brillo, marcando, por decirlo así, las alusiones algo verdes y los terrores de la Srita. Lisa, recogiendo sus faldas à la vista del raton. Todo el mundo reía, y se cruzaban entre hombres y mugeres miradas significativas. Boche pretendia hacer de raton con su vecina la carbonera. Aquello hubiera tomado acaso muy mal aspecto, si Gouget à una mirada de Gervasia no hubiera hecho renacer el silencio y el respeto, entonando, con su voz de bajo profundo el *Adios de Abd-el-Kader*. Cuando refiriéndose à la negra yegua del guerrero, gritó: "¡oh mi noble compañera!" Todos los corazones latieron y se le aplaudiò estrepitosamente sin aguardar el fin.

—¡Vamos, tio Bru, dijo mamá Coupeau, ahora le toca á vd.; las canciones antiguas son las mas bonitas.

Todo el mundo se volvió hácia el viejo, insistiendo en lo mismo y animándole. El miraba à todo el mundo como si no entendiese lo que decian. Preguntáronle si conocia las "Cinco Vocales," Pero él no contestò. Cuando ya se decidian á dejarlo tranquilo, pareció acordarse y empezó à cantar con voz caberosa:

Trou la la, trou la la,
Trou la la, trou la la, trou la la. . . .!

Su rostro se animaba; aquel estribillo debía despertar en él lejanas alegrías que le hacian, por decirlo así, rejuvenecer.

En esto Virginia entró de nuevo, y acercándose al oido de Gervasia, le dijo que Lantier se habia marchado de casa de Francisco.

—¿No lo ha encontrado vd. fuera? preguntó la planchadora.

—No, pues he venido muy ligera y no me he fijado.

Pero en aquel momento, Virginia alzó la vista y dijo à Gervasia con un suspiro ahogado,

—¡Dios mio, está ahí enfrente en la acera mirando hácia aquí!

Gervasia toda conmovida, se atrevió à dirigir una mirada.

En la calle se habia formado un gran corro de gente frente à la puerta. Veíanse en él militares, burgueses, obreros y muchachos de ambos sexos. Lantier estaba en la primera fila escuchando y mirando con aire tranquilo. Aquello era demasiada desvergüenza. Gervasia sintió un frio que le subia desde las piernas al corazon, y no se atrevía à moverse, mientras el tio Bru seguia tarareando su estribillo.

—Vaya, buen viejo, basta por hoy, dijo Coupeau. ¿A caso no sabe vd. mas que eso. . . .? Ya la cantará vd. toda entera otro día que estemos demasiado alegres.

El viejo se quedò cortado, dirigió una mirada en torno de la mesa y recobró su aire inmovil y pensativo. Terminado el café, el plomero volvió à pedir vino y Clemencia se puso nuevamente à comer fresas. Por un momento cesaron las canciones, y se habló de una muger que habia amanecido ahorcada en la casa de al lado.

Tocóle la vez á la Sra. Lerat, la cual despues de pedir una gotita de aguardiente para preparar su órgano vocal, empezó la cancion del *Niño expósito*.

Su voz temblaba al cantar ciertas palabras, y alzaba los ojos hácia el cielo, mièntas su mano derecha se balanceaba delante de su pecho, apoyándose luego sobre el corazon.

Gervasia, torturada por la presencia de Lantier, no pudo contener el llanto; parecíale que la cancion expresaba su tormento y que ella era el niño perdido y abandonado de cuya defensa se encargaba Dios. Clemencia, enteramente borracha, prorrumpió de pronto en sollozos y se extendió en torno de la mesa un silencio triste; las señoras habian sacado sus pañuelos y se enjugaban los ojos llenas de emocion, y los hombres con la frente inclinada tenian la vista fija delante de sí. Aquellas gentes que poco ántes ensordecian la calle con sus gritos y risotadas, estaban tiasas como la justicia y tiernas como corderos. El vino les salia por los ojos.

Gervasia y Virginia, à pesar suyo, no podian quitar la vista de la acera de enfrente. La Sra. Boche à su vez apercibió á Lantier y dejó escapar un ligero grito.

Entónces las tres mugeres cambiaron involuntarios signos de cabeza con gran ansiedad. ¿Qué iba á suceder si Coupeau se volvia y veia al otro? ¿Iba à haber una carnicería! Al fin hicieron de modo que el plomero les preguntó:

—¿Qué es lo que miran ustedes?

Volviendo la cara reconoció à Lantier.

—¡Vive Dios! ¡esto es demasiado! murmuró. ¡Ah! ¡canalla, canalla!... Esto va á acabar.... Y como se

levantase balbuciendo terribles amenazas, Gervasia le dijo en voz baja:

—Oye, te suplico, deja el cuchillo, estáte quieto y no vayas á causar una desgracia.

Virginia le quitó el cuchillo que él habia cogido de la mesa, pero no pudo impedirle que saliese y se aproximase à Lantier. La concurrencia en medio de su crecientè emocion no se apercibia de nada, y lloraba cada vez con mas fuerza, mièntas que la Sra. Lerat cantaba con expresion desgarradora los siguientes versos:

Huèrfana se vió perdida,
Y su voz solo era oida
Por los árboles y el viento.

El último verso pasó como un soplo de tempestad. La Sra. Putois que iba á beber se sintió tan conmovida que derramó el vino sobre el mantel. Gervasia, entre tanto permanecia helada, apretándose lá boca con el puño para no gritar, esperando llena de espanto, ver de un momento à otro à uno de los dos hombres caer muerto en medio de la calle. Virginia y la Sra. Boche seguian tambien la escena profundamente conmovidas. Coupeau, al sentir la impresion del aire libre faltó poco para que cayese al suelo cuando se dirigia contra Lantier. Este con las manos en los bolsillos se desvió un poco del sitio en que estaba. Ambos se trabaron de palabras; el plomero, sobre todo, injuriaba al otro llamándole canalla, indecente, y diciéndole que-le iba à comer las tripas. Olase el ruido de sus voces y se distinguian sus furiosos ademanes. Gervasia desfallecia y cerró los ojos, porque aquello se prolongaba y comprendia que

no podía acabar con bien. Despues, como dejó de oír los gritos volvió à abrir los ojos, y se quedó estupefacta al ver à su marido y à Lantier hablando tranquilamente.

¿Qué significaba aquello? se preguntó Gervasia, cambiando una mirada con el Sr. Boche y Virginia. Coupeau y Lantier continuaban hablando en la acera de enfrente; como los miraban, empezaron à pasearse.

Su conversacion era muy animada. De pronto Coupeau pareció enfandarse de nuevo mientras el otro rehusaba y se hacia rogar. Al fin el plomero empujó à Lantier y le obligó à atravesar la calle para entrar en la tienda.

—Le digo à vd. que le invito de buena fé, gritaba el plomero. Usted beberá un vaso de vino. . . . Los hombres son hombres y hablando se entienden. . . .

La Sra. Lerat terminaba en aquel momento su conmovedora cancion y todo el mundo le aplaudió calurosamente. Ella pidió algo de beber, porque, segun decia ponia siempre en aquella cancion demasiado sentimiento y temia que el mejor día le iba à dar un accidente al cantarla. Entre tanto, todos los convidados tenian la vista fija en Lantier que, sentado apaciblemente al lado de Coupeau, comia el último trozo del pastel de Saboya mojándolo en su vaso de vino. Aparte de Virginia y de la Sra. Boche, nadie le conocia. Gouget, sin embargo, como había notado la emocion de Gervasia, miraba al recién venido con malos ojos. Coupeau, rompiendo el ceremonioso silencio que iba reinando, dijo sencillamente:

—Es un amigo.

Y dirigiéndose à su muger, añadió:

—¡Vamos, muévete. . . .! mira à ver si queda un poco de café caliente.

Gervasia los contemplaba à los dos con cierto aire de estupidez. En un principio, cuando su marido empujó à su antiguo amante para que entrase en la tienda, se había cogido la cabeza entre ambas manos con ese ademán instintivo que se hace en los días de gran tempestad, cuando suena un trueno terrible. Aquello le parecia imposible; creía que las paredes iban à caer y aplastar à todo el mundo. Despues, al ver à los dos hombres sentados uno al lado de otro, sin que ni aun las cortinillas de muselina se hubiesen movido, juzgó todo aquello, por una especie de súbita revelacion, como la cosa mas natural del mundo. Sintióse acometida de una especie de agradable pereza que la tenia clavada en su asiento. ¿A qué apurarse, decia para sí, cuando los demas no se apuraban y las cosas parecian arreglarse à satisfaccion de todos? Levantóse, pues, para ir à ver si quedaba café.

En la habitacion del fondo, los niños estaban dormidos. La bribona de Agustina los había aterrorizado durante los postres, robándoles las fresas é intimándolos con terribles amenazas. Paulina, había dejado caer su cabeza sobre el hombro de Estéban, que à su vez se había dormido en el borde de la mesa. Nana había acercado su silla à los piés de la cama, y habiase dormido junto à Víctor, bajo el cuello del cual, tenia colocado uno de sus brazos.

Gervasia sintió una nueva emoción al ver á Estéban. Ahogábase la pena al pensar que el padre de aquel chucuelo estaba en la habitación inmediata comiendo tranquilamente sin haber manifestado el mas ligero deseo de besar á su hijo. Por un momento pensó despertar al niño y sacarle en sus brazos, pero al fin acabó por conformarse con la marcha tranquila que llevaban las cosas, y desistió de aguar, como vulgarmente se dice, el fin de la fiesta y volviendo con la cafetera sirvió un vaso de café á Lantier, que por otra parte parecía no ocuparse ni poco ni mucho de ella.

—¡Ea, señores, ahora me toca á mí! tartamudeó Coupeau con lengua estropajosa, voy á cantar, *¡Que cochon d'enfant!*

—Sí, sí, *Que cochon d'enfant*, gritaban todos los concurrentes.

El estruendo empezó de nuevo y Lantier quedó olvidado. Las señoras prepararon sus vasos y sus cuchillos para acompañar al cantor. Todo el mundo reía de antemano al ver al plomero que, en actitud truanesca y fingiendo voz de vieja empezó á cantar.

Como todos los vecinos de la calle desde el relojero hasta la frutera sabían la letra, acompañaban á Coupeau. Parecía que el olor que salía de la tienda de Gervasia comunicaba la borrachera á todo el mundo. El ruido de aquella bacanal iba creciendo por momentos, hasta el punto de apagar el rumor de los carruajes. Aquello era como el *bouquet* de la fiesta ó como el último estampido de un castillo de fuegos artificiales. Dos agentes del orden público, temiendo que tal vez se

hubiese promovido algun motin, acudieron á la tienda; pero al ver á Poisson cambiaron con él un ligero saludo y se retiraron tranquilamente.

Todo el mundo se iba quedando ronco: pues ya era imposible gritar más y parecía que la casa se venia abajo.

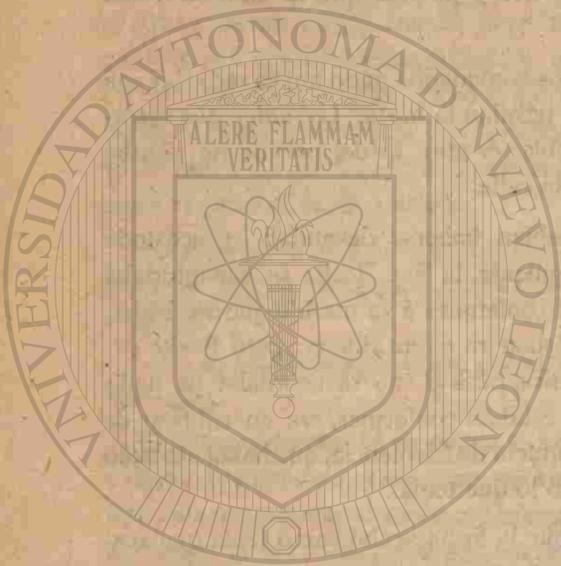
Ninguno de los convidados pudo nunca recordar con exactitud cómo terminó la fiesta. Lo único que recordaban es que debía ser muy tarde, porque no pasaba ni un alma por la calle.

Los chicos debían haberse desnudado y acostado solos. Al día siguiente, la Sra. Boche se vanagloriaba de haber dado de bofetones á su marido que estaba hablando con la carbonera en un rincón; pero Boche decía que era mentira, pues él no se acordaba de nada. En lo que todos estaban conformes, era en calificar de indecente la conducta de Clemencia, que habia acabado por mostrar todo lo que tenia.

Lo cierto es que la fiesta acabó como tenia que acabar. Los convidados fueron saliendo unos tras de otros continuando por la calle la algazara y el estruendo. Los esposos Lorilleux subieron á su habitación tirándose de las greñas. Gouget se echó á llorar al tiempo de marcharse y Coupeau no se cansaba de cantar. En cuanto á Lantier, Gervasia solo recordaba que debió marcharse al último.

A todo esto, como la Sra. Lerat no quería volver á Batignolles, hubo que tenderle un colchon en un rincón de la tienda y allí durmió en medio de los restos del

festin. Un gato de una vecina, que entró por la ventana que había quedado abierta, estuvo toda la noche royendo los huesos del capon, y acompañando con el ligero ruido de sus finos dientes el pesado y angustioso sueño de los Coupeau.



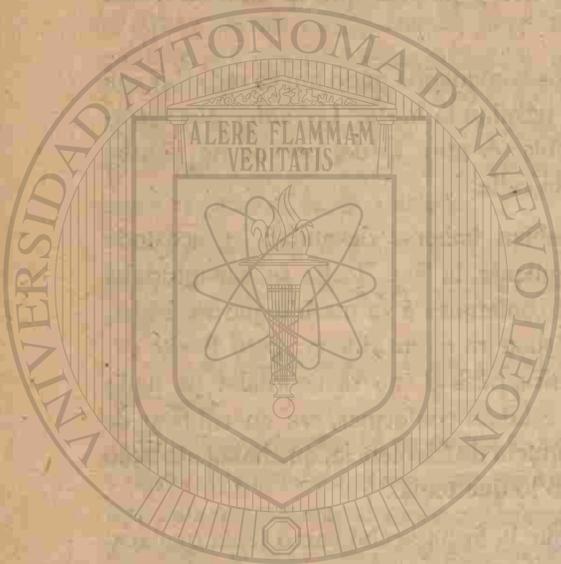
VIII.

El sábado siguiente, Coupeau, que no había comido en su casa, volvió á la tienda á eso de las diez de la noche en compañía de Lantier. Habían comido juntos piés de carnero en casa de Tomás, en Montmartre.

—No hay que reñirme, querida burguesa, dijo el plomero. Ya vez que vengo sereno. ¡Oh! ¡yendo con él no hay peligro! . . . Que quieras que no quieras, le hace á uno entrar por vereda.

Contóle que se habían encontrado en la calle de Rochechouart. Después de comer, Lantier no había querido entrar á tomar algo en el café de la Bola Negra, diciendo que cuando se tenía, como le sucedía á Coupeau, una muger bonita y honrada, no era cosa de arrastrarse por todos los burdeles. Gervasia le oía con cierta

festin. Un gato de una vecina, que entró por la ventana que había quedado abierta, estuvo toda la noche royendo los huesos del capon, y acompañando con el ligero ruido de sus finos dientes el pesado y angustioso sueño de los Coupeau.



VIII.

El sábado siguiente, Coupeau, que no había comido en su casa, volvió á la tienda á eso de las diez de la noche en compañía de Lantier. Habían comido juntos piés de carnero en casa de Tomás, en Montmartre.

—No hay que reñirme, querida burguesa, dijo el plomero. Ya vez que vengo sereno. ¡Oh! ¡yendo con él no hay peligro! . . . Que quieras que no quieras, le hace á uno entrar por vereda.

Contóle que se habían encontrado en la calle de Rochechouart. Después de comer, Lantier no había querido entrar á tomar algo en el café de la Bola Negra, diciendo que cuando se tenía, como le sucedía á Coupeau, una muger bonita y honrada, no era cosa de arrastrarse por todos los burdeles. Gervasia le oía con cierta

sonrisa; en lo que en menos pensaba era en reñirle, pues se sentía un tanto cortada. Desde el día de la fiesta estaba esperando ver á su antiguo amante el mejor día, pero en aquella hora y en el momento de ir á acostarse, habíala sorprendido mucho la brusca llegada de los dos hombres, y con las manos temblorosas anudaba nuevamente el moño, que ya tenia suelto al rededor del cuello.

—Puesto que el ha tenido la delicadeza de no aceptar fuera un convite, añadió Coupeau, tú debes convidarnos. ¿no es verdad?

Las oficialas se habian marchado hacia largo rato. Mamá Coupeau y Nana acababan de acostarse. Gervasia dejó, pues, la tienda abierta, y colocó en un extremo de la mesa de labor unos vasos y una botella con algun cognac. Lantier permanecía de pié y evitaba el dirigirlle directamente la palabra. Sin embargo, cuando le sirvió, le dijo con la mayor galantería:

—Señora, tenga vd. la amabilidad de gustar siquiera una gota!

Coupeau los miró un instante y les dijo con el mayor desenfado.

—¡Ea! ¡fuera cumplimientos y mogigaterías! Lo pasado pasado! ¡Pues no faltaba más!.

—Si se fuera á guardar rencor al cabo de diez ó doce años, sería cosa de no poder vivir! ¡No, pardiez! ¡Yo tengo el corazón en la mano!. Además, aquí se trata de dos amigos y de dos personas honradas y decentes; por consiguiente, estoy tranquilo.

—¡Oh! ¡puedes estarlo!. ¡puedes estarlo!.

repetía Gervasia bajando los ojos y sin saber lo que decía.

—¡Ahora es para mí una hermana y nada mas que una hermana! murmuró Lantier á su vez.

—¡Vamos! ¡déñse ustedes las manos! ¡Vive Dios! gritó Coupeau, y no hagamos caso de los burgueses! Yo pongo la amistad por encima de todo, porque la amistad es la amistad y no hay nada sobre ella!

A todo eso dábanse tan grandes puñetazos en el estómago, que debieron de agotar su elocuencia. Todos tres brindaron y bebieron en silencio. Gervasia pudo entónces contemplar á su sabor á Lantier, porque la noche de la fiesta no pudo hacerse cargo de él. Había engruesado bastante, y á consecuencia de ello parecía mas bajo y se notaba mas pesadez en sus movimientos. Sin embargo, su rostro no habia perdido sus rasgos agradables que le caracterizaban, y como seguía cuidando con particular esmero su diminuto bigote, casi no representaba la edad que tenia. Aquel día llevaba un pantalon gris, un paletot azul y un sombrero redondo, como un burgués acomodado; hasta llevaba reloj con cadena de plata, de lá que pendía una sortija, que debía ser un recuerdo.

—Me voy ya, dijo, porque vivo en los quintos inferiores.

Aun no habia puesto el pié en la calle cuando el plomero le llamó para hacerle prometer que volvería á hacerles una visita. Entre tanto, Gervasia, que acababa de desaparecer sin ser notada, volvió trayendo por delante á Estéban, en mangas de camisa y medio dormi-

do. El niño sonreía frotándose los ojos, pero cuando vió à Lantier, empezó á temblar, pasando su mirada inquieta de su madre á Coupeau.

—¿No conoces à este señor? le preguntó éste último.

El niño bajó la cabeza sin responder. Despues hizo un ligero signo afirmativo.

—¡Pues bien, no seas animal y dále un beso!

Lantier esperaba grave y tranquilo. Cuando Estéban se decidió á acercarse á él, se inclinó, le presentó las megillas y depositó á su vez un fuerte y sonoro beso en la frente del muchacho. Este se atrevió entónces á mirar á su padre.

Pero de pronto prorumpió en sollozos y hulló á la otra habitacion como un loco, recibiendo un regalo de Coupeau que le trató de salvaje.

—Es la emocion, dijo Gervasia, pálida y conmovida:

—¡Oh! es generalmente muy obediente y amable, decia Coupeau. Yo le he educado al pelo... y si no ya verá vd. como se acostumbra á verle y tratarle...

Es preciso que conozca á las gentes... Aun cuando solo fuera por ese pequeño, debiamos hacer las paces, ¿no es verdad? Primero me dejaria cortar el cuello que impedir á un padre ver á su hijo.

Empeñóse al fin en que se acabase la botella de cognac, y los tres bebieron de nuevo. Lantier manifestaba una calma admirable; antes de irse, y para corresponder á la obsequiosidad del plomero se empeñó en ayudarle á colocar los tableros y á cerrar la tienda y al despedirse dijo al matrimonio:

—Que pasen vds. muy buena noche. Voy á ver si puedo coger el ómnibus, y prometo á vds. que volveré por aquí.

A partir de aquella noche, Lantier se presentó varias veces en la calle de la Gota de Oro. Generalmente iba cuando el plomero estaba allí, y desde la puerta preguntaba por él como si únicamente fuese á verle. Despues se sentaba junto al aparador, siempre con su paletot y muy afeitado y peinado, y hablaba cortésmente y con las maneras de un hombre instruido. De este modo se enteraron poco á poco, los Coupeau de los detalles de su vida. Durante los ocho años últimos habia dirigido por algun tiempo una fábrica de sombreros, y cuando le preguntaban que por qué se habia retirado, echaba la culpa á su sócio, un bribon y un canalla que habia devorado la fábrica en mugeres y franchelas. Pero su antiguo título y carácter de patron y amo, habia quedado siempre en su persona como una especie de nobleza á la que no podia faltar, descendiendo de tal categoria. Siempre decia que estaba á punto de terminar un negocio soberbio, pues grandes fábricas da sombrerería le iban á establecer confiándole considerables intereses. Mientras tanto, no hacia mas que pasearse al sol con las manos en los bolsillos. Cuando se quejaba de su inaccion, si por casualidad se le indicaba una fábrica donde necesitaban operarios, sonreia con aire de piedad y decia que no tenia ganas de morirse de hambre y de romperse el bautismo trabajando para otro. Coupeau admiraba su arreglo y manera de vivir, y decia que él habia de traer entre manos algun manejo, pues siempre iba muy bien portado, y para ello se

necesitaba bastante dinero. La verdad era que Lantier muy hablador, cuando se trataba de los demas, callaba ó mentía cuando le preguntaban por sus asuntos. Ni aun queria decir à dónde vivía. Siempre decía que mientras encontraba una casa buena, paraba en casa de un amigo, allá donde Cristo dió las tres voces.

Empezaba, à la sazón, el mes de Noviembre, y Lantier llevó galantemente ramitos de violeta que regaló à Gervasia y à sus oficiales. Poco à poco fué multiplicando sus visitas, hasta el punto de hacerlas diarias. Parecía como que queria conquistar la casa, y la calle toda, empezando por seducir à Clemencia y à la señora Putois, à las que, sin distincion de edad, hacia objeto de las mayores atenciones. Los Boche, à los que saludaba siempre atento y cariñoso al cruzar por delante de la portería, se estaciaban ante tanta cortesía y finura. En cuanto à los Lorilleux, cuando se enteraron de quién era aquel individuo que habia caido en la tienda como llovido del cielo la noche de la fiesta, dijeron mil pestes de Gervasia, que con tan poca vergüenza se atrevía à admitir en su casa à su antiguo amante. Pero un dia Lantier subió à encargarles una cadena para una señora amiga suya, y se expresó de tal modo, que le obligaron à que se sentase, y estuvieron una hora oyéndole con la boca abierta; hasta llegaron à preguntarse cómo un hombre tan distinguido habia podido vivir con la coja. En fin, las visitas del sombrerero à casa de Coupeau, à nadie llamaban la atencion, y hasta parecían la cosa mas natural del mundo; de tal modo habia conseguido atraerse las simpatías de toda la vecindad. Solo Gouget no habia hecho migas con él, como vul-

garmente se dice. Si alguna vez estaba en la tienda cuando Lantier entraba, tomaba à escape la puerta para no verse precisado à saludarle.

En medio de aquella casi general explosion de ternura y simpatías en favor de Lantier, Gervasia sintió una gran turbacion las primeras semanas. Tenia gran temor de no sentirse con fuerzas para resistir si por casualidad la sorprendia sola alguna noche y pensaba demasiado en él; pero poco à poco fué recobrando la calma al verle tan considerado, que ni aun casi se atrevia à mirarla cara à cara, ni à tocarle con la punta del dedo cuando los demas estaban vueltos de espaldas. Además, Virginia que parecia leer en su pensamiento le hacia avergonzarse de sus temores. ¿Por qué tenia que temblar? Y la costurera se dió tal maña un dia, que consiguió que Lantier y Gervasia travasen conversacion en un rincon apartado, y que ésta recayese sobre el sentimiento. El sombrerero declaró con gravedad, y escogiendo las palabras, que su corazon estaba muerto y que en adelante queria consagrarse únicamente à la felicidad de su hijo. No hablaba nunca de Claudio que seguia siempre en el Mediodia. Todas las noches besaba à Estéban, pero si el muchacho no se retiraba, no sabia qué decirle y se olvidaba de él para decir chicleos à Clemencia. Gervasia, ya tranquilizada, sentia morir su pasado. La presencia de Lantier iba borrando sus recuerdos de Plassant y del hotel Boncoeur. Hasta sentia cierta repugnancia al pensar en sus antiguas relaciones. Aquello habia acabado por completo. Si Lantier se atrevia algun dia à recordárselo, le daría un par de bofetones ó lo pondria en conocimiento de su mari-

do. Y nuevamente pensó sin remordimiento, y hasta con cierto tranquilo deleite, en el cariño de Gouget.

Al entrar una mañana en el taller, Clemencia contó que la noche anterior, á eso de las once, habia encontrado á Lantier llevando del brazo una muger. Esto lo referia valiéndose de términos groseros y con marcada malicia, para observar la cara que ponía la patrona. Los dos subian por la calle de Nuestra Señora de Loreto; la muger era rubia, una de esas perdidas del boulevard que arrastran vestido de seda, aunque debajo no llevan camisa. Ella los habia seguido por burlarse de ellos. La rubia habia entrado en una tienda de embutidos á comprar jamon. Despues, y ya en la calle de la Rochefoucauld, Lantier se quedó parado en la acera esperando á que su conquista, que habia subido sola, le hiciese señas desde la ventana. Por mas que Clemencia agregó mil súcios comentarios, Gervasia siguió repasando la ropa como si tal cosa. De cuando en cuando la relacion de la oficiala le arrancaba alguna sonrisa. Por la noche, cuando llegó el sombrerero, se divirtió mucho con las bromas que Clemencia dió á Lantier acerca de la rubia. El parecia como que se alegraba de haber sido visto. Dijo que era una antigua amiga á la que visitaba de cuando en cuando si no habia obstáculos de por medio; era una muchacha muy chic y tenia una habitacion muy bien amueblada; entre el número de los amantes que habia tenido, citaba á un vizconde, á un gran almacenista de porcelanas y al hijo de un notario. A él le gustaban las mugeres que gastan perfumes, y diciendo esto, pasó el pañelo, que le habia perfumado su amiga, por la nariz de Clemencia, á tiempo que entró

Estéban. Entónces recobró su aire de gravedad, besó al niño, y añadió que la visita no habia tenido consecuencias, y que su corazon estaba muerto. Gervasia, inclinada sobre su labor, hizo un signo de aprobacion. Entónces fué Clemencia la que llevó el castigo de su mala intencion, pues habia sentido á Lantier pellizcarla dos ó tres veces y reventaba de celos y envidia por no poder oler á almizcle como la perdida del boulevard.

Cuando volvió la primavera, Lantier que casi formaba ya parte de la casa, habló de irse á vivir á la calle de la Gota de Oro, á fin de estar mas cerca de sus amigos. Quería una habitacion amueblada en una casa limpia. La Sra. Boche y la misma Gervasia hicieron imposibles para buscarle una apropósito, pero era muy difícil, porque él queria que hubiese en la casa un patio grande, que el cuarto estuviese en el piso bajo y otra porcion de comodidades. Entre tanto, todas las noches medía la altura de los techos en casa de Coupeau, y estudiaba la distribucion de las piezas, diciendo que aquella era la mejor habitacion de la calle y que él seria muy feliz si encontrase una igual.

Un dia que habia comido allí, como á los postres repitiese la misma observacion, Coupeau, que ya habia empezado á tutearle, le dijo bruscamente:

—¡Si quieres quedarte á vivir con nosotros!
¡No hay mas que hablar! Todo se arreglará. La habitacion de la ropa sucia, limpiándola será una bonita habitacion para vivir. Quiere decir, que á Estéban se le tenderá un colchon en la tienda y allí dormirá.

—No, no, dijo Lantier, yo no puedo aceptar, porque seria demasiada molestia para vds. Sè que me lo ofre-

cen de buena voluntad, pero vamos á estar como sardinas en canasta.... además, cada uno estima su libertad. A veces tendria que pasar por vuestro dormitorio y eso no me parece bien.

... ¡Qué animal eres! contestó Coupeau, ahogándose de risa y dando un puñetazo sobre la mesa..... ¡No dices mas que tonterías! ¿Dónde tienes el cacúmen? ¿Dí, no hay dos ventanas en la habitacion?.... ¡Pues bien! Se echa una abajo y se hace una puerta. De ese modo puedes entrar por el patio, nosotros cerraremos esta otra si nos acomoda, y cada uno está en su casa.

Reinó un momento de silencio, y el sombrerero murmuró:

—De esa manera, no digo que no.... Sin embargo, aún así creo que seria una carga para vds.

Diciendo esto no se atrevia á mirar á Gergasia, pero evidentemente solo esperaba una palabra suya para aceptar. Esta se sentia muy contrariada con la idea de su marido, no por que la inquietase ni ofendiese en lo mas mínimo el pensamiento de que Lantier iba á vivir bajo su mismo techo, sino porque no sabia dònde iba á poner entónces la ropa sucia. Sin embargo, el plomero hacia resaltar las ventajas de aquel arreglo. El alquiler de quinientos francos les habia parecido siempre caro; mediante la combinacion, el sombrerero pagaria veinte francos al mes por la habitacion amueblada, lo cual para él no era mucho y á ellos les serviria de ayuda para pagar la mensualidad. Añadió que él se encargaba de buscar y de colocar bajo la cama una caja grande donde se podría meter la ropa sucia de todo el barrio. Entónces Gervasia vaciló y pareció consultar con una

mirada á mamá Coupeau, á quien Lantier habia conquistado de antemano trayéndole pastillas de goma para la tos.

—Tengo la seguridad de que no nos molestará vd. dijo al fin; habria medio de arreglar.....

—No, no, gracias, dijo el sombrerero; eso seria abusar de la bondad de vds.

Coupeau no se pudo contener mas. ¿Acaso iba á andar todavía con remilgos?..... No habia que hablar mas del asunto. Despues gritó con voz estentórea:

—¡Estéban! ¡Estéban!

El muchacho se habia quedado dormido sobre la mesa y alzó la cabeza sobresaltado.

—¡Oye! dile á este señor, pero muy fuerte, ¡yo lo quiero!

—¡Yo lo quiero! tartamudeó Estéban, medio dormido aún.

Todo el mundo se echó á reir, pero Lantier recobró en seguida su aire de gravedad y estrechó la mano á Coupeau por encima de la mesa, diciendo.

—Acepto; no solo por la buena amistad conque se me ofrece, sino tambien por el niño.

Al dia siguiente, el propietario Mr. Marescot, estuvo un rato en la portería y Gervasia le habló del particular. Al principio no se mostró tan propicio y afable, pero despues que hubo examinado el sitio én que habria de abrirse la puerta, y visto que los pisos superiores no sufrían con la reforma, accedió á condicion de no tener que abonar ningun gasto, y firmando los Coupeau un papel, por el que se obligaban á restablecer las cosas en su estado primero al abandonar la casa. Aque-

lla misma noche el plomero busco à tres amigos, un carpintero, un albañil y un pintor, todos ellos buenos muchachos, que arreglaron aquella bicoca en un día. Con eso y con todo, el poner la puerta, blanquear y arreglar la habitacion y demas, importó unos cien francos, sin contar los cuartillos de vino conque durante la obra les obsequió Coupeau. Este les prometió pagarles con el primer dinero que le entregase el nuevo inquilino. Despues se procedió á amueblar la habitacion; Gervasia dejó en ella el armario de mamá Coupeau agregando ademas una mesa y dos sillas, tuvieron que comprar tambien una mesita de tocador y una cama con juego completo de sábanas, colchones, etc., etc., total, unos ciento treinta francos que Gervasia debía pagar á razon de diez francos al mes. Si durante diez meses los veinte francos de Lantier se gastaban en pagar las deudas contraidas, mas tarde empezarian á obtener un regular beneficio.

La instalacion se llevó á cabo en los primeros días de Junio. Coupeau se ofreció la noche antes á ir con él y traer la maleta para ahorrarle lo que pudiera costar un mozo de cuerda ó un coche, pero el sombrerero se excusó diciendo que pesaba mucho, aunque en realidad era porque no queria decir donde vivia. Llegó en un coche á eso de las tres de la tarde, hora en que no estaba en casa Coupeau, y Gervasia, que se habia asomado á la puerta, se quedó palida como una muerta al reconocer la maleta. Era la misma que habian traído de Plassant, aunque bastante deteriorada ya. Veíale volver en un carruaje tal como se lo habia imaginado mil

veces cuando Lantier huyó con Adela. Boche ayudó al sombrerero á bajarla y colocarla, y Gervasia los siguió con la vista muda y aturdida. Cuando la hubieron colocado en medio de la habitacion, se repuso un tanto y dijo dirigiéndose al portero:

—Señor Boche, venga vd. á echar un trago, y fué por una botella y dos vasos, á tiempo que Poisson pasaba de uniforme por la acera. Hízole una ligera seña que el agente comprendió perfectamente. Cuando estaba de servicio y Gervasia le hacia la referida seña equivalia á ofrecerle un vaso de vino. A veces se estaba paseando horas enteras delante del taller de la planchadora esperando que ésta le hiciese la seña. Cuando esto ocurría pasaba por el patio y se echaba el vaso al colete sin que nadie le viese.

—¡Hola! dijo Lantier al verle entrar; ¡pues si es el amigo Badingue!

Llamábale así para burlarse del emperador. Poisson aceptaba el mote con su acostumbrada indiferencia, sin que se pudiese traslucir si le disgustaba ó no. Aquellos dos hombres, aunque separados por sus convicciones políticas, se habian hecho muy amigos.

—Ya sabe vd. que el emperador fué agente de orden público en Lóndres, dijo á su vez Boche; puede usted creerlo bajo mi palabra.

Gervasia, entre tanto, habia llenado tres vasos y colocádolos sobre la mesa. Ella no queria beber, y seguía mirando á Lantier desatar la maleta, ansiando ver lo que contenia. Acordábase de que cuando el sombrerero desapareció de su casa, habia en el fondo de la referida

maleta una porcion de calcetines sucios, dos camisas no muy limpias y un sombrero viejo. ¿Estariau aún allí todas aquellas andrajosas reliquias del pasado? Lantier antes de alzar la tapa, cogió su vaso y dijo:

—A la salud de vds.

—A la vuestra, respondieron Boche y Poisson. La planchadora llenó de nuevo los vasos. Los tres hombres se limpiaron la boca con el revés de la mano. Al fin el sombrerero abrió la maleta. Estaba llena de periódicos, libros, bultos de ropa blanca y vestidos viejos, todo confusamente revuelto. Sucesivamente fué sacando una cacerola, un par de botas, un busto de Ledu Rollin con la nariz rota, una camisa con la pechera bordada y un pantalon de trabajo. Gervasia, que se habia inclinado para ver mejor, sentia subir del fondo un olor de tabaco y de hombre poco aseado, que no cuida mas que lo que ve la suegra, como vulgarmente se dice. Ya no estaban allí ni el sombrero viejo ni los calcetines; entónces se calmó y experimentó una vaga tristeza, al paso que seguia examinando los objetos.

—Oiga vd. Bandingue, ¿no conoce vd. esto? preguntó Lantier à Poisson poniéndole delante de las narices un librito impreso en Bruselas: «Los amores de Napoleon III,» adornados con grabados. Referíase en él, entre otras anécdotas, cómo el emperador habia seducido á la hija de un cocinero, muchacha de unos trece años, y la lámina representaba á Napoleon III en camisa, con el gran cordon de la Legion de Honor al cuello persiguiendo á la niña, que procuraba burlar su lujuria.

Poisson quedó mudo y consternado y no encontraba palabras para defender al emperador. Como aquello estaba impreso no podia decir que no. Pero como Lantier siguiese metiéndole la estampa por los ojos con aire burlon, le dijo encogiéndose de hombros:

Despues de todo, ¿qué tiene eso de particular? ¿Acaso no es eso propio de hombres?

Esta respuesta hizo cerrar el pico á Lantier, que siguió colocando sus libros y periódicos en una de las tablas del armario, y echando de menos un estantito para libros à fin de colocarlo sobre la mesa; Gervasia prometió procurárselo. Tenia la «Historia de los diez años,» de Luis Blanc, excepto el primer tomo; «Los Girondinos,» de Lamartine, en entregas; «Los Misterios de París» y «El Judio errante,» de Eugenio Sue, sin contar una multitud de folletos filosóficos y humanitarios. Pero lo que él mas consideraba y tenia en mas estima era la coleccion de periódicos. Cuando leia en el café un artículo escrito con arreglo á sus ideas, compraba el periódico y lo guardaba, de modo que tenia un paquete enorme de diarios de todas las fechas y de todos los titulos. Cuando sacó el paquete del fondo de la maleta, dió encima unas palmaditas con aire complaciente diciendo á los otros:

— ¿Ven vds, esto? pues no hay nadie que pueda li-sonjearse de tener una cosa mas exquisita..... Ustedes no pueden imaginarse lo que hay dentro. Si se pusiesen en práctica siquiera la mitad de estas ideas quedaria limpia la sociedad. ¡Vaya un paso que llevaria vuestro emperador y todos los bribones que le rodean....

El agente de orden público le interrumpió lleno de indignación y le preguntó atusándose los bigotes:

—¿Y el ejército? ¿Qué harían VV, con él?

Entonces Lantier se exaltó, y dando un puñetazo sobre la mesa, gritó:

—Quiero la supresion del militarismo, la fraternidad de los pueblos..... Quiero la abolicion de los privilegios, de los títulos y monopolios..... la igualdad de salarios, la reparticion de beneficios, la glorificacion del proletariado; en fin, todas las libertades, ¿lo ois bien?..... todas.... y el divorcio.

—Sí, sí, el divorcio en beneficio de la moral, añadió Boche.

Poisson, tomando una actitud magestuosa, respondió:

—Sin embargo, yo no quiero vuestras libertades, porque tengo libertades suficientes.

—¿Qué no las quiere vd?..... tartamudeó Lantier ahogándose de indignación, En ese caso le mandaremos a Cayena con el emperador y con todos los pillos de su cuadrilla.

Gervasia que no era amiga de disputas, saliendo de la especie de alucinacion en que la habia sumergido la vista de la maleta, mostró a los tres hombres los vasos llenos de vino.

—Es verdad, dijo Lantier súbitamente calmado tomando su vaso. A la salud de Vds.

—A la suya, respondieron Boche y Poisson.

Boche, que miraba con cierta inquietud al agente de orden público le dijo:

—Supongo, Sr. Poisson, que esto quedará entre nosotros, ¿no es verdad? Digo esto porque como les obligan à vds....

Poisson no le dejó acabar y se puso la mano sobre el corazon indicando que todo quedaba encerrado allí. En esto llegó Coupeau y se gastó otra botella. Despues el agente de orden público se marchó por el patio con su aire tieso y severo y contintió sus interrumpidos paseos.

Al principio todo fué bien en casa de la planchadora. Lantier tenia su habitacion, su puerta y su llave, pero como por último se habia decidido no condenar la puerta de comunicacion, sucedia con frecuencia que pasaba por la tienda. La ropa súcia molestaba mucho à Gervasia, porque su marido no se habia vuelto á ocupar de la caja que habia dicho, y se veia obligada á colocarla en todos los rincones, y principalmente bajo su cama, lo cual no era nada agradable en las noches de verano. Por último, le fastidiaba mucho hacer la cama à Estéban en la tienda, pues cuando las oficialas velaban tenia que esperar el chico dormido en las sillas. Así fué, que habiéndole hablado Gouget de enviar à Estéban à Lille, donde su antiguo patrón, que era mecánico, deseaba tomar aprendices, acogió con júbilo la idea, tanto mas cuanto que el muchacho no era muy feliz en su casa y deseaba campear por sus respetos, le suplicaba que consintiese. Unicamente temia una negativa, por parte de Lantier, pues habia ido à vivir con ellos solo por estar al lado de su hijo, y no era cosa que fuese á consentir en separarse de él à los quince dias de su ins-

talacion. Sin embargo, cuando le propuso temblando la idea, él la aprobó calurosamente diciendo que los jóvenes obreros tienen necesidad de viajar y conocer tierras. La mañana en que Estéban partió, le pronunció un discurso sobre sus derechos, después le besó y le dijo con campanudo acento:

—Acuérdate de que el productor no es un esclavo, pero ten presente también que el que no es productor es un canalla.

Con la partida del niño, la casa recobró su marcha regular. Gervasia se fué acostumbrando á ver la ropa sucia por todas partes, y á las entradas y salidas de Lantier. Este seguía hablando de sus grandes proyectos; á veces salía bien peinado y con su camisa limpia, y pasaba la noche fuera; después volvía con aire de cansancio y fatiga, quejándose de dolor de cabeza, como si hubiera estado durante veinticuatro horas seguidas discutiendo los mas graves asuntos y problemas. La verdad es que se daba á la gran vida. ¡No habia miedo de que criase callos en las manos! Levantabase á las diez, daba un paseito si el tiempo estaba bueno, y si no se quedaba en la tienda ó leía su periódico. El taller era su centro y solo se hallaba á gusto entre faldas; gustábanle las palabras y frases obscenas de Clemencia, y la instigaba á que las dijese; empleando él siempre, sin embargo, un lenguaje escogido. El olor del taller le embriagaba; aquel era su soñado, y largo tiempo buscado retiró de pereza y deleite.

Los primeros días, Lantier comía en la taberna de Francisco, en la esquina de la calle de Poissonniers;

pero de los siete días de la semana, cuatro se quedaba á comer con los Coupeau, hasta que por último se ajustó con ellos para comer mediante el abono de 15 francos cada sábado. A partir de este día, tomó, por decirlo así, verdaderamente posesion de la casa. Todo el día estaba en mangas de camisa, yendo desde la tienda á su habitacion, y de ésta á la cocina, dando órdenes y alzando, como quien dice, el gallo; á veces recibia y contestaba á los parroquianos. Como el vino de Francisco le desagradaba, hizo que Gervasia lo tomase en casa de Vigoureux, el carbonero de al lado, pues cuando iba á la carbonería á encargarlo en compañía de Boche, le gustaba tirar pellizcos á la carbonera. Después la tomó con el pan, diciendo que estaba mal cocido, y consiguió que Gervasia lo tomase en la panadería de Viena de Meyer en el Faubourg Poissonniere. El único abastecedor que mereció gracia de él, fué el carnicero Carlos, á causa de sus opiniones políticas. Al cabo de un mes se empeñó en que se emplease el aceite en la cocina en vez de la manteca, lo cual hacia decir á Clemencia en son de broma, que aquellos condenados Provenzales no se podían quitar de encima la mancha de aceite. El mismo se hacia las chuletas dejándolas tan tostadas por los dos lados, que parecían galletas. Siempre andaba tras de mamá Coupeau, exigiendo que los bifecks estuviesen duros como zuelas de zapato, y que en todo se echase ajo. Pero su plato favorito era una especie de sopa de fideos hechos con agua y con aceite en abundancia. Solo la comian él y Gervasia, porque los demás, una vez que intentaron probarla, por poco echan las tripas.

Poco á poco fué Lantier metiéndose en los asuntos de la familia. Como los Lorilleux, refunfuñaban siempre al dar los diez francos de mamá Coupeau, indicó que se les podía citar á juicio. El mismo subía siempre por el referido dinero, con aire tan atrevido y tan amable, que la Sra. Lorilleux no se atrevía á negarlos. También la Sra. Lerat daba sus diez francos correspondientes. Mamá Coupeau adoraba á Lantier, pues además de lo que dejamos dicho, servía siempre de árbitro en sus riñas con Gervasia. Cuando la planchadora llena de impaciencia empezaba á regañar á su suegra, y ésta se iba á su cama á llorar, él las obligaba á besarse y á hacer las paces, diciéndoles si pensaban divertir á todo el mundo con sus reyertas. Lo mismo sucedía respecto á Nana, á la que estaban dando muy mala educacion segun él creía. En esto tenia razon, porque cuando Coupeau pegaba á la niña, la madre sacaba la cara por ella, y cuando le pegaba la madre, el padre promovía un escándalo; así es, que la niña hacia siempre su santa voluntad. Casi siempre estaba en la herrería de enfrente meciéndose en las lanzas y varales de los carros, ò jugando al escondite con una caterva de granujillas de su misma edad, á lo mejor iba á casa despeinada y llena de tizne. Lantier era el único que podía reñirle, y aun sabía la muchachuela hacerle la mamola. Aquella bribonzuela de diez años, paseaba como una señora delante de él, cantoneándose y guiñándole los ojos, en los que ya empezaban á despuntar los albores del vicio. El sombrerero acabó por encargarse de su educacion enseñándola á bailar y hablar *patois*.

Pasó un año de esta suerte. En la calle todo el mundo creía que Lantier tenia rentas, porque era la única manera de explicar el tren de los Coupeau. Verdad es que Gervasia seguía ganando dinero, pero tenia que mantener á dos hombres que no hacian nada, y además la tienda iba viniendo á ménos, pues los parroquianos iban faltando.

Lo cierto del caso, es que Lantier no pagaba un cuarto por el alquiler de su habitacion y manutencion. Los primeros meses dió algunas cantidades á cuenta, pero luego se contentó con decir, que dentro de breve tiempo iba á cobrar una fuerte cantidad, y entónces saldaria el importe de su cuenta. Gervasia no se atrevía á pedirle un céntimo; tomaba el pan, el vino y la carne fiados, lo cual importaba tres ó cuatro francos al día. No habia dado un maravedí, ni al que le vendió los muebles ni al pintor, albañil y carpintero que llevaron á cabo la reforma. Todo el mundo empezaba á quejarse y ya la guardaban ménos miramientos en las tiendas donde se surtía. Pero el vértigo de las deudas la cegaba, se aturdió y escogía lo mas caro, abandonándose más á las golosinas y á la glotonería por lo mismo que no pagaba; sin embargo, en el fondo seguía siendo buena y honrada, soñando siempre con ganar centenas de francos para pagar á todos sus acreedores. En fin, á medida que se hundía más y más, pensaba dar mayor amplitud á su negocio. Sin embargo, hácia la mitad del verano, se marchó Clemencia, porque no habia bastante trabajo y porque no le habian pagado dos semanas seguidas.

En medio de aquel desbarajuste Coupeau y Lantier seguían triunfando como siempre; parecía que engordaban con la ruina del establecimiento.

En la calle era objeto de grandes comentarios el averiguar si realmente Lantier se había puesto de nuevo en relaciones con Gervasia.

Sobre este punto estaban divididos los pareceres.

Según los Lorilleux, la coja hacía cuanto podía para hacerle caer en sus redes, pero él no hacía caso porque la encontraba bastante pesada. Según los Boches, por el contrario, Gervasia había hecho las paces con su antiguo amante desde la primera noche, tan luego como el Juan Lanas de Coupeau empezó á roncar. De cualquier modo que fuese, ambas cosas eran una indecencia, pero como se ven tantas en la vida, y aún de mayor calibre, la gente acabó por encontrar aquello natural y hasta decente, porque al menos no andaban con palizas y escándalos y todo lo arreglaban amistosamente en familia y sin dar un cuarto al pregonero. Las buenas maneras de Lantier habían conquistado á todos los vecinos poniendo fin á las habladurías hasta el punto de que cuando la frutera negaba que tuviese relaciones con Gervasia, la tripera decía que era una lástima, por que esto era muy interesante á los Coupeau.

Entre tanto, Gervasia vivía tranquila por este lado, sin pensar en semejantes inmundicias. Las cosas llegaron hasta el extremo de que la acusaban de falta de corazón. En la familia no podían comprender su rencor contra el sombrerero. La Sra. Lerat venía todas las noches y trataba á Lantier de hombre irresistible, en

cuyos brazos debían abandonarse las damas más encoquetadas. La Sra. Boche no hubiera respondido de su virtud á tener diez años ménos. De este modo se desarrollaba con proporciones gigantes en torno de Gervasia una conspiración sorda, como si todas aquellas mugeres hubieran de hallar la satisfacción de sus apetitos, proporcionándole un amante. Pero Gervasia se admiraba de no descubrir en Lantier tales seducciones. Es verdad que había cambiado en su traje, en sus modales y en su conversación, pero ella que le conocía á fondo, veía su alma al través de las ventanas de sus ojos y encontraba en ella tales cosas, que sentía miedo. En fin, si tanto interés y gusto tenían todas en ello, ¿por qué no se arriesgaban á tentar el vado? como dijo un día á Virginia, que era la que con más calor elogiaba á Lantier. Entonces ésta última y la Sra. Lerat, para darle en la cabeza le contaron los amores del sombrerero con Clemencia. Ella no había notado nada, pero tan pronto como salía á la calle á cualquier recado Lantier llevaba á la oficiala á su habitación.

—¿Y qué me importa á mí todo eso? contestó la planchadora con voz temblorosa.

—Es verdad, añadió la costurera con aire pacato... á vd. nada puede importarle, pero podía vd. aconsejarle que abandonase á esa muchacha cuyas relaciones le pueden producir lamentables consecuencias.

Lo peor del caso era que Lantier se sentía apoyado y cambiaba de táctica con respecto á Gervasia. Cuando le daba un apretón de manos conservaba un instante la de la planchadora entre las suyas.

Fijaba en ella sus ojos atrevidos en los que bien claro se adivinaba su deseo y empleaba otros mil medios análogos para lograr su objeto. Sin embargo, esperó algún tiempo antes de declararse de una manera brutal. Pero una noche encontrándose solo en la tienda con ella, la empujó contra la pared y quiso darla un beso.

La casualidad hizo que Gouget entrase en aquel momento y ella se resistió y escapó; los tres cambiaron algunas palabras como si tal cosa hubiere sucedido. El herrero mas blanco que el papel, bajó la cabeza creyendo que habia venido á interrumpirles, y que ella habia resistido para que no la besasen delante de gente.

Al dia siguiente Gervasia se hallaba en la tienda impaciente y triste sin ganas de repasar un pañuelo; tenia necesidad de ver á Gouget y explicarle la escena de la noche anterior, pero desde que Estèban se hallaba en Lille, no se atrevia á ir á la frágua porque Bec-Salé la recibia siempre con burlona sonrisa. Sin embargo, á eso de las doce tomó una cesta vacía y salió bajo el pretexto de que iba á recoger la ropa de su parroquiiana de la calle de Portes Blanches. Cuando se encontró en la calle de Marcadet, delante del taller de Gouget, se puso á pasear despacio, contando con un feliz encuentro. Sin duda el herrero la estaba aguardando por su parte, pues salió á eso de los cinco minutos.

—¡Hola! ¿está vd. de recados? dijo sonriendo ligeramente, ¿va vd. para su casa?.....

Esto lo dijo, por decir algo, pues Gervasia se dirigia en aquel momento en direccion contraria á la calle de Poissonniers. Ambos subieron juntos hácia Montmatre

sin cogerse del brazo. Su idea debia ser alejarse de la fábrica para no dar lugar á suponer que se habian citado en la puerta de la misma. Despues de haber andado unos doscientos pasos, como conocian el terreno, torcieron en silencio á la izquierda penetrando en un terreno baldío, situado entre un taller de sierras mecánicas y una fábrica de botones. Una cabra sujeta á una estaca daba vueltas balando y en el fondo se veia el escueto y negro esqueleto de un árbol.

—Parece que estamos en el campo, murmuró Gervasia.

Sentáronse al pié del árbol, la planchadora puso el cesto á sus piés; en frente de ellos se estendian alineadas las elevadas y grises construcciones de las alturas de Montmartre, y alzando un poco la cabeza veian un cielo puro y trasparente cruzado de Norte á Sur por bandadas de blancas nubecillas, Pero la viva luz del sol los deslumbraba, y bajando la vista seguian las ondulaciones de la columna de humo que salia de la chimenea del taller de sierras mecánicas.

—Sí, dijo Gervasia contestando á la primera pregunta de Gouget, habia salido á unos recados.....

Despues de haber deseado tanto una explicacion, no se atrevia á hablar. Sentia una gran vergüenza. Los dos habian ido allí á hablar únicamente del incidente de la noche anterior, que se alzaba entre ambos como un peso que les molestaba.

Acometida entónces de una tristeza terrible, y con las lágrimas en los ojos contó al herrero la agonía de

la Sra. Bijard, su lavandera que habia muerto aquella mañana despues de horribles dolores.

—La muerte ha sido causada por un puntapié que le habia dado su marido, decia Gervasia con voz dulce y monótona. Se le hinchó el vientre porque le debió romper algo interiormente. ¡Dios mio! ¡cuánto ha sufrido en tres días.....! Con ménos motivo hay otros muchos en presidio; pero la justicia tendria mucho que hacer si se hubiese de ocupar de todas las mugeres asesinadas por sus maridos. ¿Qué significa un puntapié más ó ménos cuando se reciben tantos al día? ¡Y todavía la pobre muger, por salvar á su marido del presidio ó del cadalso, ha declarado que los dolores y la hinchazón eran consecuencia de una caída.

El herrero se callaba y arrancaba las yerbecillas con mano crispada.

—No hace quince días, continuó Gervasia, habia destetado á su pequeño Julio, y ahí tiene vd. á su hija Eulalia, que aun no ha cumplido ocho años, pero que tiene tanta formalidad como una mujer encargada de criar dos niños. Apesar de eso, su padre la muele á golpes.... ¡Hay algunas personas que han nacido únicamente para sufrir!

Gouget la miró y dijo bruscamente con los labios convulsos y temblorosos:

—¡Ayer me ha hecho V. pasar un mal rato! Oh muy malol..

Gervasia palideció y juntó las manos en actitud de súplica, pero él continuó:

—Yo sé que esto tenia que suceder.... Solo que vd. deberia haberme confiado quién era él, à fin de que yo me desilusionase....

No pudo acabar. Ella se habia levantado comprendiendo que Gouget la creia de nuevo en relaciones con Lantier, como todos los vecinos de la calle lo aseguraban. Extendiendo los brazos exclamó:

—No, no, se lo juro á vd..... Es cierto que él me empujaba y queria besarme; pero su rostro no ha tocado el mio, y era la primera vez que lo intentaba. Se lo juro á vd. por mi vida, por la de mis hijos, por todo lo mas sagrado!

Sin embargo, el herrero meneaba la cabeza en señal de duda, y desconfiaba, porque las mugeres niegan siempre. Entónces Gervasia añadió lentamente con la mayor gravedad:

—¡Usted sabe Sr. Gouget que no soy una muger mentirosa!..... ¡pues bien! le doy á vd. mi palabra de honor que no es lo que vd. se figura..... Nunca llegará ese caso, ¿lo oye vd? El dia en que eso sucediera, yo seria la última de las últimas, y no mereceria la amistad de un hombre honrado como vd.

Al decir esto, estaba tan bella y habia en su rostro tal sello de franqueza, que Gouget le cogia la mano y la hizo sentarse nuevamente. El pobre respiraba à gusto y se reia interiormente. Era la primera vez que estrechaba la mano de Gervasia entre las suyas; ambos permanecieron silenciosos. En el cielo seguian volando las nubecillas blancas con la lentitud de cisnes. La cabra los miraba lanzando à intervalos suaves balidos.

Sin soltar sus manos, sintiéndose inundados por un dulce enternecimiento, perdiáanse á lo léjos sus miradas, en la amarillenta pendiente de Montmartre, en medio de una alta fila de negruscas chimeneas.

—Su madre de vd. está incomodada conmigo, lo sé, añadió Gervasia en voz baja. No me diga vd. que nó. ¡Les debemos á vds. tanto dinero!

El le hizo que callase apretándole la mano, hasta el punto de hacerle daño. No queria que hablase de dinero. Despues dijo tartamudeando:

—Hace mucho tiempo que pienso proponer á usted una cosa. . . . V. no es feliz. Mi madre asegura que cada dia van vds. de mal en peor.

Detúvose un momento como si le faltase la respiración, y por último, añadió:

—¡Pues bien! marchémonos los dos juntos.

Ella le miró no comprendiendo claramente el sentido de sus palabras, sorprendida ante aquella ruda declaración de amor.

—¿Qué quiere vd. decir? preguntó.

—Que si vd. quiere, continuó él sin atreverse á alzar la cabeza, nos iremos y viviremos en cualquier parte en Bélgica, que casi es mi país. Trabajando los dos, pronto estariamos desahogados.

Entónces Gervasia se puso colorada como una amapola. Si Gouget la hubiera cogido entre sus brazos y la hubiera besado, acaso no hubiera sentido tanta vergüenza. Era una idea rara la del herrero al proponerle un rapto como los que se ven en las novelas y en la

alta sociedad. Mil veces habia ella visto á otros obreros hacer el amor á mugeres casadas; pero no se las llevaban ni á San Dionisio ni se andaban con miramientos.

—¡Ah Sr. Gouget! ¡Sr. Gouget.! murmuró sin saber qué contestar.

—Estariamos los dos solos, añadió él. Los demás me molestan, ¿comprende vd? Cuando quiero á una persona, no me gusta que comparta su cariño con nadie.

Gervasia se repuso entre tanto, y se negó á ello con aire razonable.

—Señor Gouget, eso no es posible. Estaria muy mal hecho. . . . Soy casada y tengo hijos. . . . Ya sé yo que me quiere vd., y que le hago pasar malos ratos. . . . Yo tambien lo quiero á vd., lo suficiente para no dejarle hacer locuras. No, más vale que sigamos como estamos. Nos queremos y nuestros sentimientos se hallan de acuerdo. Cuando una es honrada siempre encuentra la recompensa.

El movía la cabeza mientras la escuchaba, aprobando lo que decia. De pronto la cogió entre sus brazos, la estrechó con gran fuerza contra su corazon, y depositó en su cuello un beso furioso. Despues la soltó y no habló una palabra de su amor. Ella no se incomodó porque veía el fondo del corazon del jóven y comprendía que ambos tenian bien ganado aquel furtivo y ligero placer.

El herrero entre tanto, se sentia agitado de piés á

cabeza por una especie de convulsion, y se apartaba de ella para no ceder á la tentacion; no sabiendo en qué ocupar sus manos, empezó á coger florecillas silvestres y á echarlas en el cesto de Gervasia. Este entretenimiento lo fué calmando poco á poco. Sus dedos encalecidos por el trabajo, cortaban delicadamente las flores; la planchadora se habia recostado contra el árbol alegre y tranquila, alzando la voz para que la oyese Gouget á causa del ruido que producian las sierras. Cuando abandonaron aquel sitio, iban hablando de Estéban que estaba muy contento en Lille, y Gervasia llevaba el cesto lleno de flores.

En el fondo no se sentia ella tan fuerte como pretendia con respecto á Lantier. Ciertamente estaba resuelta á no permitir que la tocara con la punta del dedo: pero temia si alguna vez llegaba á tocarla, ser víctima de su antigua cobardía y de la debilidad de su carácter. Lantier, sin embargo, no renovó sus ataques apesar de que la encontró sola muchas veces. Parecia ocuparse mucho de la tripera, muger de unos cuarenta y cinco años aunque muy bien conservada. Gervasia, delante de Gouget, hablaba de la tripera, á fin de tranquilizarle, y cuando Virginia y la Sra. Lerat le hacian elogios del sombrerero, les contestaba, que él podia muy bien pasarse sin su admiracion, puesto que todas las vecinas estaban que bebian los vientos por él.

Coupeau, por su parte, no se hartaba de decir que Lantier era un verdadero amigo suyo. Bien podia todo el mundo hablar lo que quisiese, pues él se burlaba de todas las habladuras, y sabia á qué atenerse. Cuando salian los tres el domingo, obligaba á su mujer y al

sombrerero á ir juntos delante, cogidos del brazo para dar en la cabeza á todos los murmuradores de la calle; él iba detrás mirando á todo el mundo, dispuesto á administrar una paliza al que se permitiese la más insignificante broma. Lo único que reprochaba á Lantier, era el que hacia ascos al aguardiente y sabia leer y escribir como un abogado. Por lo demás era todo un hombre de pelo en pecho; ambos se comprendian y estaban formados el uno para el otro, segun aseguraba el plomero, y la amistad de un hombre era una cosa mas sólida que el amor de una muger.

Lo cierto del caso es, que los dos andaban siempre de francachela. Lantier, cuando sabia que habia dinero fresco, pedia prestado á Gervasia, ya veinte francos, ya diez, diciendo que era para sus grandes proyectos; pero tan luego como los tenia en su poder, se llevaba á Coupeau, y en un restaurant cualquiera, se regalaban con platos que no podian comer en casa. El plomero hubiera preferido comer cualquiera de los guisotes que á él le gustaban, en una taberna: pero se veia sometido á los gustos aristocráticos del sombrerero que hallaba en la carta de los restaurants, salsas extraordinarias. Era por demas delicado y difícil de contentar; no queria nada demasiado caliente, y discutia cada guiso bajo el punto de vista de la salud, desechando á los que á su parecer tenian demasiada sal y pimienta. A pesar de que daba propinas, los mozos le temian, y era bien conocido desde Batignolles Belleville. En la calle de Batignolles comian exquisitos callos al estilo de Caen. En la parte baja de Montmartre, encontraban siempre las mejores ostras del barrio en la Ciudad de Bar-le-Duc,

y cuando se atrevían á subir hasta el Moulin de la Gallette les preparaban un conejo en un guiso exquisito. En la calle de los Mártires, el restaurant de las Lilas tenía la fama en preparar las cabezas de ternera, mientras que en la calzada de Clignancourt los del Leon de Oro y de los Dos Castaños les ofrecían unos riñones salteados que era cosa de chuparse los dedos. Generalmente solían ir hacia la parte de Belleville á las Vendimias de Borgoña, al Cuadrante Azul ó al Capuchino donde podían pedir lo que quisiesen. Al día siguiente de estas escapatorias gastronómicas, solían hablar de ellas con palabras embozadas criticando los guisos de patatas que ponía Gervasia.

Naturalmente, como no se puede repicar y andar en la procesion, desde que el sombrerero se instaló en la casa, Coupeau, que trabajaba poco, abandonó por completo el trabajo. Cuando, cansado de no hacer nada iba alguna vez á trabajar, su camarada iba á buscarle á la obra y le hacía bajar para ir á echar unas copas; pero era cosa sabida que empezando, nunca acababan, pues iban recorriendo todas las tabernas y figones. Sin embargo el sombrerero nunca llegaba hasta el fin, y se marchaba como si tal cosa. Solo los que le trataban mucho conocían cuando estaba á medios pelos por el brillo que adquirían sus ojos, y porque se hacía más atrevido con las mugeres. El plomero, por el contrario acababa siempre por ponerse hecho una cuba.

A principios de Noviembre, Coupeau cogió una borachera que acabó de una manera bastante indecente para él y para los demás. Lantier que por aquella sazón parecía lleno de buenos sentimientos le predicaba el tra-

bajo que ennoblece al hombre, y levantándose antes del amanecer, quiso acompañar á su amigo hasta la obra honrando en su persona al obrero verdaderamente digno de este nombre. Pero al llegar á la Petite-Civette, que en aquel momento abría sus puertas, entraron á tomar una ciruela en aguardiente á fin de ratificar de aquella manera su firme propósito de la enmienda. Enfrente de mostrador encontraron á Bibi-la-Grillade, sentado en un banco y fumando su pipa con cara de pocos amigos.

—¡Toma! ¡pues si está allí Bibi-la-Grillade más serio que un poste! ¿Qué te pasó, viejo mio?

—¡Nada respondió aquel estirando los brazos! Solo que estoy de mal humor, por que todos los patrones son unos canallas. . . . ayer me he despedido del mio. . . .

Bibi-la-Grillade aceptó una ciruela, diciendo de paso que estaba allí aguardandoo á unos amigos para correr una huelga. Lantier, entre tanto, empezó á hablar en defensa de los patrones; es cierto que algunos se portaban mal, pero á veces tenían razon de sobra, y él que habia estado al frente de una empresa industrial sabia algo de ello. ¡Los obreros estaban muy echados á perder y habia muy mala gente entre ellos! A lo mejor dejaban el trabajo cuando habia más necesidad de ellos y andaban de francachela en francachela hasta que se les acababan los cuartos. El habia tenido á sus órdenes uno de Picardía que en cuanto cogía el dinero de la semana se lo gastaba en andar en coche arriba y abajo. Despues bruscamente empezó atacar á los patrones, en prueba de su imparcialidad. Dijo que eran una raza de explotadores sin vergüenza y devoradores de hombres. El por su parte, á Dios gracias, podia dormir con la con-

ciencia tranquila, porque siempre se había conducido con los trabajadores como amigo, prefiriendo esto à ganar millones, como otros.

Vamos hijo mio, dijo dirigiendose à Coupeau; no se nos vaya à hacer tarde.

Bibi-la-Grillade salió con ellos. Empezaba à despuntar el día, reflejando su pálida luz en el enlodado pavimento; había llovido la víspera y la mañana estaba agradable, ya habían apagado los mecheros del gas y la calle de Poissonniers, cuyas casas aparecían aún envueltas entre los flotantes girones de la noche, se iban llenando con el sordo ruido que hacían los obreros bajando hácia Paris. Coupeau, que marchaba adelante con el saco de las herramientas à la espalda, se volvió y dijo:

—Bibi ¿quieres trabajar conmigo? el patron me ha dicho, que si podía, llevase un camarada.

—¡Gracias, respondió Bibi estoy de purga!... A quien tal vez le convendría, sería à Mes-Bottes, que anda buscando trabajo... ¡Espera! Mes-Bottes está deseguro ahí dentro.

En esto llegaban à lo último de la calle, y vieron en efecto à Mes-Bottes en la taberna del tío Colombe.

A pesar de ser tan temprano, estaba completamente iluminada y llena de parroquianos. Lantier se quedó en la puerta, encargando à Coupeau que despachase pronto, porque solo faltaban diez minutos.

—¡Como! ¿Vas à casa de ese tunante de Bouguignon? gritó Mes-Bottes despues que Coupeau le hubo hablado; no se me caerà su casa encima, aunque tuviera que es-

tar todo el año sin trabajo. Te aseguro que no has de estar allí más de tres días.

—¿Es cierto lo que dices? preguntò Coupeau inquieto.

—¡Y más de lo que yo pueda decirte!... ¡Allí no puede uno ni moverse! ¡No se puede ni escupir; y luego la burguesa tiene unas maneras... Sin más ni más le pone à uno de borracho que no hay otra cosa que ver... ¡Yo los mandé à paseo el primer día!...

—¡Vamos! ya estoy prevenido. Aunque no pienso estar mucho tiempo... voy à probar hoy, pero si el patron me encocora, haré con él una que sea sonada.

El plomero, mientras esto decía estrechaba la mano de su camarada en señal de despedida, pero Mes-Bottes se enfadó. ¿Acaso el Bourguignon iba à impedir que bebiesen una copa juntos? Bien podía esperar cinco minutos. Lantier entró para aceptar el convite y los cuatro se mantuvieron delante del mostrador. Mes-Bottes, con sus zapatos rotos, su blusa llena de manchas y de suciedad y su gorilla aplastada sobre el cráneo, gritaba y gesticulaba como si fuese el dueño de la taberna. Acababa de ser proclamado emperador de los borrachos y rey de los puercos, por haberse comido una ensalada de saltones vivos.

—¡Oye especie de Borgia! gritó al tío Colombe, échanos orines de burro del número uno.

Cuando el tabernero tranquilo è impasible llenó los vasos, los cuatro amigos los vaciaron en ménos que canta un gallo.

—Esto arregla el estómago, murmuró Bibí-la-Grillade.

El animal de Mes-Bottes contó que el viernes anterior cogió tal borrachera, que sus compañeros le pegaron la pipa en la boca con un pegamento de yeso, sin que él lo sintiese; otro hubiera reventado, pero él siguió durmiendo como si tal cosa.

—¿Van vds. à repetir? dijo el tío Colombe con voz bronca.

—Sí; eche vd. otra rueda por mi cuenta, dijo Lantier. Entonces empezaron à hablar de mujeres.

Bibí-la-Grillade, dijo que el domingo habia llevado la suya à Montrouge, à casa de una tía de la misma. Coupeau preguntó por una plachadora de Chaillot, conocida con el mote de la Malle des Indes. Iban à beber cuando Mes-Bottes vió pasar à Gouget y à Lorilleux, y los llamó à grandes voces. Ellos llegaron à la puerta y saludaron, pero no quisieron entrar. Gouget dijo que no tenia ganas, y Lorilleux que le hacia daño el aguardiente.

—¡Vaya un par de hipócritas! gruñó Mes-Bottes.

Al llevarse el vaso à los labios, cogió al tío Colombe y le dijo:

¡Venga acá, tunante! ¿Porqué no has puesto del mismo? ¿No sabes que à mí no se me dá gato por liebre?

Como el día iba entrando cada vez más, el tabernero apagó el gas. Coupeau entretanto escusaba à su cuñado por no poder beber, pues esto despues de todo, no era un crimen. Aprobaba tambien à Gouget, y decia que era una felicidad no tener nunca sed. Como dijese que se

iba à trabajar. Lantier, dándole una leccion, le dijo que al ménos antes de marcharse, pagase una ronda, pues no era cosa de dejar de aquel modo à los amigos.

Con efecto, Coupeau pagó su ronda. Pero cuando llegó la vez à Bibí-la-Grillade, este habló al oído al tabernero, que hizo con la cabeza un signo negativo. Mes-Bottes lo comprendió, y empezó à hechar por la boca sapos y culebras contra el tío Colombe. Pues no faltaba más que un bribon de su calaña se permitiese faltar de aquel modo à un compañero! El patrón no se alteró y siguió balanceándose con los puños sobre el mostrador diciendo cortésmente:

—¡Más sencillo es que vd. le preste dinero à su camarada!

—¡Y vaya sí se lo prestaré! rugió Mes-Bottes. ¡Toma, Bibí y hazle tragar el dinero à ese judío!

Despues, molestado por la vista del saco que Coupeau llevaba à la espalda, continuó dirigiéndose al plomero;

—¡Pareces un ama de cria! Deja ahí ese bulto.

Coupeau vaciló un instante y con la mayor tranquilidad, como si se hubiese decidido despues de maduras reflexiones, dejó su saco en un banco diciendo:

—Ya es tarde. Iré à casa de Bourguignon despues de almorzar, y diré que mi mujer ha tenido un cólico. Oye, tío Colombe, ahí dejo mis herramientas, y las recogeré al medio día.

Lantier aprobó con una señal de cabeza esta determinacion. Segun él decia, es conveniente trabajar; pero cuando se encuentra uno con amigos, la amistad es

antes que todo. Todos cuatro sentían una especie de cosquilleo y vivo deseo de divertirse: Coupeau, sobre todo despues de adoptar la prudente resolucíon que hemos visto, parecía otro. Tomaron por último otra ronda y se dirigieron á otra taberna próxima donde habia un billar. El sombrerero hizo algunos ascos porque era un tabernucho súcio é indecente; baste decir que las bolas se pegaban al paño de la mesa. Sin embargo, una vez empezada la partida, Lantier, que jugaba bastante bien, recobró su buen humor.

Cuando llegó la hora de almorzar, Coupeau tuvo una idea, y dando una patada en el suelo, dijo:

—Hay que ir á buscar á Bec-Salé. Yo sé donde trabaja... Le llevaremos á comer en casa de tia Luisa.

La idea fué bien acogida y todos partieron para ponerla en ejecucíon.

Llovía á la sazón, pero tenían demasiado calor dentro del cuerpo para sentir aquel pequeño riego. Coupeau los llevó á la calle Marcadet; y como faltaba media hora para la salida del taller, el plomero dió una moneda de diez céntimos á un muchacho para que dijese á Bec-Salé que su mujer estaba muy mala y deseaba que fuese en seguida. El herrero apareció á poco rato, cantoneándose con aire tranquilo.

—¡Ah, borrachos! dijo al verles ocultos en el hueco de una puerta. ¡Ya os habia olido!... ¡Que hay que gastar?

De allí se dirigieron á la tienda de la tia Luisa, donde mientras comían, dijeron otra porción de perrerías de los patrones, Bec-Salé contó que en su taller habia un trabajo que corria mucha prisa, pero que á él no le

importaba, y que ya se daría el amo por muy contento con que volviera. A él no habia miedo de que lo despachara ningun amo, porque no se encontraban con facilidad trabajadores de su temple y fuerza. Despues de los callos, comieron unas chuletas y cada uno se bebió su par de cuartillos largos de tallé. Todos iban estando calamocanos.

—¿Que se habrá figurado el mono de mi amo? ¡Pues no se le ha ocurrido al muy bribón poner una campana en el taller!... ¡Eso es bueno para esclavos!... ¡Por su puesto, hoy puede estar tocando todo el día! ¡Que me caiga un rayo si me cogen hoy en el yunque! Y si el patron se incomoda lo mando á paseo.

—Yo, dijo Coupeau con aire de importancia, me veo obligado á dejaros porque voy á trabajar. Se lo he jurado á mi mujer... divertios, y ya sabeis que siempre podeis contar conmigo.

Los otros empezaron á darle broma pero él parecia tan decidido que todos le acompañaron cuando habló de ir á buscar sus herramientas á casa del tío Colombe. Cogiólas en efecto de debajo del banco y se las colocó delante mientras echaban el último trago.

A la una todavía estaba bebiendo, y entonces Coupeau, con un gesto de enojo, volvió á dejar herramienta debajo del banco, pretestando que le molestaban y no podia acercarse al mostrador. Decidióse al fin á no ir á casa de Bourguignon hasta el día siguiente. Los otros cuatro que estaban disputando sobre la cuestíon de los salarios no se extrañaron cuando el plomero, sin la más ligera explicación, les propuso dar una vuelta por el

boulevard para desentumecér las piernas. La lluvia había cesado. El paseo se redujo a andar doscientos pasos todos en fila y con los brazos caídos sin dirigirse una sola palabra como si se hubiesen quedado mudos. Intinivamente y sin ponerse de acuerdo, subieron por la calle de Poissonnier y entraron en la taberna de Francisco á tomar unas copas. Verdaderamente la necesitaban para romper algo su buen humor. Lantier les hizo entrar en una especie de gabinete, separado de la sala comun por una especie de vidriera esmerilada. A él le gustaban los gabinetes particulares, porque se estaba en ellos con mucha independencia. Pidió un periódico, lo abrió por completo y lo recorrió con la vista frunciendo las cejas. Coupeau y Mes-Bottes se pusieron á jugar á la baraja. Sobre la mesa se veían dos litros y cinco vasos.

—Vamos ¿que dice ese papel? preguntó Bibí-la-Grillade al sombrerero.

Este, sin levantar los ojos, contestó:

—Estoy leyendo la sesión: ¡Vaya republicanos de tres al cuarto! ¡Valientes olgazanés! ¿Acaso el pueblo los nombra para beber agua con azucarillos? ¡No saben más que hacer la mamola á esos canallas de ministros. Si á mí me nombraran diputado, subiría á la tribuna, y diría:

—Vayan vds. á la m!... Ni una palabra más ni una palabra mènes; esa es mi opinion.

—Habeis de saber que Bandinguet se ha dado de bofetadas la otra noche con su mujer delante de toda la corte, dijo Bec-Salè.

—Y dicen que fué porque él estaba medio alumbrado.

¡Dejemos á un lado la política! dijo el plomero. Lee los asesinatos, que son más entretenidos.

Vaciaron los vasos y Lantier empezó á leer en voz alta:

«Un crimen espantoso acaba de sembrar el terror en el pueblo de Gaillon. Un hijo ha matado á su padre con una azada para robarle dos francos...»

Todos exhalaban un grito de horror; de buena gana hubieran ido á ver guillotinar á aquel miserable. Según ellos, para semejante crimen no era bastante la guillotina; hubiera sido preciso hacer gigote con el criminal. Igual conmoción les causó la noticia de un infanticidio pero el sombrerero, muy moral, escusó á la muger, echando toda la culpa á su seductor. Lo que mas les entusiasmó fueron las hazañas del marqués de T..... que al salir de un baile á las dos de la mañana fué acometido por tres bribones en el boulevard de los Inválidos, sin quitarse los guantes se había desembarazado de los primeros y conducido al tercero por una oreja á prevención. ¡Valientes puños! ¡Era una lástima que fuese noble!

—Oid esto, continuó Lantier, son noticias de la aristocracia. «La condesa de Bretigny casa á su hija mañana con el jóven baron de Valancay, ayudante de Su Majestad. El canastillo de bodas contiene más de trescientos mil francos de encages...»

—¡Qué nos importa á nosotros! interrumpió Bibí la Grillade. Nadie les pregunta cuántos años tienen....

Por más encajes que tenga la niña, me parece que verá la luna por donde los demas.

Como Lantier se dispusiese á terminar su lectura, Bec-Salé le quitó el periódico y se sentó encima diciendo:

—¡No, no, basta!... ¡aquí está caliente!

Pidieron dos nuevos litros por haber dado fin á los dos primeros. Los vasos parecían cangilones de noria: no se acababan de vaciar cuando ya estaban llenos otra vez; la borrachera iba en aumento. A eso de las cinco empezaba aquello á tomar un aspecto poco agradable, hasta el punto en que Lantier pensó en desfilár. Justamente á aquella hora Coupeau se levantó para hacer la señal de la cruz de los borrachos. En la frente pronunció la palabra «Mont-pernase»; en el hombro derecho, Menilmonte; en el hombro izquierdo, la «Courtille; en medio del vientre, «Bagnolet;» y en la boca del estómago tres veces «lapin sauté. El sombrerero, aprovechándose del alboroto que produjo semejante ejercicio, tomó tranquilamente la puerta, sin que nadie se apercibiese de ello. El estaba también á media vela, pero tan pronto como salió á la calle y le dió el aire se serenó y volvió tranquilamente á la tienda diciendo á Gervasia que Coupeau estaba con unos amigos.

Pasaron dos días y el plomero no parecía ni se sabia palabra de su paradero. Algunos, sin embargo, afirmaban haberle visto en casa de la tía Baquet, en la «Mariposa y en algunas otras tabernas y figones; solo que unos decían que estaba solo y otros que en compañía de siete ú ocho borrachos de su calaña. Gervasia se encogía de hombros con resignación. Era preciso acos-

tumbrarse á todo. Ella no era cosa de que fuese á buscar á su marido, y aun si por casualidad le veía al paso en una taberna, hacia como que no le habia visto y daba un rodeo para que no se enfadase, y volvía á su casa á esperarle. El pasaba lo noche sobre un monton de basura, sobre un banco, ó en medio del arroyo. Al dia siguiente, sin estar todavía limpio de la borrachera del dia anterior, volvía á las andadas con sus amigos, y aquello era el cuento de nunca acabar. A pesar de estos precedentes, Gervasia fué el segundo dia á la taberna del tio Colombe á tener noticias de su marido. Lo único que le pudieron decir es que le habian visto cuatro ó cinco veces. Tuvo que darse por satisfecha y llevarse las herramientas que estaban aun debajo del banco.

Lantier, por la noche, viendo que la planchadora estaba triste y preocupada, le propuso llevarla á un café cantante á fin de que se distrajera un rato. Al principio se negó, porque no tenia ganas de reir. A no ser por esto, hubiera aceptado, porque el sombrerero le hacia la invitacion con la mayor cortesía. Parecía interesarse por su desgracia y se mostraba, hasta si se quiere, paternal. Nunca habia pasado Coupeau dos noches seguidas fuera de su casa. Esto la hacia estar más inquieta y salir á cada momento á la calle á ver si asomaba por algun lado. A buen seguro que si le cogía un coche y le dejaba en el sitio, no habia de llorarle mucho, pues no se podia guardar cariño hácia una persona que tan indecentemente se portaba. Cuando se encendió el gas, Lantier repitió su ofrecimiento y ella aceptó. Despues de todo era muy necia en no admitir aquél convite,

cuando su marido llevaba, hacia tres días, una vida de polichinela. Puesto que él no volvía á su casa, justo es que ella saliese. Estaba ya tan harta de vivir, que si la casa empezaba á arder, no habia de ser ella la que intentase apagar el fuego.

Comieron de prisa y corriendo, y á eso de las ocho salió Gervasia del brazo de Lantier, diciendo á mamá Coupeau y á Nana que se acostasen en seguida, pues habia cerrado la tienda. Salieron por la puerta del patio y dejaron la llave á la señora Boche suplicándole que si por casualidad volvía el cerdo de su marido hiciesen el favor de acostarle. Cogidos del brazo, como hemos dicho, siguieron por la acera dando que hablar á todos los tenderos de la calle que sonreían maliciosamente y decían mil bromas de color un poco subido al verlos pasar.

El café cantante estaba en el boulevard de Rochechouart. Un círculo de bombitas, de porcelana blanca dibujaba un pórtico luminoso, y á ambos lados de la puerta, pegados en grandes tableros que llegaban al suelo se veían inmensos cartelones.

—Ya hemos llegado, dijo Lantier. Esta noche es el debut de la señorita Amanda, cantadora del género.

En esto apercibió á Bibi la Grillade que estaba, como él, leyendo el anuncio. Tenía un gran cardenal casi negro en un ojo, procedente, sin duda, de algún puñetazo cogido el día ántes.

—¡Hola! ¿y Coupeau? preguntó el sombrerero. ¿Donde té lo has dejado?

—¡Oh! no le he visto desde ayer. Al salir de casa de la tía Baquet se armó una quimera á causa de que el

mozo quería cobrar dos veces, y como no me gustan los juegos de manos, tomé el atole y me fuí á dormir.

Habia estado durmiendo diez y ocho horas y aun bostezaba.

—¿Y no sabe V donde podrá estar mi marido? le preguntó Gervasia.

—De ninguna manera. . . Cuando salimos de casa de la tía Baquet eran las cinco. . . Sin embargo, aunque no estoy seguro, me parece que le ví entrar, al separarnos, en la "Mariposa" con un cochero. . . Es lo único que recuerdo.

Lantier y Gervasia pasaron una velada muy agradable en el café cantante. A las once, terminada la función, volvieron á casa, tarareando las canciones que habian oido, aunque sin apretar macho el paso. Lantier cantaba entre dientes la cancion de la señorita Amanda:

Me hace cosquillas

En la nariz.

Gervasia como aturdida, repetía el estribillo. Habia tenido en el café bastante calor, á causa de las dos copas de licor que habia tomado, del humo de las pipas y de la respiracion de tanta gente como habia allí amontonada. Lo que mas impresion le habia hecho, era la señorita Amanda. Nunca se hubiera ella atrevido á presentarse de aquella manera en público. Sin embargo, habia que confesar que tenia una piel capaz de dar envidia y muy buenas formas. La planchadora oía con cierta curiosidad sensual á Lantier, que daba detalles de la cantante como si la conociese muy á fondo.

—¡Todos estan dormidos! dijo Gervasia despues de haber llamado tres veces sin que los Boche abriesen.

Al fin se abrió la puerta, pero el portal estaba como boca de lobo, y cuando ella llamó en la portería para pedir su llave, la portera le contó media dormida, una historia que al principio no entendió; pero al fin sacó en limpio que el marido de Virginia había traído à Coupeau en muy mal estado, y que la llave debía estar puesta en la cerradura.

¡Uf! murmuró Lantier cuando hubieron entrado ¿Qué hay aquí? Esto es una verdadera infección.

En efecto, apestaba de una manera terrible. Gervasia que iba buscando los cerillos andaba sobre mojado. Cuando consiguió encender, se ofreció á sus ojos un espectáculo repugnante. Coupeau había echado hasta el redañó, llenando toda la habitación, incluso la cama, la alfombrilla de los piés y hasta la cómoda, y habiéndose escurrido de la cama donde le debió echar Poisson, roncaba tendido como un cerdo en medio de aquella inmundicia.

= ¡Oh, que puercos! ¡que sucios! repetía Gervasia llena de indignación y desesperada, ¡ni un perro habría hecho otro tanto! . . . ¡Todo lo ha manchado!

Ninguno de los dos se atrevía á moverse, porque no sabían donde poner el pié. Nunca había vuelto el plomero de aquella manera ni había puesto el cuarto de aquel modo. Así es que semejante espectáculo asestó un terrible golpe á los sentimientos que aun podía experimentar hácia él su esposa. Aquello era repugnante, y no hubiera cogido á su marido ni con unas tenazas. La idea sola de que la piel de aquel hombre asqueroso tocase la suya, le causaba la misma repugnancia que si le mandasen acostarse junto á un cadáver putrefacto,

—Sin embargo tengo que acostarme, murmuró. No es cosa de irme á pasar la noche en la calle.

Diciendo esto procuró saltar por encima del borracho, y tuvo que agarrarse á la cómoda para no escurrirse y caer. Entonces Lantier que contemplaba el cuadro con una ligera sonrisa en los lábios le cogió una mano y le dijo en voz baja y ardiente:

¡Gervasia! . . . ¡oye Gervasia! . . .

Pero ella le comprendió y desprendió su mano; tuteándole á su vez como antiguamente, sin darse cuenta de ello, le contestó:

—¡Déjame Augusto. . .! déjame. . . entra en tu cuarto. . . Yo me arreglaré como pueda, subiré á la cama por los piés.

—Gervasia, vamos no seas necia, repetía él. Esto huele muy mal y no puedes permanecer aquí. . . ¡Ven! ¿que temes? ¡él no puede oírmos!

Ella luchaba y decía que nó con la cabeza energicamente. En medio de su turbación, y como para mostrar que se quedaba allí, ampezó á desnudarse, colocando su vestido de seda sobre una silla y quedándose en un momento en camisa y chambra, con los brazos y el cuello desnudos. Por dos veces intentó pasar á la cama, pero Lantier, incansable en su intento, la cogía por la cintura y la decía mil cosas para enardecerla. La pobre se encontraba en una situación triste. Delante tenía al borracho inmundo de su marido que la impedía meterse en su lecho honestamente, y detrás á un bribón desalmado que quería aprovecharse de sus tristes circunstancias. Como el sombrerero alzase la voz, le suplicó que se callase, y prestó oído á la habitación donde dor-

mian mamá Coupeau y Nana. Ambas debían dormir, porque se oía su respiración regular.

—¡Augusto, déjamel vas á despertarlos le suplicó con las manos juntas. Sé razonable. . . . otro día en otra parte pero no aquí. . delante de mi hija. . . .

El no hablaba pero seguía sonriendo, y lentamente la besó en el oído para aturdirla, como hacia en otro tiempo. Entonces ella perdió las fuerzas, sintió un gran ruido en el cerebro, y un calosfrio en todo el cuerpo. Sin embargo, intentó de nuevo pasar, pero no era posible y tuvo que retroceder; el olor era insoportable; Coupeau entre tanto, roncaba como sobre un colchon de plumas entre tanta inmundicia.

Tanto peor para él murmuró Gervasia; él tiene la culpa Dios mio no puedo más

Y mientras Lantier la empujaba hácia su habitación, apareció el rostro de Nana tras los cristales de la puerta de su dormitorio. Acababa de despertar y levantarse en camisa sin hacer ruido. En sus grandes ojos de niña viciosa brillaba una curiosidad sensual.

Aquel invierno faltó poco para que mamá Coupeau se marchase al otro barrio. Todos los años, por el mes de Diciembre, el asma la tenía postrada en cama dos ó tres semanas. Por San Antonio iba á cumplir setenta y tres años, lo cual, unido á sus padecimientos, no le prometían mucho mas de vida. El médico decia, que se iba á morir de un golpe de tos, sin tener tiempo para decir Jesus.

Cuando estaba en cama mamá Coupeau, se ponía irresistible. Hay que tener en cuenta que la habitación en que dormía no tenía nada de alegre. Entre su cama y la de Nana cabía solo una silla. El papel de las paredes, además de oscuro, viejo y descolorido, estaba á trechos hecho girones. Aquello era insoportable. Al fin de noche, aunque no durmiera, oía dormir á la niña y esto la distraía; pero durante el día, como la dejaban

mian mamá Coupeau y Nana. Ambas debían dormir, porque se oía su respiración regular.

—¡Augusto, déjamel vas á despertarlos le suplicó con las manos juntas. Sé razonable. . . . otro día en otra parte pero no aquí. . delante de mi hija. . . .

El no hablaba pero seguía sonriendo, y lentamente la besó en el oído para aturdirla, como hacia en otro tiempo. Entonces ella perdió las fuerzas, sintió un gran ruido en el cerebro, y un calosfrio en todo el cuerpo. Sin embargo, intentó de nuevo pasar, pero no era posible y tuvo que retroceder; el olor era insoportable; Coupeau entre tanto, roncaba como sobre un colchon de plumas entre tanta inmundicia.

Tanto peor para él murmuró Gervasia; él tiene la culpa Dios mio no puedo más

Y mientras Lantier la empujaba hácia su habitación, apareció el rostro de Nana tras los cristales de la puerta de su dormitorio. Acababa de despertar y levantarse en camisa sin hacer ruido. En sus grandes ojos de niña viciosa brillaba una curiosidad sensual.

Aquel invierno faltó poco para que mamá Coupeau se marchase al otro barrio. Todos los años, por el mes de Diciembre, el asma la tenia postrada en cama dos ó tres semanas. Por San Antonio iba á cumplir setenta y tres años, lo cual, unido á sus padecimientos, no le prometían mucho mas de vida. El médico decia, que se iba á morir de un golpe de tos, sin tener tiempo para decir Jesus.

Cuando estaba en cama mamá Coupeau, se ponía irresistible. Hay que tener en cuenta que la habitación en que dormía no tenia nada de alegre. Entre su cama y la de Nana cabía solo una silla. El papel de las paredes, además de oscuro, viejo y descolorido, estaba á trechos hecho girones. Aquello era insoportable. Al fin de noche, aunque no durmiera, oía dormir á la niña y esto la distraía; pero durante el día, como la dejaban

sola en su habitacion, gruñía, lloraba y repetía continuamente, dando vueltas sobre la almohada:

—¡Dios mió! ¡qué desgraciada soy!... ¡Me van á dejar que me muera en esta prision!..

Cuando entraban Virginia, la Sra. Boche ó alguna otra vecina á preguntarle como estaba, prorrumplia siempre en las mismas lamentaciones.

—¡Ah! ¡qué caro es el pan que cómo aquí! ¡No, no sufría tanto entre extraños!... ¡Mire vd, esta mañana he pedido una tisana y me han traído un cántaro lleno de agua, como echándome en cara que bebo mucho...! ¡Lo mismo que Nana, esa niña que yo he criado! ¡por las mañanas se escapa descalza, y no la vuelvo á ver mas en todo el dia! ¡Sin embargo, de noche duerme que se las pela, y ni una vez se despierta para preguntarme cómo estoy..... En fin, les molesto, y están deseando que yo reviente. ¡Oh! ¡no tardaré mucho! Ya no tengo hijo, esa bribona de planchadora me lo ha quitado. Si no fuera por miedo á la justicia acabaría conmigo á golpes.

Gervasia, en efecto cada dia tenía peor carácter. Como donde no hay harina todo es mohina, á todos les sucedía dos cuartos de lo mismo, y por un «quitame allá esas pajas» armaban un tiberío. Coupeau, una mañana que se levantó de mal humor, llegó á decir: «La vieja está diciendo siempre que se va á morir, y nunca se muere,» palabras que hirieron en lo vivo á mamá Coupeau. Echábanle en cara lo que costaba y le decían con la mayor tranquilidad que si ella no estuviese en casa habría una economía importante. La

verdad es que ella no se conducía como era debido. Cuando veía á su hija mayor, la Sra. Lerat, le causaba lástima, acusando á su hijo y á su nuera de tenerla muerta de hambre, todo con el fin de sacarle un franco para gastarlo en golosinas. La misma danza traía con los Lorilleux, diciéndoles que sus diez francos se gastaban en caprichos de la planchadora, en pasteles que se comían á escondidas y en otras cosas que no se atrevía á decir. En dos ó tres ocasiones faltó poco para que toda la familia viniese á las manos. Tan pronto estaba con unos, como con otros.

Aquel invierno en medio de la crisis, una tarde en que la Sra. Lorilleux y su hermana, la viuda Lerat, habían entrado á ver cómo seguía su madre, mamá Coupeau les hizo una seña para que se inclinasen, y les dijo en voz muy baja:

—¡Qué indecencia!... Esta noche lo he oido. Sí, sí, la Coja y el sombrerero... Bueno han puesto á Coupeau ¡Qué indecencia!

Con frases entrecortadas les refirió que su hijo debía haber venido la noche antes borracho perdido. Entónces, como ella no dormía se había enterado de todo. La función debió durar hasta muy tarde, pero no sabía exactamente la hora, porque á pesar de sus esfuerzos había acabado por dormirse.

—Lo mas repugnante es, continuó diciendo, que Nana debe haberlo oido todo. Ella, que generalmente duerme como una marmota, ha estado toda la noche agitada y dando vuelcos en la cama.

Las dos mugeres no parecieron sorprendidas.

—¡Vaya! murmuró la Sra. Lorilleux, eso debió empezar desde el primer día..... però puesto que mi hermano està conforme, no tenemos para qué tomar cartas en el asunto, por mas que no sea nada honroso para la familia.

—Yo en su lugar de vd., dijo la Sra. Lerat mordiéndose los labios, los hubiera asustado, gritándoles por ejemplo, ¡ya os veol ó cosa por el estilo. El criado de un médico me ha dicho que le ha oido á su señor que en ciertos momentos eso podía dejar muerta á una muger. Y si Gervasia hubiera quedado muerta, hubiera recibido el castigo por donde habia pecado.

Todo la calle se enteró inmediatamente de que Gervasia y Lantier pasaban toda la noche juntos. La Sra. Lorilleux fingió delante de las vecinas una gran indignacion; compadecia al Juan Lanás de su hermano, á quien su muger estaba adornando la cabeza del modo mas escandaloso; añadia, que si todavía entraba en semejante burdel, era únicamente por su pobre madre que se veia obligada á vivir en medio de aquellas abominaciones. Entónces los vecinos empezaron á desollar viva á Gervasia; decian que ella debia de haber sido la que habia seducido á Lantier y á ésta se le conocia en los ojos.

Como se ve, á pesar de todo, el sombrerero continuaba en la vecindad en gran predicamento, porque seguia observando con todo el mundo las mejores maneras; y siendo previsor y galante con las señoras, para las que siempre tenia pastillas y flores. Despues de todo, él no tenia la culpa; un hombre es un hombre, y no se le puede exigir que resista á una muger que le echa los

brazos al cuello. Pero ella no tenia excusa; era la deshonra de toda la calle. Los Lorilleux, como padrinos de Nana, la llamaban para que les diese detalles, para lo cual le hacian preguntas solapadas.

Enmedio de aquella pública indignacion, Gervasia vivia tranquila y como adormecida. En un principio estaba avergonzada de su falta y de sí misma. Cuando salia del cuarto de Lantier se lavaba las manos, y con un rodillo se frotaba los hombros hasta hacerse sangre, para limpiarse la inmundicia. Si Coupeau queria entonces jugar, ella se incomodaba y corria tiritando á vestirse en el fondo de la tienda; cuando su marido le habia hecho una caricia, no consentia que el sombrerero la tocara. Hubiera querido cambiar de piel al cambiar de hombre, pero lentamente se fué acostumbrando. Era demasiado trabajo tener que trasformarse cada vez. La necesidad de vivir tranquila, le hacia sacar todo el partido posible de su situacion; con tal que su marido y su amante estuviesen contentos y la casa caminase regularmente, estaba contenta. Despues de todo, no debia obrar tan mal cuando las cosas se arreglaban tan á satisfaccion de todos, pues generalmente cuando se obra mal, se recibe el castigo. De este modo se fué acostumbrando á aquella vida licenciosa é indecente. Todo estaba arreglado con la misma precision que el comer y el beber; siempre que Coupeau venia borracho, lo cual sucedia por lo menos los lunes, martes y miércoles, ella dormia con Lantier, así es, que tenia repartido el tiempo. Al cabo de algun tiempo, tan pronto como oia á su marido roncar un poco fuerte, le dejaba y se iba á la habitacion de Lantier. Y no es que

tuviese à éste más cariño que à su marido, sino que lo encontraba mas limpio y dormia mejor en su habitacion, semejante à las gatas, que les gusta echarse y dormir entre blancas sábanas.

Mamá Coupeau no se atrevió nunca à hablarle abiertamente de aquello. Pero siempre que reñian, le dirigia mil alusiones. Las primeras veces, Gervasia se contentó con mirarla fijamente sin contestar. Despues, evitando siempre precisar los hechos, se defendió con razones generales. Cuando una muger tenia por marido à un borracho asqueroso que vivia entre inmundicia, no tenia nada de particular que buscarse limpieza en otra parte. Aún iba un poco mas allá y casi daba à entender que Lantier era tan marido suyo como Coupeau, y acaso más. ¿No lo habia conocido desde los catorce años y habia tenido dos hijos de él? ¡Pues bien! en semejantes condiciones todo se podia dispensar, y nadie podia arrojarle la primera piedra. Ella obraba, segun decia, con arreglo à la ley natural. Por otra parte, no parecia sino que en la calle de la Gota de Oro abundaba tanto la honradez y buenas costumbres! . . . La Sra. Vigoureux estaba todo el dia haciendo cabriolas sobre el carbon; la Sra. Lehongre, la muger del tendero de ultramarinos, estaba amancebada con su cuñado; el relojero de enfrente habia sido llevado à los tribunales à causa de un escándalo que habia dado con su propia hija, una desvergonzada que andaba rodando por los boulevares, y de este modo iba citando con pelos y señales todos los escándalos de la calle.

—Mas valia que no escupiesen al aire, decia cuando la acosaban demasiado. ¡Cada uno en su casa y Dios

en la de todos! ¡Si quieren vivir tranquilos, que dejen en paz à los demas.!

Habiendo hablado un dia mamá Coupeau con mas claridad, su nuera le contestó apretando los dientes:

—Porque està vd. en la cama se vale de la ocasion. . . . ¡Pues oiga vd! para que sepa que he sido demasiado buena con no sacarle à relucir su vida pasada. . . . En vida del padre de Coupeau tenia vd. dos ó tres hombres. . . . ¡vaya una desvergüenza. . . .! No tosa vd. porque ya he acabado; esto lo he dicho únicamente para que me deje vd. en paz de una vez.

La vieja estuvo à punto de ahogarse.

Al dia siguiente, como llegase Gouget à reclamar la ropa de su madre, en ocasion en que Gervasia estaba ausente, mamá Coupeau le llamó, y como conocia el cariño que el herrero tenia à su nuera, para vengarse de la riña del dia anterior, le puso al corriente de todo lo que pasaba, gimiendo y llorando, y echando la culpa de todo à Gervasia. Cuando Gouget salió de la habitacion, le ahogaba el sentimiento y tuvo que agarrarse à la pared para no caer. Cuando volvió la planchadora, la vieja le dijo que habian venido à llamarla con mucha urgencia de casa de la Sra. Gouget para que llevase toda la ropa de la manera que estuviese; por la animacion extraordinaria de su suegra, Cervasia sospechó lo que habia ocurrido y adivinó la triste escena que le esperaba.

Pálida y temblorosa cogió la ropa y salió. Hacia una infinidad de tiempo que no habia dado un cuarto à los Gouget y la deuda ascendia siempre à cuatrocientos

ochenta y cinco francos. Generalmente, y pretextando sus apuros, tomaba siempre el dinero de la semana, lo cual era para ella una gran vergüenza, pues parecía que se aprovechaba de la amistad del herrero para no pagarle. Coupeau, ménos escrupuloso, bromeaba y decía que se cobraría él por otro camino. Pero ella, á pesar del trato que mantenía con Lantier, se indignaba y preguntaba á su marido si quería ya comer de aquel pan. Delante de ella no había que hablar mal de Gouget, su cariño hacía el herrero, era lo único digno y puro que quedaba en su corazón; así es, que cuando volvía de llevar la ropa á aquellas honradas gentes, sentía oprimírsele el corazón.

—¡Ah! ¡Al fin viene vd! le dijo secamente la señora Gouget abriéndole la puerta. Es vd buena para ir á buscar la muerte.

Gervasia entró sin atreverse á murmurar una sola excusa.

—Ya hace una semana que estoy esperando la ropa continuó diciendo la anciana. Además no hace vd. mas que echar embustes y enviarme á la aprendiz con historias y cuentos; yo, entre tanto, pierdo el tiempo y paso un mal rato. Eso no es portarse regularmente. . . . ¡Veamos lo que trae vd. ahí. . . . ! ¿Viene todo? ¿Me trae vd. el par de sábanas que tiene vd. en su poder hace un mes y la camisa que quedó olvidada la semana última?

—Sí, sí, murmuró Gervasia, aquí está la camisa.

La Sra. Gouget se incomodó al verla, aquella camisa no era suya. ¡Pues no faltaba más sino que le cambia-

sen la ropa! La semana pasada le habían traído dos pañuelos que no tenían su marca.

—¿Y las sábanas? añadió; se han perdido ¿no es verdad? Pues bien, hija mía, arréglese como quiera, pero yo las necesito para mañana.

Reinó un momento de silencio. Lo que acababa de turbar á Gervasia era que había visto entreabierta la puerta de la habitación de Gouget. El herrero debía estar allí y fácil es adivinar cuánto sentía ella verse tratada de aquel modo, oyéndolo él, por la madre, sin tener nada que contestar. Con la mayor dulzura y con la cabeza inclinada iba colocando la ropa encima de la cama. Pero lo bueno fué cuando la anciana se puso á examinar el planchado. Iba cogiendo una por una las piezas, y rechazándolas.

—Voy viendo, decía al mismo tiempo, que va usted perdiendo el tino. . . . Lo que es ahora todo lo mancha vd. y lo echa á perder. . . . Mire vd. la pechera de esta camisa quemada por la plancha y con los botones arrancados. No sé cómo se arregla vd. que nunca viene un boton. ¡Pues no digo nada de esta chambra. Lo que es ésta no la pago. Todavía tiene toda la mugre.

En esto se detuvo contando las piezas; despues exclamó:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que trae vd. aquí? Faltan dos pares de medias, seis servilletas, un mantel, rodillas. ¿Usted quiere hacer burla de mí? . . . Le he mandado decir que lo trajera vd. todo repasado ó sin repasar. Si dentro de una hora no está aquí la aprendi-

za con lo que falta, ya verè lo que he de hacer. . . . ¿Lo entiende vd. Sra. Coupeau?

En este momento Gouget tosió en su habitacion. Gervasia sintió un ligero temblor. ¡Cómo la estaban tratando delante de él. Así permaneció un rato en medio de la sala esperando la ropa sùcia, pero la señora Gouget volvió á sentarse y á continuar tranquilamente su trabajo.

—¿Y la ropa sùcia? preguntó la planchadora tímidamente.

—Esta semana no hay nada, respondió la anciana.

Gervasia palideció y perdió la cabeza, teniendo que sentarse en una silla, pues no podía sostenerse en pié; aquello era quitarle la parroquia. No intentó defenderse, y solo acertó á pronunciar la siguiente frase:

—¿Está enfermo el Sr. Gouget?

—Sí, contestó la anciana; no ha podido ir al taller y se ha acostado un poco para descansar.

La señora Gouget hablaba con la mayor gravedad, siempre vestida de negro. Aprovechando la ocasion, dijo á Gervasia, que como habian vuelto á bajar los jornales de su hijo de nueve á siete francos, tenia que volver de nuevo á lavar su ropa, porque habian tenido que economizar en todo. Naturalmente nada de esto hubiera ocurrido si los Coupeau hubieran devuelto el dinero que les prestó su hijo. Al oír hablar de la deuda, Gervasia bajó la cabeza e hizo como que seguía con atencion la marcha de la aguja de la anciana. Esta añadió:

—Sin embargo, si quisiera vd., con poco trabajo po-

dria desquitarla, porque al fin y al cabo, vds. comen bien y gastan mucho, estoy seguro de ello... Con que dieran vdes. diez francos todos los meses. . . .

En esto la interrumpió la voz de Gouget, que gritó.

—¡Mamá! ¡mamá!

La anciana acudió al llamamiento de su hijo y cuando volvió á sentarse cambió de conversacion. Sin duda el herrero le habia suplicado que no pidiese el dinero á Gervasia. Pero á pesar suyo á los cinco minutos volvió á hablar de la deuda. ¡Oh! ¡Ya habia ella previsto lo que habia de suceder! Así es, que si se hubiera guiado por sus consejos su hijo no les hubiera prestado un centimo. Al presente estaria casado y no se veria lleno de tristeza con la perspectiva de ser desgraciado toda su vida. A cada momento se animaba mas, mostrándose dura, y acusando claramente á Gervasia de haberse entendido con Coupeau para abusar del tonto de su hijo. Si, habia mugeres que durante algunos años desempeñaban hipócritamente el papel de honradas, pero que al fin escandalizaban á todo el mundo con su mala conducta.

—¡Mamá! ¡mamá! repitió por segunda vez y con más violencia la voz de Gouget.

Ella se levantó, y cuando salió de nuevo, dijo á la planchadora.

—Entre vd., desea verla.

Gervasia entró temblando y dejó la puerta abierta. Aquella escena la llenaba de emocion, porque era como la confesion de su cariño delante de la Sra. Gouget.

El robusto jóven destrozado por las confianzas de mamá Coupeau, yacia sobre el lecho, con los ojos enrojecidos y la hermosa barba rubia mojada aún por las lágrimas. Debía haber roto la almohada con sus puños de gigante en el primer momento de ira, pues por la abertura de la tela se veían las plumas.

—¡Oiga vd! mamá hace mal, dijo á la planchadora en voz muy baja. Usted no me debe nada ni quiero que se hable mas de eso.

Habíase incorporado y la miraba; gruesas lágrimas acudieron á sus ojos.

—¿Sufre vd. mucho Sr. Gouget? murmuró Gervasia. ¿Que tiene vd?

—Nada, gracias. Me fatigué mucho ayer y voy á dormir un poco.

Despues su corazon desgarrado no pudo contener este grito:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Eso no debió suceder nunca, porque así me lo habia vd. jurado! Y sin embargo... ¡ha sucedido!... ¡Me ha hecho mucho daño! . . ¡Vaya vd. con Dios!

Y con la mano la despedía con suplicante dulzura. Ella no se acercó al lecho y salió con aire estúpido, no encontrando nada que decirle para consolarle. Ya en la sala, cogió el cesto de la ropa y permaneció allí sin decidirse á salir. La Sra. Gouget continuaba su trabajo. al fin le dijo viendo que no se movía:

—¡Vaya, buenas tardes! cuando me envíe vd. la ropa que falta, ajustaremos la cuenta.

=Está bien, ¡buenas tardes! tartamudeó Gervasia.

Al salir cerró la puerta lentamente echando una última mirada á aquel hogar tan limpio, arreglado y tranquilo y volvió á la tienda con el aire estúpido de las vacas que vuelven á entrar en su establo sin acordarse del camino. Mamá Coupeau, que se habia levantado por vez primera, estaba sentada junto á la hornilla de las planchas; pero la planchadora no le dirigió el menor reproche, estaba demasiado fatigada y rendida como si le hubiesen dado una paliza; la vida se le hacia al fin bastante dura.

Sin embargo, Gervasia habia llegado á echarse el alma atrás, y se burlaba de todo. Con tal que no le faltasen sus tres comidas, nada le importaba que se hundiera el mundo y la tienda. En efecto, la tienda se iba hundiendo poco á poco. Los parroquianos se iban despidiendo uno á uno. La Srita. Remanjou, el Sr. Madinier y los Boche mismos habian vuelto á la Sra. Fauconier, donde habia mas exactitud. Al fin se cansaban de estar esperando tres semanas un par de medias y de ponerse la ropa casi tan sucia como la habian echado á lavar. Gervasia no perdía por eso las ganas de comer; al contrario, parecia mas contenta, porque así tenia que trabajar menos. Ya solo le quedaba lo peor de su parroquia, es decir, los que peor pagaban y los que más ensuciaban la ropa, como la Sra. Gaudron, de cuya ropa no se habia querido encargar ninguna otra lavandera del barrio. La tienda estaba perdida y habia tenido que despedir á la última oficiala, la Sra. Putois. Quedóse solo con la aprendiz Agustina, que á medida que iba creciendo se hacia mas estúpida; aún así no siempre te-

nian trabajo para las dos; en fin, aquello era una completa ruina.

Naturalmente, á medida que entraba la pereza iba entrando la falta de aseo. Nadie hubiera reconocido á aquella tiendecita coqueta y alegre que era en otro tiempo el orgullo de Gervasia. Los cristales y la madera de la parte de á fuera, tenían una capa de polvo y suciedad que cada vez iba en aumento. En el interior era mayor el estrago; la humedad de las ropas que se secaban tendidas en la habitacion, había despegado el papel que colgaba por todas partes en grandes girones llenos de polvo; la hornilla de las planchas estaba súa, desvencijada y rota, y la mesa del taller parecía que había servido de mesa de comedor á toda una guarnicion, á causa de la capa de manchas que tenía de vino, café y grasa. A esto se unía un olor nada agradable de almidon echado á perder, de humedad y grasa; pero Gervasia se había acostumbrado á todo aquello. Era un verdadero deleite para ella dejar cada cosa por su lado, esperar á que el polvo lo invadiese todo y ver la casa irse desmoronando en torno suyo. Cuando le molestaba, cerraba los ojos por no verlo. Las deudas siempre en aumento, no la quitaban el sueño, no se paraba á pensar si podría ó nó pagar, la cuestion era comer y salir del día. Cuando no le fiaban en una tienda iba a la de al lado. No podía dar diez pasos por la calle sin encontrar acreedores, ni podía pasar por delante del carbonero, de la frutera y de la tienda de ultramarinos, así es que para ir al lavadero que estaba á un paso, tenía que dar la vuelta por la calle de Poissonniers. Una noche, el hombre que le había vendido los muebles de

Lantier, alborotó toda la vecindad; semejantes escenas la conmovian mientras duraban, pero despues se quedaba tan tranquila y no perdía el apetito. ¡Todas aquellas gentes eran unos insolentes, que la molestaban! ¡No parecía sino que tenía en su casa una fábrica de moneda! Y de este modo procuraba distraerse sin pensar en que había de tener todo aquello un límite.

Mientras tanto mamá Coupeau se había repuesto y la casa pudo tirar un año más á trancas y á barrancas. El verano, naturalmente había siempre algo más trabajo, lo cual fué conteniendo algo la bancarrota final. De este modo, unos días se hacían una cruz en el estómago y otros comían ternera á dos carrillos. Mamá Coupeau estaba continuamente paseando de la tienda á la sucursal del Monte de Piedad de la calle de Polonceau. Los empleados la conocían ya, y la llamaban la tía cuatro francos, porque casi siempre pedía esa cantidad. Gervasia hubiera sido capaz de pelarse y empeñar el pelo si se lo hubieran admitido. Poco á poco todo fué tomando el camino del Monte, ropa blanca, trajes y hasta los muebles y herramientas. Al principio, cuando había una semana buenas entradas, solía desempeñar algo, aunque luego tuviese que volver á empeñarlo. Pero al fin se cansó, y para evitar ese trabajo vendía ó empeñaba las papeletas. Lo único que le afectó fué tener que deshacerse de su reloj de mesa para pagar á un acreedor que quería embargarle la tienda por veinte francos. Cuando mamá Coupeau lo sacó dentro de una sombrerera, se le arrasaron los ojos de lágrimas como si le hubiesen quitado toda su fortuna. Pero cuando volvió la vieja con veinte y cinco francos, se consoló por

los cinco que quedaban para ella, y enseguida mandó á su suegra por un real de aguardiente para celebrar el acontecimiento. Con frecuencia, cuando no estaban incomodadas entre sí solían tomar una gotita mezclando un poco de aguardiente con grosella. Mamá Coupeau tenía gracia especial para traer el vaso lleno en el bolsillo del delantal sin derramar una gota. A pesar de estas precauciones, los vecinos conocían el manejo, y cuando la veían pasar, se decían unos á otros: «¡Mira la vieja va á casa de mi tía.»

En medio de aquel desbarajuste, Coupeau prosperaba. El borrachon estaba cada día mejor y parecía que las bebidas alcohólicas le engordaban. Comía mucho, y cuando su cuñado Lorilleux le decía que la bebida perjudicaba á la salud, le respondía, dándose palmaditas en el vientre, que parecía un tambor. Pero Lorilleux, que estaba bien flaco, le contestaba que aquella gordura no era sana. Sin embargo, Coupeau seguía adelante con su sistema, riéndose de todo y mandando á paseo á su mujer cuando ésta le contaba sus apuros. ¿Acaso los hombres habían de ocuparse de semejantes historias? A él no le importaba saber de dónde salía la comida con tal que no faltara. Cuando pasaba semanas enteras sin trabajar, se volvía más exigente. Por lo demás, seguía tan amigo de Lantier como antes; sin duda no conocía la mala conducta de su mujer, al ménos así lo aseguraban los Boches y los Poisson; pero la Sra. Lerat, su propia hermana, no era del mismo parecer, y decía que ella conocía muchos maridos que entraban con todas, como la romana del diablo, muy contentos y satisfechos.

Lantier, por su parte, tampoco desmerecía. Se cuidaba mucho y andaba siempre preocupado con ajustarse el vientre para que no le creciese: no quería enflaquecer ni engordar más. Esto hacía que fuese muy difícil de contentar en punto á las comidas, aún cuando no hubiese un céntimo en casa, necesitaba huevos, chuletas y cosas nutritivas y ligeras. Desde que compartía con Coupeau los favores del ama de la casa, se consideraba como una mitad de la familia; así es que recogía de cuando en cuando alguna que otra moneda de cinco francos para que no se extraviase, hacia andar á Gervasia y gruñía y regañaba como si fuese más amo de la casa que el mismo plomero. En fin, aquella era una casa con dos amos, uno verdadero, y otro de ocasion; pero como éste último era mucho más listo que el primero, se alzaba, como vulgarmente se dice, con el santo y la limosna. Ocupábase más de Nana que de Estèban, primero, porque le gustaban más las niñas, y segundo, porque decía que los muchachos se debían arreglar por sí solos. Cuando iban á preguntar por Coupeau, le encontraban siempre allí en mangas de camisa y zapatillas, y él recibía los recados y daba la contestacion.

Entre uno y otro hacían pasar á Gervasia muy malos ratos. Y eso que, á Dios gracias, no tenían motivos para quejarse en cuestion de salud. Cada día estaba más gorda, pero eso de tener dos maridos sobre las costillas, era una carga muy pesada. ¡Uno solo és, y hace sudar el quilo!... Lo peor del caso era que los dos bribones se entendían á las mil maravillas. Nunca disputaban entre sí y siempre andaban de broma y de cha-

cota. Cuando venian á casa de mal humor, los dos la emprendian con ella y así se desahogaban. Como tenia buenas espaldas, lo resistia todo. A los principios cuando el uno gritaba, ella dirigia al otro una mirada suplicante, para que interviniese en su favor, pero ya ni ese consuelo le quedaba. Ella acabó por conformarse viendo que este era el mejor camino. Coupeau como era grosero y mal hablado, le decia mil barbaridades y palabrotas; Lantier, por el contrario, escogia las palabras, buscando siempre las más desconocidas y que por lo mismo la ofendian más. Felizmente, como todo es acostumbrarse, tomó la determinacion de hacer igual caso de unas y otras. Hasta preferia verlos á los dos incomodados, porque cuando estaban contentos la fastidiaban y sobaban más. Al cabo de la semana, escapaba rendida, pues semejante tarea era capaz de consumir á una mujer.

En efecto, Coupeau y Lantier, con sus exigencias, la gastaban é iban á dar fin de ella. Cuando uno decia blanco, el otro negro, y cuando el primero amarillo, el segundo colorado. Una noche soñó Gervasia que estaba al bordo de un pozo; Coupeau le empujaba á puñetazos, mientras que Lantier le hacia cosquillas para obligarla á saltar más pronto; pues bien, esta era la imágen exacta de su vida y milagros.

¿Cómo no se habia de envilecer y encanallar con semejante escuela? Los vecinos no eran justos cuando le echaban en cara las malas maneras que iba adoptando porque ella no tenia la culpa de su desgracia. Cuando se ponía á reflexionar, sentia frio y se le erizaban los pelos.

Sin embargo, se consolaba, porque despues de todo más valia tener dos hombres que perder dos brazos. Juzgaba su posicion natural, y procuraba sacar de ella el mejor partido posible. La mejor prueba de la debilidad y flojedad de su carácter era que no detestaba á Coupeau ni á Lantier. En el teatro de la Gaité habia visto una funcion en que una desalmada aborrecia y envenenaba á su marido por causa de su amante, y se habia indignado porque semejante crimen no cabia en su corazon. ¿No era más prudente y mejor, vivir los tres en la mejor armonía? En fin á pesar de las deudas y de la miseria que les amenazaba, se hubiera considerado muy feliz si el plomero y el sombrerero no la hubiesen molestado y reñido ménos.

Hácia el otoño, desgraciadamente se agriaron mucho más las relaciones entre los tres. Lantier pretendía haber enflaquecido. Regañaba por el más ligero motivo, y siempre estaba renegando de los guizotes de patatas, pues segun él, eran una bazofia que le producía cólicos. Las menores riñas terminaban en verdaderas peleas en que se tiraban los trastos á la cabeza, porque como dice el refran «donde no hay harina todo es mohina.» Lantier olia la miseria, y se desesperaba al ver la casa más limpia que una patena, pensando que tenia que coger nuevamente los bártulos é ir en busca de otra vivienda. Aquella casa habia sido para él una verdadera tierra de Jáuja, y no habia de encontrar otra igual. Encolerizábase contra su vientre, que en resumidas cuentas era el autor de la catástrofe, y sentia gran rencor hácia los Coupeau, porque se habian dejado comer tan pronto.

La culpa la tenia Gervasia por su poca economía! ¿Qué iba á ser de ellos? Justamente le abandonaban sus amigos cuando estaba á punto de terminar algun negocio con el cual saldría de apuros toda la familia.

En el mes de Diciembre hubo noche que se hicieron una cruz en el estómago. Lantier, con aire sombrío, salía muy temprano en busca de otra casa donde el olor de la cocina le pusiese de mejor humor. A veces se estaba horas enteras reflexionando cerca del hornillo. De pronto, y por aquellos días, manifestó gran amistad hacia los Poisson. Ya no hacía burla del marido, y hasta le concedía que el emperador era una buena persona. Sobre todo mostraba gran estima hacia Virginia, que segun él, era una mujer de pesquis y de gobierno. Saltaba á los ojos que andaba haciéndoles la rueda, tal vez para mudarse con ellos. Pero no era esta la madre del cordero, sino que traía entre manos un plan sutil y complicado. Como Virginia le hubiese manifestado su deseo de poner un establecimiento de cualquier cosa, él la adulaba aplaudiendo su proyecto. Si ella era á propósito para el comercio, afectuosa y activa, había de ganar lo que quisiese. Puesto que tenia fondos suficientes procedentes de la herencia de una tia, debía dejarse de costuras y lanzarse á los negocios, y en apoyo de su tesis, citaba algunas personas que estaban en camino de hacer fortuna, por ejemplo, la frutera de la esquina y una vendedora de loza y porcelana del boulevard exterior; el tiempo no podia ser más á propósito para abrir tienda, pues se vendía todo. Sin embargo, Virginia vacilaba, porque no encontraba tienda por allí,

y no queria salir de aquella calle. Entonces Lantier la llevó á un rincon y habló con ella en voz baja diez minutos. Parecia estarle proponiendo una cosa, y aunque no decia abiertamente que sí, no ponía tampoco mala cara. Desde aquel momento todo se volvía entre ellos guiños y palabras misteriosas que daban á entender traían entre manos algun complot. El sombrerero se había vuelto muy hablador en casa, y aturdió constantemente á los Coupeau con sus jeremiacas lamentaciones. El no hablaba por sí, pues sufría con gusto la suerte de sus amigos; pero la prudencia exigía que se diesen cuenta de su situacion. Debían por lo ménos quinientos francos en la vecindad, al panadero, al carbonero, y á otros. Además debían dos meses de casa, ó sean doscientos cincuenta francos, y el propietario, M. Marescot, hablaba ya de echarlos á la calle, sino pagaban antes del día 1^o de Enero. En fin, todo lo que había en la casa de algun valor, estaba en el Monte de Piedad; solo quedaban los clavos. Gervasia, irritada ante semejante cuadro, se enfurecía y daba puñetazos sobre la mesa, ó bien se echaba á llorar á lágrima viva. Una noche dijo:

—¡Mañana me voy!... Prefiero dejar la llave bajo la puerta y dormir en la calle á vivir de esta manera.

—Más prudente sería, dijo con disimulo Lantier, tras pasar la tienda si hubiera quien la tomara... una vez que vds. se decidiesen á dejarla.

—¡Inmediatamente! ¡Inmediatamente! dijo Gervasia interrumpiéndole.

Entonces el sombrerero añadió, que haciendo el tras-paso, se conseguiría que el nuevo inquilino pagase los

dos meses atrasados. Despues se arriesgó à hablar de Poisson y recordó que Virginia andaba buscando una tienda, y que tal vez le convendria aquella. Pero la planchadora, al oir el nombre de Virginia, recobró la calma y añadió que ya veria y lo pensaria.

Los dias siguientes, por más que Lantier intentó renovar sus letanias, Gervasia le contestaba que en otros trances más apurados se habia visto y habia salido de ellos. ¡Valiente negocio iba à hacer con cerrar la tienda! Entonces no le fiarian ni pan. Por el contrario, iba à tomar nuevas oficias y à buscar nueva parroquia. Esto lo decia para rebatir de algun modo las buenas razones del sombrerero, que le hacia ver el verdadero estado de su negocio, demostrándole que no habia ni asomo de sacar la carreta al llano.

Pero tuvo la torpeza de pronunciar el nombre de Virginia, y Gervasia entonces se obstinó furiosamente. ¡Jamás cosentiria en ello! Habia siempre dudado de la amistad de Virginia, y si ahora queria èsta quedarse con la tienda era para humillarla. A cualquiera se la hubiera cedido àntes que à aquella, que sin duda habia estado esperando algunos años para verla dar la gran caida. ¡Ahora se esplicaba muchas cosas que antes no comprendia! Si, Virginia queria vengarse de la paliza del lavadero. Lo mejor que podia hacer era dejar la fiesta en paz, sino queria recibir otra. Lantier, ante aquel desbordamiento de Gervasia, se quedó mirándola un momento; despues la llamó cabezona, testaruda, orgullosa, y acabó por acusar à Coupeau de ser un maridazo, pues no podia hacer que su mujer respetase à un

amigo. Al fin comprendiendo que la ira lo iba à echar todo à perder, juró que no se volveria à ocupar de asuntos de nadie, en vista de lo poco que se lo agradecian; y en efecto, al parecer no volvió à hablar más del traspaso, esperando se presentase una ocacion favorable para poner de nuevo el asunto à discusion y hacer que la planchadora se decidiese.

Llegó el mes de Enero, bastante húmedo y frio. Mamá Coupeau, que habia estado ahogándose todo el mes de Diciembre con la tos, tuvo que guardar cama, despues de Reyes como todos los inviernos. Sin embargo, en èste último, todo el mundo decia que solo saldria de la alcoba con los piés para adelante y las pintas no eran de otra cosa, pues tenia un hipo continuo que era mallísima señal. Ultimamente se habia puesto tan molesta y cargante, que sus hijos deseaban que muriera para que descansara y dejara descansar. El médico, à quien habian llamado, declaró que era inútil su asistencia. Se le dieron cocimientos para no abandonarla por completo, y à cada momento entraban à ver si vivia todavía. Ya no podia hablar à causa del hipo, pero miraba fijamente à todo el mundo, y en aquellas miradas se leian mil cosas; recuerdos de su mejor edad, tristeza de ver à los suyos tan descosos de desembarazarse de ella, é ira contra la viciosa Nana, que no se cuidaba poco ni mucho de ella.

Un lunes por la noche, Coupeau entró borracho segun su costumbre, y cuando estuvo acostado, Gervasia fué à dar una vuelta, pues solia velar à mamá Coupeau una parte de la noche. Nana con un valor y una des-

preocupacion grande, seguia durmiendo junto á la anciana y decia: «que si la oia morirse ella avisaria á todo el mundo.» Aquella noche como la pequeña dormia y la abuela parecia estar un poco aletargada y tranquila, la planchadora cedió á las instancias de Lantier, que la llamaba para que fuese á descansar un poco á su cuarto. Dejaron encendida una vela detrás del armario. Pero á eso de las tres Gervasia saltó bruscamente del lecho tiritando y acometida de una angustia. Habia creido sentir que le pasaba sobre el cuerpo un soplo frio. La vela se habia consumido, y aturdida, en medio de la oscuridad, se arregló la ropa como Dios la dió á entender. Solo cuando estuvo en el gabinete despues de haber tropezado con unos cuantos muebles, consiguió encender una lamparilla. En medio del silencio de las tinieblas resonaban los ronquidos del plomero como dos notas graves. Gervasia entró en la alcoba de la enferma; Nana dormia tranquilamente y entonces, dirigiendo la luz hácia el rostro de mamá Coupeau, la encontró pálida como la cera, con la cabeza caída sobre el hombro y los ojos abiertos. ¡Estaba muerta!

Sin exalar un grito y con la mayor suavidad, helada y prudente la planchadora volvió á la habitacion de Lantier que estaba dormido. Inclínándose sobre él, le dijo:

—¡Oye, ya ha concluido, está muerta. Entre dormido y despierto el sombrerero le contestò con acento gruñon:

—Déjame y acuéstate... Si está muerta... no podemos hacerle nada.

Despues incorporándose sobre el codo añadió:

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¿Las tres nada más?... Pues acuéstate. No vayas á coger una enfermedad. Cuando sea de dia hay veremos lo que hay que hacer.

Pero ella no le dió oidos y se acabó de vestir. El por su parte se envolvió en las ropas de la cama, y volviéndose hácia la pared, renegó entre dientes de la estupidez de las mujeres. ¿Qué prisa le corria anunciar á todo el mundo que habia un muerto en la casa? Estaba desesperado al ver que le habia ahuyentado el sueño con tan triste noticia. Gervasia se marchó á su habitacion y se sentó sollozando sin temor ya de que la sorprendiesen con el sombrerero. En el fondo amaba á mamá Coupeau y sentia una gran pena por su muerte. Por más que hizo para despertar á Coupeau, no lo pudo conseguir, así es que se decidió á dejarle dormir tranquilo reflexionando que si se despertaba seria un nuevo estorbo. Cuando volvió junto al cuerpo de la difunta, halló á Nana sentada en su cama y restregándose los ojos. La pequeña alargaba el cuello para ver mejor á su abuela con su curiosidad de niña viciosa, no decia nada, pero parecia admirada y satisfecha en presencia de aquella muerte que estaba esperando hacia dos dias, como si fuese una cosa mala y prohibida á los niños; ante aquel rígido cádaver sus pupilas brillantes se dilataban sintiendo en su cuerpo la misma conmocion nerviosa que experimentaba cuando se ponía á espigar detrás de las vidrieras de la puerta, lo que no debian saber las mocosas como ella.

—Vamos, levántate, le dijo su madre en voz baja, no quiero que estés aquí.

La niña se bajó de la cama, bien á pesar suyo, volviendo la cabeza como si no quisiese apartar la vista de la muerta. Gervasia no sabía donde colocarla, entre tanto que amanecía. Ya le iba á mandar que se vistiese, cuando Lantier se presentó en la habitación vestido.

No podía dormir y estaba algo avergonzado por lo que habia hecho algunos momentos ántes. Entónces todo se arregló.

—Que se acueste en mi cama, allí estará bien ancha. Nana no necesitó que se lo repitiesen. En camisa como estaba echó á correr sin que casi tocasen al suelo sus piecitos desnudos y se deslizó como una cúbrea entre las ropas del lecho que aún estaba caliente. Cada vez que su madre entraba, la veía despierta é inmóvil, con los ojos muy brillantes y el rostro encendido, reflexionando, al parecer, en graves asuntos.

Mièntas tanto, Lantier ayudó á Gervasia á amortajar á mamá Coupeau, cuya operacion fué algo difícil, porque la muerta no era de paja. Nunca hubieran creído que aquella vieja estaba tan gorda y tan blanca. Tanto de ropa interior, como de la demás le pusieron lo mejor que tenia. Coupeau seguía roncando, produciendo dos solas notas, una grave que bajaba y otra seca que subía: parecía su ronquido la música que acompaña los oficios del viérnes santo. Cuando la muerta estuvo arreglada, Lantier se echó un vaso de

vino para reponerse, mièntas Gervasia buscaba en la cómoda un crucifijo de cobre que ella habia traído de Plassans; pero estando en esta tarea se acordó que habia sido vendido por la misma mamá Coupeau. Encendieron el brasero y pasaron el resto de la noche medio dormidos en las sillas, y dando fin al litro que habia empezado Lantier.

A eso de la siete se despertó Coupeau, y cuando le dieron la triste nueva, se quedó un momento parado y tartamudeando como si no le diese crédito. Despues se bajó de la cama y fué á echarse de rodillas junto á la muerta, besándola, llorando como un becerro y echando unos lagrimones como puños. Gervasia empezó de nuevo á sollozar, conmovida por el dolor de su marido, pensando en que tenia mejor fondo de lo que parecia. A la desesperacion de Coupeau por la muerte de su madre, se unia un terrible dolor en toda la cabeza. Pasábase los dedos por el pelo y se quejaba jurando y apretando los puños. Por una parte parecia que tenia una peluca de fuego en la cabeza, y por otra, la muerte de su pobre madre, á la que amaba tanto le arrancaba el corazon.

Vamos, amigo mio, ánimo, dijo Lantier levantándolo, es preciso reponerse: y diciendo esto, le echó un vaso de vino, pero Coupeau en vez de beberlo, empezó á llorar de nuevo como un niño. Sin embargo, al fin se bebió el vino para apagar el fuego que habia en su pecho. Lantier se marchó en seguida bajo pretesto de ir á avisar á la familia y á dar parte á la alcaidía. Necesitaba respirar el aire libre. Al salir de casa de la Sra.

Lerat, se metió en una lechería de Batignolles à tomar una taza de café bien caliente, y allí estuvo una hora larga reflexionando en su situacion.

Entre tanto, desde las diez de la mañana se hallaba reunida en la tienda la familia de la difunta.

Lorilleux no mostró gran pena, además, como tenía un trabajo muy urgente, subió casi en seguida á su taller. Su esposa y la Sra. Lerat, besaron á los Coupeau, y derramaron algunas lágrimas como el caso requería. La primera, cuando echó una mirada en torno de la muerta, alzó bruscamente la voz diciendo, que á nadie que tuviera sentido comun se le hubiera ocurrido poner junto á un muerto una lamparilla; se necesitaban velas y enviaron á Nana à comprar un paquete de las más largas. Vaya una manera de arreglar á los muertos que tenía la coja. ¿No había tenido que enterrar á nadie en toda su vida? La Sra. Lerat subió á ver si las vecinas le prestaban un crucifijo, y trajo uno enorme con una cruz de madera negra, en la que había clavado un cristo de carton pintado, que cubrió todo el pecho de mamá Coupeau, y parecia que la estaba aplastando con su peso. Buscaron luego agua bendita, pero nadie tenía en la casa y Nana tuvo que ir á la iglesia por una botella.

En un abrir y cerrar de ojos, la habitacion cambió por completo de aspecto; sobre una mesita había una vela encendida, y junto à ella un vaso de agua bendita en el que se mojaba una rama de hisopo. Ya parecia aquello otra cosa. Tambien se colocaron sillas al rededor de la tienda para recibir á los amigos.

Lantier volvió á eso de las once, despues de haber ido á pedir precios á la funeraria.

—El ataud cuesta doce francos, dijo, y si vds. quieren que se aplique una misa por la difunta, hay que agregar diez francos más. Por último, el coche fúnebre, que se paga segun los adornos. . . .

¡Oh! eso es inútil, murmuró la Sra. Lorilleux alzando la cabeza con aire inquieto. ¿Con eso vamos á resucitar á nuestra madre? Hay que arreglarse á los medios de cada uno.

Sin duda, eso mismo pienso yo, añadió el sombrero. He dicho las cifras únicamente para gobierno de vds. . . . Ustedes dirán lo que desean, é iré á encargarlo despues de almorzar.

A todo esto hablaban en voz baja, iluminados por la escasa luz que penetraba por las hendiduras de los tableros del aparador y de la puerta. Por la del gabinete abierta de par en par, salía el frio silencio de la muerte. En el patio se oían risas y cantos de niños que jugaban al pálido sol del invierno. De pronto se oyó la voz de Nana que sobresalía de entre las demás por su entonacion aguda. Habíase escapado de casa de los Boche, á donde la habían enviado.

Como seguía discutiéndose la cuestion del entierro, Gervasia, cuando le tocó dar su parecer, dijo:

Aunque es cierto que no somos ricos, es preciso que nos portemos decentemente. El que mamá Coupeau no nos haya dejado nada, no es razon para que la enterremos como un perro; nó, es preciso mandar de-

cir una misa, y que vaya su cádaver en un coche decente.

—¿Y quién pagará todo esto? le interrumpió vivamente la Sra. Lorilleux. No seremos por cierto nosotros, que hemos perdido dinero la semana pasada, y vosotros mucho ménos, porque estais en la última. . . . ¡Ya creo que debiais haber aprendido á donde conduce el querer llamar la atencion de todo el mundo con gastos que no vienen al caso.

Coupeau, consultado á su vez sobre el particular, hizo un gesto de profunda indiferencia y se quedó dormido en la silla. La Sra. Lerat dijo que ella pagaría su parte, mostrándose inclinada al parecer de Gervasia. Entónces ambas en un pedazo de papel sacaron la cuenta de los gastos y resultó que ascendía todo á unos noventa francos.

Somos tres, añadió la planchadora, y nos corresponde á treinta francos, que creo no arruinarán á nadie.

Pero la Sra. Lorilleux, exclamó furiosa:

—¡Pues bien, yo me niego absolutamente á pagar mi parte! ¡Y no lo hago por los treinta francos! ¡Si hubieran de resucitar á mi madre daría cien mil, teniéndolos! Pero no me gustan las gentes orgullosas. Ustedes tienen una tienda y están pensando siempre en deslumbrar á los vecinos echándosela de gente de dinero; pero nosotros no tenemos que ver con eso ni echamos fanfarronadas, jarréglensen vds. como quieran, y si les parece bien pueden adornar el coche con plumas.

Nadie le pide à vd. nada, contestó Gervasia. Aún cuando tuviera que venderme à mí misma, cumpliría con lo que creo que es mi deber. Sin necesidad de ustedes he mantenido à mamá Coupeau, y la enterraré de la misma manera.

Entónces la Sra. Lorilleux lloró y Lantier tuvo que mediar para que no se fuese. La cuestion tomaba tales proporciones, que la Sra. Lerat, imponiendo enérgicamente silencio, se dirigió al gabinete y fijó en la muerta una mirada inquieta, como si temiese encontrarla despierta, escuchando la discusion. En aquel momento se oyó de nuevo el coro de los chicos en el patio, sobresaliendo, segun costumbre, la voz chillona de Nana.

—¡Dios mio, que fastidiosos están esos niños con su cancion! dijo Lantier á Gervasia, llena de impaciencia y tristeza. Hágales vd. callar y lleve á Nana á punta-piés à la portería.

La señora Lerat y la Lorilleux se fueron á almorzar prometiendo volver. Los Coupeau se sentaron à la mesa y comieron sin ganas un poco de fiambre.

Estaban aburridos, y como embobados con la muerte de la pobre mamá Coupeau, que parecia pesar sobre sus hombros y llenar todas las habitaciones. Aquel acontecimiento habia venido á turbar el orden de la casa. Lantier volvió á tomar enseguida la puerta para volver à la funeraria llevando los treinta francos de la señora Lerat, y sesenta que Gervasia habia ido á pedir prestados à Goujet, con el cabello suelto, semejante à una loca. Despues de medio dia vinieron algunas visitas de vecinas curiosas que se presentaban suspirando

y poniendo ojos de duelo; entraban en el gabinete, contemplaban un momento á la muerta, haciendo la señal de la cruz y rociando el cadáver con un poco de agua bendita; despues se sentaban en la tienda donde hablaban horas enteras de la pobre mujer, sin cansarse de repetir las mismas palabras, y haciendo cada una alguna observacion particular sobre el cadáver. Al anocheecer los Coupeau empezaban á cansarse. Era demasiada aficcion para una familia, tener allí el cadáver tanto tiempo, y el gobierno debia hacer una ley sobre el particular. Mamá Coupeau muda y rígida en el fondo del estrecho gabinete se esparcia cada vez más por la casa y la familia, á pesar suyo iba recobrando su marcha regular, y perdiendo el respeto á la muerte.

—Ustedes comerán un bocado con nosotros, dijo Gervasia á sus cuñadas cuando volvieron. Estamos demasiado tristes.

Pusieron los cubiertos sobre la mesa del trabajo, y todo el mundo viendo los platos pensó en las comilonas que allí habian tenido lugar. Lantier habia vuelto y Lorilleux bajó. Un pastelero acababa de traer una torta, porque Gervasia no tenia la cabeza para ocuparse de guisar. Cuando iban á sentarse, Boche entró á decir que M. Marescot pedia permiso para presentarse. En efecto, el propietario se presentó muy grave, sadudó en silencio y se fué en derechura al gabinete, donde se arrodilló.

Era hombre de gran piedad y oró con el recogimiento de un sacerdote, trazando despues una cruz en el aire y rociando el cuerpo con agua bendita. Toda la familia se mantenía de pié vivamente impresionada.

Terminadas sus devociones, M. Marescot pasó á la tienda y dijo á los Coupeau:

Vengo por los dos meses que deben VV. Están en disposicion de pagarlos?

En este momento, no señor, contestó Gervasia muy contrariada al oír hablar de aquello delante de los Lorilleux. Usted comprenderá que con la desgracia que nos ocurre...

Sin duda, pero cada uno tiene sus penas, añadió el propietario. Siento en el alma no poder aguardar más... Si no han pagado VV. pasado mañana me veré obligado á recurrir á la expulsion.

Gervasia le imploró juntando las manos y con las lágrimas en los ojos, pero él con un movimiento de su huesuda y enorme cabeza le hizo comprender que las súplicas eran inútiles. Por otra parte, el respeto debido á los muertos prohibía toda discusion. Retiróse discretamente andando hácia atrás.

—Ustedes dispensen que haya venido á molestarles; hasta pasado mañana.

Y como al salir pasase de nuevo por delante del gabinete, saludó por última vez con una genuflexion devota.

Al principio la comida tuvo cierto carácter triste apropiado al caso, pero al llegar á los postres varió la decoracion. A cada momento Gervasia ó cualquiera de sus cuñadas se levantaban con la boca llena, é iban á echar una ojeada al gabinete; pero al fin ellas se cansaron de andar levantándose y sentándose, y mamá Cou-

peau quedó olvidada. Habían hecho café bastante cargado para estar despiertos toda la noche. Los Poisson vinieron á eso de las ocho y se les invitó á tomar un vaso. Entonces Lantier que observaba el rostro de Gervasia pareció aprovechar una ocasión que estaba esperando desde por la mañana. A propósito de la grosería de los propietarios que entraban á pedir dinero en las casas donde había un muerto, dijo bruscamente:

¡Ese bribon con su cara de sacristán es un jesuita... yo en vuestro lugar le dejaría plantada su tienda!

Gervasia fatigada, respondió con cierto abandono:

—Sí, pues lo que es yo no aguardaré á que vengan á embargar; ya estoy hasta la punta de los pelos.

Los Lorilleux, gozaban de antemano con la idea de que la coja dejase el establecimiento, aprobaron su determinación, diciendo que nadie sabía lo que costaba una tienda y que aunque no ganara más que tres francos en otra parte por lo ménos no se expondría á perder grandes sumas. Insistieron en este argumento, y como la planchadora parecía que se dejaba convencer Lantier hizo una seña á los Poisson y Virginia intervino mostrándose muy amable.

—Ya saben vds., dijo, que podemos entendernos. Yo tomaría el traspaso de la tienda y arreglaría con el propietario la cuestión de los atrasos para que les dejase á vds. tranquilos.

—No, gracias; contestó Gervasia sintiendo un sacudimiento repentino.

Ya sé donde encontraré dinero para pagar los dos

meses si quiero. Trabajaré; á Dios gracias, tengo mis brazos.

—Más tarde se hablará de eso, se aventuró á decir el sombrerero. Esta noche no es conveniente, mañana si es caso.

En aquel momento la señora Lerat, que había entrado al gabinete, lanzó un ligero grito. Había sentido un gran miedo, porque la vela se había consumido. Todos se apresuraron á encender otra, algo preocupados porque el apagarse la luz junto á un muerto, según ellos, no era buena señal.

Empezó el velatorio, y Coupeau se tendió en la cama, no para dormir, según él decía, sino para consultar á solas con la almohada, pero lo cierto es que á los cinco minutos roncaba de lo lindo. Cuando enviaron á Nana á acostarse en casa de los Boche, la muchacha se echó á llorar porque estaba relamiéndose desde por la mañana con la esperanza de acostarse en la cama de su buen amigo Lantier. Los Poisson se estuvieron allí hasta media noche. Al fin hicieron un ponche porque el café excitaba demasiado los nervios de aquellas señoras. La conversación tomó cierto aspecto *bucólico*. Virginia habló del campo y dijo que desearía que la enterrasen en un bosque y que creciesen flores campesinas sobre su tumba. La señora Lerat tenía ya guardada en su cómoda la sábana que le había de servir de sudario, y la perfumaba de cuando en cuando con agua de Lavanda, pues quería tener buenos olores cuando estuviese comiendo jaramagos por la raíz. Después, y sin transición, el marido de Virginia, refirió que aque-

lla mañana había detenido à una jóven por robar en una salchichería, y al desnudarla en casa del comisario le habían encontrado diez salchichones colgados al rededor del cuerpo, por delante y por detrás. Como la Sra. Lorilleux dijese, haciendo ascos que por nada del mundo comeria de aquellos salchichones, todos se echaron à reír, justificando el dicho de que no hay velatorio sin jolgorio.

En esto se oyó un ruido singular que salia del gabinete. Todos alzaron la cabeza y se miraron unos á otros.

—No es nada, dijo Lantier bajando la voz, es la muerta que se vacía.

La explicacion tranquilizó al auditorio.

Al fin se retiraron los Poisson. Lantier se fué con ellos, diciendo que iba á casa de un amigo, á fin de dejar su cama á las señoras para que pudiesen descansar por turno. Lorilleux subió á acostarse solo, diciendo que era la primera vez que le sucedia aquello, despues de su matrimonio. Entónces Gervasia y las dos hermanas se colocaron al rededor del brasero donde tenian puesta una cafetera con café caliente, y allí arrebuadas y con las manos metidas bajo del delantal se pusieron á hablar en voz baja en medio del silencio de la noche.

La Sra. Lorilleux se quejaba de que no tenia vestido negro, y de que no podia comprar uno, á causa de lo apurados que estaban, entónces preguntó á Gervasia si no dejaba mamá Coupeau la falda negra que le había regalado el día de su santo. Gervasia fué á buscarla y

quedaron en que haciendole un cogido en la cintura podria servir. Pero la Señora Lorilleux habló ademas de la cama, del armario, de las dos sillas y de otra porcion de cachivaches, que segun ella era preciso repartir. Entónces salto poco para que volviesen à reñir. La Sra. Lerat puso paz diciendo, que era muy justo que los Coupeau, que habian cargado con su madre se quedaran con los cuatro guñapos que dejaba. Todas tres volvieron de nuevo à acurrucarse en torno del brasero, sosteniendo una conversacion monótona. La noche les parecia terriblemente larga. De cuando en cuando bebían un poco de café y echaban una mirada hacia el gabinete, donde la vela, que nadie se habia cuidado de despabilar, ardía con una llama rojiza y triste. Cerca del amanecer estaban titiritando á pesar del calor del brasero, y sentían un gran cansancio y sequedad en la boca, á causa de lo mucho que habian hablado. La Sra. Lerat se acostó en la cama de Lantier, y á los pocos segundos roncaba como un hombre, miéntras que las otras dos con la cabeza caida dormitaban delante del fuego. Al despuntar el dia, se despertaron asustadas. La vela de mamá Coupeau acababa de apagarse otra vez, y como en medio de la oscuridad se volviése á oír el mismo ruido sordo que antes, la Sra. Lorilleux dijo en voz alta para tranquilizarse à sí misma:

—Se está vaciando, y al mismo tiempo encendió otra vela.

El entierro debia tener lugar à las diez y media. ¡Vaya una mañana que les esperaba despues de aquella noche de perros! ¡Gervasia estaba tan aburrida que hubiera dado, á pesar de no tener un cuarto, cien fran-

cos porque se llevasen á mamá Coupeau tres horas antes de la señalada. Aunque se quiera á las personas, son muy molestas cuando están muertas y cuanto mas cariño se les tiene, mas se desea que se las lleven cuanto antes.

Afortunadamente una mañana de entierro está llena de peripecias y distracciones, á causa de los mil preparativos que hay que hacer. Primero tomaron el desayuno y despues se presentó el tío Bazouge, el enterrador que vivia en el piso sexto, el cual trajo el ataúd y el saco de salvado. El buen hombre no se quitaba nunca la mona de encima.

Aquel día, á pesar de ser las ocho de la mañana, estaba todavía con la de la víspera.

—¿Esto es para aquí? dijo.

Y soltó en el suelo la caja, que produjo un ruido de madera nueva.

Pero al poner el saco al lado de la misma, se quedó con la boca abierta viendo á Gervasia delante de él.

—Dispense V., me he equivocado, tartamudeó. Me habían dicho que era para este cuarto.

Ya habia cogido nuevamente el saco, cuando la planchadora le dijo:

—Déjelo V., es para aquí.

—¡Ah! ¡ya caigo! añadió el sepulturero dándose una palmada en la pierna, ¡es para la vieja.

Gervasia se habia puesto pálida. El tío Bazouge habia creído que la caja era para ella. El mostrándose galante, y procurando escusarse, continuó diciendo:

—Como decian ayer que habia muerto una en el piso bajo, yo creí. Ya sabe vd., en nuestro oficio estas cosas entran por un oído y salen por otro. De todos modos, me alegro de haberme equivocado. ¡Cuanto mas tarde será mejor, aunque la vida no tiene mucho bueno que digamos.

Ella le escuchaba y retrocedia, temiendo que la cogiese con sus manos sùcias para meterla en la caja. Ya una vez, la noche de su boda, le habia oído decir que él conocia muchas mugeres que se alegrarian mucho de pasar por sus manos. ¡Ella no era de este número, y sentia frio solo de pensarlo! Aunque su existencia no tenia nada de agradable, no queria morir tan pronto, y preferia pasar hambres y miseria á morirse en un momento.

—¡Está borracho! murmuró la planchadora, deberia no enviar gente así ya que hace pagar tan caro.

Entónces el sepulturero se mostró burlon é insolente.

—¡No se apure vd. que otra vez será! Siempre estoy á sus ordenes, y no tiene vd. mas que hacer una mala señal. Yo soy el consolador de las damas. Y no haga vd. ascos al tío Bazouge, porque ya ha tenido en mis brazos otras mejores que vd. que se han dejado arreglar sin quejarse.

—¡Cállese tío Bazouge! dijo severamente Lorilleux, que acudió al oír las voces. Déjese de bromas inconvenientes, pues si se dá una queja le echarán á vd. á la calle. ¡Ea! márchese vd. y tengamos la fiesta en paz. ¡Respete vd. las conveniencias!

El sepulturero se alejó murmurando entre dientes:

—¡Vaya con la conveniencia!..... ¡no hay mas conveniencia que la honradez!.....

Al fin dieron la diez y todavía no había llegado el coche. En la tienda había multitud de amigos y vecinos, el Sr. Madinier, Mes-Bottes, la Sra. Gaudron y la Srta. Remanjou. La familia estaba reunida en la trastienda recibiendo á los que llegaban. La impaciencia crecía, y á cada instante se oía el brusco roce de los vestidos, ya de la Sra. Lorilleux que había olvidado su pañuelo, ya de su hermana que corría en busca de un devocionario prestado. Todo el que llegaba veía en medio del gabinete la caja abierta delante del lecho, y sin darse cuenta de ello, se ponía á calcular que no era posible que cupiese allí el cadáver de mamá Coupeau. De pronto el Sr. Madinier entró á decir que ya estaban allí. Eran los cuatro enterradores que entraron en fila con paso acelerado. Sus trajes negros estaban viejos y descoloridos á causa del roce continuo con los ataúdes. Al frente de ellos el tío Bazouge, que á pesar de estar borracho, cuando entraba en el ejercicio de sus funciones, recobraba su aplomo y serenidad. Con la cabeza inclinada y sin decir una palabra, midieron con la vista á mamá Coupeau.

El mas bajo de ellos que era un jóven algo vizco, echò el salvado en el ataúd y estendió el sudario encima. Despues cogieron el cadáver, dos por los piés y otros dos por la cabeza, y con la mayor suavidad como si fuese una pluma, la colocaron en la caja que se adaptaba al cadáver como anillo al dedo, lo cual admiró á los asistentes; de seguro cuando estaba de cuerpo presente había disminuido su volúmen. Entónecs el sepul-

turero bizco, cogió la tapa é invitò á la familia á dar el último adios á la difunta, mientras el tío Bazouge preparaba los clavos y el martillo. Coupeau, sus dos hermanas, Gervasia y algunos otros, se arrodillaron y besaron el cadáver, derramando gruesas lágrimas que caían sobre aquel rostro rígido y frio como el hielo. La tapadera cayó y el tío Bazouge con la mayor maestría, la clavó en un decir Jesus. ¡Todo había concluido! Llegó el momento de partir.

—¡Parece mentira que todavía quieran echarla de personas y hacer fanfarronadas! dijo la Sra. Lorilleux á su esposo, al ver el coche fúnebre que acababa de llegar á la puerta.

Toda la calle estaba en conmocion; los vecinos unos en las ventanas y otros en las puertas, murmurando de aquel alarde de lujo de los Coupeau. Mas valia, decían algunos, que pagaran sus deudas. Pero como decia la Sra. Lorilleux, el que tiene orgullo siempre enseña la punta de la oreja.

—¡Es una verguenza! decia al mismo tiempo Gervasia, hablando del cadenista y su muger. ¡No han sido esos roñosos ni para traer un ramito de violetas para su madre.

Los Lorilleux, en efecto, se habían presentado con las manos vacías. La Sra. Lerat había traído una corona de flores artificiales y los Coupeau una de siemprevivas y un ramillete. Los sepultureros colocaron, no sin trabajo el ataúd en el coche, y el cortejo se puso en marcha. Delante iban presidiendo el duelo con el sombrero en la mano, Lorilleux y Coupeau, que para sostenerse se agarraba del brazo de su cuñado. Despues

seguían los hombres, el Sr. Madinier muy grave y vestido de negro, Mes Bottes con un gaban encima de la blusa, Boche, Lantier, Gaudron, Bibi la Grillade, Poisson y otros. En el último término venían las mugeres; en primera fila la Sra. Lorilleux, con el vestido negro de la difunta, y la Sra. Lerat, cubriendo con un chal su improvisado traje de luto y á continuación Virginia, las Sras. Gaudron y Fauconnier, la Srta. Remanjour y el resto del acompañamiento. Gervasia que se había quedado atrás para cerrar la tienda, dejó á Nana al cuidado de la Sra. Boche, se incorporó al cortejo apresurando el paso, al tiempo que llegaba también Gouget. Este se unió á los hombres, pero antes volvió la cabeza y saludó á Gervasia, con tal amabilidad y dulzura que ésta se conmovió hasta el punto de saltársele las lágrimas. No lloraba precisamente por mamá Coupeau, sino por algo que subía á su garganta y la ahogaba. Durante todo el camino no se quitó el pañuelo de los ojos, excitando esto más la cólera de la Sra. Lorilleux que la acusaba de hipócrita.

En la iglesia se despachó pronto la ceremonia, y eso que la misa duró un poco más, porque el sacerdote era anciano. Mes Bottes y Bibi la Grillade prefirieron esperar á fuera. El Sr. Madinier estuvo durante todo el tiempo observando á los curas y comunicando á Lantier todas sus observaciones, por cierto nada católicas; entre otras cosas decía que los buenos sacerdotes masculando su latín, enterraban á un cristiano lo mismo que si lo bautizasen ó casasen, sin experimentar en su corazón el menor sentimiento. Todos los hombres le die-

rón la razón. Terminado el oficio, púsose de nuevo en marcha el cortejo fúnebre. Felizmente el cementerio estaba cerca, al fin de la calle de Marcadet. Todos entraron á la desbandada, hablando cada cual de sus negocios. La mañana estaba bastante fría. Llegados á la sepultura, colocáronse al rededor de ella; en esto salió de la capilla del cementerio un sacerdote con sobrepelliz, tiritando de frío, el cual rezó de prisa y corriendo ante el cadáver los últimos reponos y oraciones y se retiró en seguida. El sepulturero cogió su pala y empezó á echar la tierra, pero como ésta se había endurecido á causa de la helada, caían solo grandes terrones que producían sobre el ataúd un sonido lúgubre y seco que helaba los huesos. Parecía que estaban bombardeando el ataúd. Ya estaban todos en la calle y aún se oían las detonaciones. Mes Bottes se soplaba los dedos, y soltando un terron, hizo observar que la pobre mamá Coupeau no iba á tener allí mucho calor.

= Señores y señoras, dijo el plomero á los amigos que quedaron en la calle con la familia, si vds. tienen la amabilidad de permitirme que les ofrezca un ligero convite.....

Diciendo esto entró él primero en una taberna de la calle de Marcadet, sobre cuya puerta se veía la siguiente inscripción: «A la bajada del cementerio.» Gervasia que se había quedado en la acera, llamó á Gouget que se alejaba, después de haberla saludado, con otra indicación de cabeza, y le preguntó si quería aceptar un vaso de vino. El contestó, que no podía detenerse, pues hacía falta en el taller. Entonces los dos se miraron sin decirse una palabra.

—Suplico à vd. me dispense lo de los sesenta francos, murmuró al fin la planchadora. Éstaba como loca y me acordé de vd.

—¡Oh, no hay de qué! . . . está vd. dispensada! . . .

Ya sabe vd. que si le ocurre una desgracia, siempre estoy á su disposicion pero no diga vd. nada á mi madre, porque ella tiene sus ideas y yo no quiero contrariarla.

Ella le seguía mirando y al verle tan bueno y tan triste con su hermosa barba rubia, estuvo á punto de aceptar su antiguo ofrecimiento de marcharse con él á cualquiera parte. Despues le ocurrió el mal pensamiento de pedirle prestados los dos meses que debía de casa, fuese al precio que fuese, así es que añadió temblando y con voz acariciadora:

—¿No es verdad que no está vd. incomodado conmigo?

El movió la cabeza y respondió:

—No, de ningún modo, nosotros no reñiremos nunca Solo, que como vd. comprende, todo ha concluido entre nosotros.

Diciendo esto, echó á andar apresuradamente dejando á Gervasia aturdida con sus últimas palabras. Esta entró en la taberna, oyendo resonar sordamente allá en el fondo de sí misma la frase "todo ha concluido." Sin darse cuenta de lo que hacía, y como un autómeta, sentóse, tragó un bocado de pan y queso y vació un vaso de vino que encontró delante de sí.

Hallábanse en una larga sala de bajo techo que estaba ocupada por dos grandes mesas. Sobre dichas mesas se veían algunos litros de vino, muchos cuarte-

rones de pan y grandes trozos de queso de Brie en tres platos. Todos comían con los dedos sin necesidad de mantel ni cubiertos. En un extremo de la habitacion y junto á la estufa almorzaban los cuatro sepultureros.

—¡Cómo ha de ser! decía el Señor Madinier. Los viejos dejan el sitio á los juvenes La casa les va á parecer á VV. vacía cuando vuelvan.

—Oh, mi hermano va á mudarse. La tienda es una ruina.

Como se vé, todo el mundo impulsaba á Coupeau á ceder la tienda. La misma Sra. Lerat, que hacía algun tiempo estaba á partir un piñon con Lantier y Virginia, desde que había entre ellos su poquito de aficion, hablaba de quiebra y de prision, exajerando sus temores. De pronto el plomero se incomodó, su enternecimiento se trocaba en furor, á causa de lo mucho que había bebido.

—Oye, exclamó apostrofando á su muger, quiero que me escuches. Con tu mala cabeza te estás siempre saliendo con la tuya. Pero ahora haré lo que yo quiera ¿me entiendes?

—¡Eso es! dijo Lantier. A ésta nunca se le convence con buenas razones. ¡Es preciso un martillo para meterle las cosas en la cabeza!

Los dos la emprendieron con ella, lo cual no impedía á las mandíbulas hacer su oficio. El queso desaparecía y el vino corría como en una fuente. Gervasia callaba y seguía comiendo á dos carrillos como si tuviese mucha hambre. Cuando ellos acabaron, alzó la cabeza y dijo:

—¿A qué viene tanto sermon? ¡La tienda me impor-

ta tres cominos! ¡Ya no quiero que ni me hablen de ella! ¿Lo entienden vds? ¡Todo ha concluido!

Entonces se pidió de nuevo queso y pan, y hablaron seriamente del asunto. Los Poisson se quedaban con ella y se comprometían á salir de fiadores por los dos meses atrasados.

Por otra parte, Boche, dándose importancia aceptó el trato en nombre del propietario, y allí mismo alquiló á los Coupeau un cuarto que habia desocupado en el sexto piso, en el corredor de los Lorilleux. En cuanto á Lantier deseaba conservar su habitacion, si esto no molestaba á los Poisson. El agente de orden público estuvo conforme en ello, los buenos amigos siempre se entienden á pesar de sus ideas políticas. Lantier no cabia en sí de gozo, como hombre que habia hecho un buen negocio y guiñaba un ojo á Gervasia y otro á Virginia.

—¡Eh! tío Bazouge, gritó Coupeau, venga, vd. á echar un trago. Nosotros no tenemos orgullo y ademas todos somos trabajadores.

Los cuatro sepultureros echaron un trago en compañía de la reunion. El tío Bazouge miraba fijamente á la planchadora sin decir ninguna inconveniencia. Ella se levantó y dejó á los hombres que empezaban á ponerse insoportables.

Por la noche, cuando Gervasia se encontró sola en casa, se sentó en una silla, y allí estuvo largo rato como embrutecida. Parecía que las habitaciones estaban desiertas y que eran inmensas. No era solo á mamá Coupeau á la que habia dejado en la fosa del cementerio de la calle Marcadet. Habia dejado ademas casi toda

su vida, su tienda, su orgullo de ama y otros sentimientos que echaba aún más de ménos. Su corazón estaba desnudo como las paredes de la tienda y se sentia poseida de un horrible cansancio.

A eso de las diez, mientras se desnudaban, Nana empezó á llorar y á patear. Quería acostarse en la cama de su abuela. Por mas que hizo su madre para infundirle miedo no pudo conseguirlo. La pequeña sentía mas curiosidad que pavora hacía los muertos y hubo que darle gusto, para que callara. Aquella noche durmió muy bien, y se estendió á sus anchas en la cama grande que era la que mas le gustaba.

Los primeros días, la planchadora se sentaba y lloraba: parecíale muy duro no tener sitio para removerse despues de haber estado tan ancha. Además, se ahogaba y á veces se estaba horas enteras en la ventana, medio prensada entre la pared y la cómoda, para poder respirar. Enfrente de ella y en la parte del sol veía su sueño de otro tiempo, aquella ventana del quinto piso llena por la primavera de flores y enredaderas, que trepaban por unas cuerdas colocadas al efecto. En su ventana, que estaba en la parte de la sombra, los tiestos de reseda se secaban á los ocho días. ¡Oh! ¡aquella no era la vida que ella había soñado! Un día, al inclinarse esperimentó una extraña sensacion; creyó verse á sí misma en el portal, cerca de la habitacion de la portera, con la cabeza alzada examinando la casa por primera vez como trece años anset; el corazon le dió un vuelco. El patio no había cambiado, las paredes de las fachadas estaban casi tan negras y tan leprosas como entonces, en las cuerdas cruzadas de ventana á ventana, se veían colgadas ropas blancas y de color y muy limpios pañales de niño, abajo el desnivelado pavimento estaba sembrado de desperdicios de carbon y virutas, y hasta en el húmedo rincón donde estaba la fuente se veía un charco de hermoso color azul procedente de la tintorería. Ella en cambio ¡cuánto había cambiado y cuán decaída estaba! Ya no se encontraba abajo mirando hacia el cielo con aire tranquilo y satisfecho ambicionando una hermosa habitacion; Hallabase ahora refugiada en el rincón más malo, alto y sùcio de la casa, á donde nunca llegaba un solo rayo de sol, Esto es

La nueva vivienda de los Coupeau se hallaba, como hemos dicho, en el piso sexto, escalera B, corredor de la izquierda. La primera puerta era la de los Bijard. Casi enfrente y en el hueco de una escalera que daba á las bohardillas, se acostaba el tío Brù. Dos puertas más allá vivía el tío Bazouge, y en la habitacion de al lado se instalaron los Coupeau. No tenían mas que una salita como la palma de la mano, y una alcoba. La sala servía de comedor, de cocina y de todo. En la alcoba no cabía mas que la cama de Nana, y por la noche tenían que dejarle la puerta abierta para que no se ahogase. Como era aquello tan estrecho, cedieron algunos muebles á los Poisson al dejar la tienda. Con la cama, la mesa y cuatro sillas, estaba todo lleno. No teniendo valor para desprenderse de su cómoda, Gervasia hizo un esfuerzo y la colocó delante de la ventana, con lo cual tapó la mitad de la misma.

plicaba sus lágrimas, pues no podía estar contenta con su suerte.

Sin embargo, cuando Gervasia se fué acostumbrando un poco, las cosas no se presentaron del todo mal en la nueva habitación. El invierno estaba casi al concluir y los cuatro cuartos que habían sacado de los muebles vendidos á Virginia, facilitaron la instalación. Cuando llegaron los buenos días, tuvieron la suerte de que á Coupeau lo contratasen para ir á trabajar fuera de París en Etampes; y allí estuvo cerca de tres meses sin emborracharse, curado por el aire del campo. No es posible figurarse una idea del cambio que experimentan los borrachos al dejar á París, cuyas calles están, por decirlo así llenas de una atmósfera impregnadas de vino y aguardiente. A su vuelta estaba fresco y colorado como una remolacha y traía cuatrocientos francos con los cuales pagaron los dos meses que debían de la tienda y algunas otras deudas de las más urgentes.

Gervasia pudo entonces pasar tranquilamente, por dos ó tres calles de las que ántes huía. Como es natural, se había puesto á trabajar á jornal. La señora Fauconnier que era muy buena, con tal que la adulasen había consentido en admitirla en su taller y hasta le daba tres francos de jornal como á una oficiala primera, en consideración á su antigua posición. Con unas cosas y con otras, parecía que la casa iba subiendo á flote y aun Gervasia esperaba que con trabajo y economía podrían un día pagarlo todo y arreglarse un modesto pasar. Lo que más hizo entonces sufrir á los Coupeau fuever

á los Poisson instalarse en su tienda. No eran ellos naturalmente inclinados á la envidia; pero les molestaba que delante de ellos pusiesen por las nubes las reformas y embellecimientos que habían introducido en la tienda sus sucesores. Los Boches, y sobre todo los Lorilleux, eran los más exagerados. Según ellos, no se había visto en el mundo una tienda más bonita, y hablaban además del estado de suciedad en que los Poisson habían encontrado las habitaciones, teniendo que gastar en limpiarlas más de treinta francos. Virginia, después de muchas vacilaciones, se decidió á poner una tienda de especiería fina, bombones, chocolate, café y té. Lantier le había aconsejado vivamente esta clase de comercio, que según él decía, producía sumas fabulosas. La tienda fué pintada de negro con filetes amarillos. Tres carpinteros estuvieron trabajando día y noche durante ocho días para arreglar la fachada, mostrador y demás. La herencia que Poisson tenía en reserva debió sufrir un rudo ataque, pero Virginia triunfaba y los Lorilleux ayudados de los porteros tenían un placer especial en mortificar á Gervasia, refiriéndole hasta los menores detalles de la instalación. Aunque ella no era envidiosa, tanto y tanto machacar acabó, como vulgarmente se dice, por hacerle sangre torcida.

Había también de por medio una cuestión de hombres, pues todo el mundo decía que Lantier había dejado á Gervasia, lo cual todos encontraban muy bien y atribuían el mérito de este rompimiento al bribón y astuto del sombrerero, que traía engañado á todo el barrio. Entre los detalles que citaban decían, que había te-

nido que pegar á la planchadora, á causa de la tenacidad con que lo perseguía. Naturalmente nadie decía la verdad, y los que hubieran podido saberla no le daban gran interés. Si se quiere, Lantier había dejado á Gervasia en el sentido de que ya no la tenía siempre á su disposición, pero subía á verla cuando lo creía oportuno, pues la Srta. Remanjou le encontraba saliendo de casa de los Coupeau á horas poco convenientes. El caso es que las relaciones continuaban por costumbre y recíproca complacencia, pero sin gran interés por parte de ambos. Lo que complicaba la situación era que la gente de la calle daba ya como cosa hecha las relaciones entre Lantier y Virginia, lo cual era mucho adelantarse. Es cierto que el sombrerero le hacía la rueda, y que había habido algo pero no habían pasado las cosas á mayores. Con respecto á esto corría una anecdotilla un tanto burlesca, entre los murmuradores. Decíase que una noche Lantier había ido á buscar á Gervasia á la cama de su vecino y que se había llevado á Virginia, teniéndola á su lado toda la noche sin conocerla á causa de la oscuridad. Esto daba mucho que reír. Los Lorilleux no dejaban tampoco de hablar delante de la planchadora de los amores de Lantier y Virginia para darle celos. Los Boche, por su parte decían, que no había pareja más igual. Lo raro del caso es, que ningun vecino tomaba á mal la cosa, y que la moral, tan dura para Gervasia, se mostraba blanda con Virginia, á causa de la profesión de su marido.

Felizmente los celos no atormentaban á Gervasia, y las infidelidades de Lantier no le quitaban la tranquilidad,

porque su corazón no tomaba parte en nada de aquello. Sin quererlo había descubierto muchos líos de Lantier, que no le habían hecho ningun efecto. Sin embargo, no sucedía lo mismo con las relaciones de éste con Virginia. Así es, que cuando los Lorilleux ó alguna otra persona decía en su presencia que Poisson no podía pasar ya por la puerta de San Dionisio ú otra alusión por el estilo, se ponía lívida y se mordía los labios para no armar una camorra. Algo, sin embargo, debió de decir á Lantier, pues la Srta. Remanjou creyó oír una tarde el ruido de un bofetón en la habitación de la planchadora, y Lantier dejó de subir por espacio de quince días, aunque luego hicieron las paces. Gervasia tomó el partido de callar y hacer la vista gorda, pues ya no estaba por pasar sofocones y dar escenas como la del lavadero.

Coupeau, el maridazo que no había visto antes lo que tenía en su casa, se burlaba al presente de los cuernos de Poisson. ¡Qué Juan Lanas debía de ser el tal Poisson! ¡y eso que llevaba sable y se permitía atropellar á la gente en las aceras. Después Coupeau llevaba su desvergüenza hasta dar bromas á Gervasia. Decía que su amante le había dado calabazas y que no tenía buena mano, pues primero la había dejado un herrero y luego un sombrerero. Claro es que todo esto lo decía en son de broma, pero Gervasia se ponía verde, pues cuando su marido tocaba á este capítulo, ella no sabía si hablaba de veras ó de broma. Un hombre que se emborracha los siete días de la semana no tiene la cabeza en su sitio y hay maridos muy celosos á los veinte años,

á quienes la bebida pone á los treinta muy corrientes en punto á fidelidad conyugal.

Era cosa ver á Coupeau hablar del asunto en la calle de la Gota de Oro. Llamaba á Poisson el cornudo. Esto cerraba el pico á los murmuradores en lo que á él mismo se refería. Bien sabia dònde le apretaba el zapato, y si alguna vez no se daba, al parecer, por entendido era porque no le gustaba dar un cuarto al pregonero. Cada uno se rasca cuando le pica, y como á él no le picaba, no habia de rascarse para dar gusto á los demas. Respecto al agente de orden público variaba la cuestion, pues ya no se trataba de rumores y hablillas, sino de hechos. El no comprendia cómo un funcionario público permitia en su casa tal escándalo. Las noches en que Coupeau se fastidiaba en su tabuco eu compañía de su muger, á pesar de lo que dejamos dicho, bajaba á buscar á Lantier y lo hacia subir por fuerza. Desde que el sombrerero no vivia con ellos encontraba la casa triste. Si notaba que su amigo y Gervasia estaban un poco sérios entre sí, hacia cuanto podia para que hiciesen las paces. En sus vacilantes miradas de borracho, brillaban como ciertos deseos de compartirlo todo con el sombrerero, para embellecer la vida. Y en aquellas ocasiones principalmente era cuando Gervasia no sabia si hablaba de veras ó de broma.

En medio de todas estas historias, Lantier se mostraba paternal y digno. En tres ocasiones habia impedido que riñesen los Coupeau y los Poisson, pues en sus planes entraba la concordia entre ambos matrimo-

nios. Gracias á su especial vigilancia, Gervasia y Virginia seguian mostrándose gran interes y cariño. El reinaba entre la rubia y la morena con una tranquilidad de Pachá, y engordaba cada vez mas. Aun no habia acabado de digerir á los Coupeau, y ya estaba tragándose á los Poisson. ¡Despues de una tienda otra! Solo hombres de semejante especie tienen suerte.

En Junio de aquel año hizo Nana su primera comunión. Iba á cumplir trece años, y estaba tan cresida como un espárrago; el año anterior la habian despedido de la doctrina por su mala conducta, y si el cura la habia admitido aquel año, era para que no volviese y para que no se quedase hecha una pagana. Nana bailaba de alegría al pensar en el vestido blanco. Los Lorrilleux como padrinos, habian prometido regalárselo y no hablaban de otra cosa en la casa, la señora Lerat le iba á dar el velo y el sombrero, Virginia la bolsa, y Lantier el devocionario, de modo que los Coupeau esperaban la ceremonia sin inquietud. Hasta los Poisson que querian celebrar la apertura de su tienda, escogieron aquel dia por consejo de Lantier. Invitaron á los Coupeau y á los Boche cuya hija comulgaba tambien por vez primera.

Precisamente la vispera, cuando Nana estaba contemplando llena de admiracion los regalos estendidos sobre la cómoda, entró Coupeau en un estado abominable y la emprendió con su muger y su hija, diciéndoles palabras indecentes y groseras que en ninguna ocasion podian caer peor. Por otra parte Nana se iba haciendo

cada vez más mal hablada, en medio de las súcias conversaciones que continuamente herian sus oídos.

—¡Mi cena! gritó el plomero, ¡mi cena en seguida, holgazanas!... ¡Ahí están las dos embobadas mirando esos trapos!... Si no me poneis pronto la cena me ciento encima de todos esos cintajos!...

—¡Jesus! ¡qué impertinente se pone cuando está borracho!... murmuró Gervasia impacientada, y volviéndose hacía él, añadió.

—¡Ya está á punto, déjanos en paz!

Nana, entre tanto, seguía mirando los regalos bajando los ojos y aparentando no hacer caso de las palabrotas de su padre. Pero el primero que tenía gana de aleo, le gritó casi al oído,

—¡Ya te daré vestidos blancos!... Sin duda quieres ponértelo para meterte en el pecho bolas de papel, como el domingo pasado? ¡Ya te arreglaré yo mocosa y te pondré un polison!... ¡Guarda todo eso en la cómoda ó si no hago con ello una barbaridad!.....

Nana seguía callada, como si no le oyese. Había cogido el sombrerito de tul y preguntaba á Gervasia cuanto podría costar. Y como Coupeau alargase la mano para cogerlo, Gervasia le rechazó gritando.

—¡Deja á la muchacha! ¡Ella no se mete con nadie! Entonces el plomero soltó la válvula.

—¡Ah! ¡Bribonas, madre é hija! ¡Vaya un par! ¿Es decente ir á comulgar con tantos perifollos? ¿Te atreves á afirmarlo galopina?... ¿Te voy á vestir con un saco á ver que tal te sienta! ¡Sí, con un saco, para darte en la cabeza á tí y á tus curas!..... ¿Acaso tengo yo

necesidad de que te enseñen á gastar lujo?... ¡A ver si me ois las dos!.....

Nana volvió la espalda furiosa, mientras Gervasia extendía los brazos para proteger los regalos que Coupeau quería hacer pedazos. La niña miró á su padre fijamente, y olvidando la modestia que le había recomendado su confesor, dijo en voz baja apretando los dientes.

—¡Indecente!

Tan pronto como el plomero acabó de cenar, se echó á roncar. Al día siguiente se levantó de buen humor. Asistió á la toilette de la pepueña, enterneciéndose al verla con el vestido blanco y diciendo que parecía una señorita.

En efecto, Nana parecía una novia. Cuando bajaron y vió á Paulina en el dintel de la portería, vestida lo mismo que ella, se detuvo, la envolvió en una mirada, y despues se mostró muy amable con ella porque la encontró muy mal arreglada. Las dos familias partieron juntas para la iglesia. Nana y Paulina iban delante con el devocionario en una mano mientras con la otra sujetaban los velos agitados por el aire, no hablaban ni una palabra é iban que no cabían en sí de placer al ver que todos los vecinos salían á la puerta de las tiendas á celebrar su gentileza. Las señoras Boche y Lorilleux se habían quedado un poco retrasadas por que iban comunicándose sus reflexiones acerca de la coja, una derrochadora, cuya hija no hubiera podido nunca comulgar si los parientes no se lo hubieran dado todo, hasta una camisa nueva por respeto á la san-

ta mesa. La señora Lorilleux se ocupaba sobre todo del vestido, regalo exclusivamente suyo, y echaba miradas fulminantes á Nana, llamándola puerca cada vez que recogía con el vestido un poco de polvo por acercarse demasiado á las puertas.

En la iglesia Coupeau estuvo llorando todo el tiempo. Era una simpleza, pero él no podía contenerse. Conmóvale ver al cura accionando durante el sacrificio y á las niñas pasar en fila con las manos juntas como un coro de ángeles, el buen olor del incienso le hacía aspirar como si le hubiesen puesto un ramillete delante de las narices, pero lo que lo sacaba sobre todo de sus casillas, era la magestuosa música del órgano. Especialmente hubo un himno suave y magnífico que cantaba el coro mientras las niñas comulgaban, el cual le causó una profunda y extraña sensación. Por otra parte, en torno suyo veía también otras muchas personas devotas y sensibles que no se quitaban tampoco el pañuelo de los ojos. Verdaderamente aquel era el día más feliz de su vida. Al salir de la iglesia fue á tomar una copa con su cuñado, y como este le echase en cara su debilidad, se enfadó y acusó á los curas de quemar en vez de incienso, yerbas diabólicas para debilitar á los hombres. Después de todo el llorar no probaba más sino que no tenía el corazón de piedra. Después hizo que echaran otras copas por su salud,

Por la noche el convite fué muy alegre en casa de los Poisson. De el principio al fin de la comida reinó la más cordial amistad. Lantier, sentado entre Virginia y Gervasia, se mostraba amable y obsequioso con las dos,

como el gallo que quiere la paz en su gallinero. Enfrente estaba Poisson tan grave y severo como siempre con los ojos medio entornados y sin pensar en nada. Pero las reinas de la fiesta fueron Nana y Paulina, á quienes se había permitido conservar el traje de la comunión, las dos se mantenían muy tiesas por temor de manchar sus blancas vestiduras, y á cada bocado les gritaban que alzasen la barba para que no cayese ninguna mancha. Nana, fastidiada de tanta etiqueta, acabó por deramar un vaso de vino sobre su corpiño, lo cual dió motivo á que la desnudasen para lavarle en seguida.

A los postres se habló seriamente del porvenir de las muchachas. La Sra. Boche se había decidido á poner á su hija á aprender el oficio de bordadora en oro y plata, pues se ganaban muy buenos jornales. Gervasia no sabía aún á qué dedicar á Nana, porque no mostraba la muchacha afición á nada, como no fuese á andar galopineando.

—Yo en vuestro lugar, dijo la Sra. Lerat, la dedicaría á florista, que es oficio limpio y lucrativo.

—Las floristas, murmuró Lorilleux, tienen todas costumbres muy libres.

—¿Cómo es eso? ¿y yo? replicó la viuda llena de ira. ¡Gracias por su galantería! Ya sabe vd. que yo no soy ninguna perra de esas que echan las patas al aire en cuanto le silban.

Todo el mundo la hizo callar, exclamando:

—¡Señora Lerat! ¡por Dios, Sra. Lerat!

Y con el rabo del ojo le señalaban las dos muchachas, que metían la nariz en su vaso para no reír. Por

guardar las conveniencias, los hombres habian estado hasta entónces escogiendo las palabras, pero la señora Lerat no aceptó la leccion, pues lo que acababa de decir lo habia oido en reuniones muy escogidas. Además, si algun mérito tenia ella era el conocer su lengua y saber de todo, aún delante de niños, sin alarmar su inocencia.

—¡Sepan vds., añadía, que entre las floristas hay mugeres muy honradas! Están hechas de la masa de las demas mugeres y tienen lo mismo que todas. Solo que cuando cometen una falta..... tienen gusto para escoger, y este gusto procede de las flores. Por mi parte...

—¡Valganos Dios! interrumpió Gervasia; yo no siento repugnacia hacia el oficio de florista; pero es preciso que le guste á Nana, porque no debemos contrariar la vocacion de los niños. Vamos. Nana, no te hagas la tonta y contesta. ¿Te gustan las flores?

La niña tardó un poco en contestar, al fin dijo con su maliciosa sonrisa:

—Sí, mamá, me gustan.

Con esto quedó zanjada la cuestion. Coupeau quizo que desde el día siguiente la Sra. Lerat, llevase á la niña á su taller de la calle del Cairo. Despues se habló de los deberes de la vida con la mayor gravedad. Boche decia, que Nana y Paulina eran ya mugeres, puesto que habian comulgado. Poisson añadió, que al partir de aquel día debian aprender á guisar, remendar la ropa y arreglar la casa. Hablóse hasta de su matrimonio y de los hijos que podian tener. Las muchachas prestaban oido llenas de satisfaccion y se hacian señas pisán-

dose el pié. Lo que más les gustó, fué que Lantier, en son de broma, les preguntó si tenian novio, é hicieron confesar á Nana que queria mucho á Víctor Fauconnier, el hijo de la patrona de su madre.

—¡Está bien! dijo la Sra. Lorilleux delante de los Boche cuando se retiraban; es nuestra ahijada, pero desde el momento que piensan hacerla florista, no queremos oír hablar de ella. Antes de seis meses nos han de dar la razon.

Los Coupeau al subir á acostarse convinieron en que los Poisson no eran mala gente y que se habian portado bien. Gervasia hasta encoutró la tienda muy bien arreglada.

Ella habia esperado que pasaria un mal rato en su antigua habitacion, pero no fué así. Nana que se estaba desnudando, preguntó á su madre si el vestido de la señorita del segundo piso que se habia casado el mes anterior, era de muselina como el suyo.

Aquel fué el último día feliz que disfrutaron en la casa, pues pasaron dos años durante los cuales se fueron hundiendo cada vez más. Los inviernos sobre todo eran terribles en aquella pequeña siberia de su habitacion, expuestos al frio y á la lluvia y sin tener muchas veces qué llevarse á la boca. El despiadado Diciembre entraba por debajo de la puerta y traia consigo todos los males, el abandono del taller, la holgozaneria, frio, y la miseria negra de los días lluviosos. Siquiera el primer invierno pudieron encender brasero algunas veces y se acurrucaban á su alrededor sin pensar siquiera en comer, pero ya el segundo no pudieron enseder lumbre

ni un solo día. Lo que más le apuraba era el pagar el alquiler cuando ni siquiera había en casa para mal comer. Si por casualidad tardaban un día, enseguida subía el Sr. Marescot, bien abrigado y con las manos metidas en unos guantes de lana, amenazándoles con la expulsión. Por otra parte, en toda la casa no se oían más que llantos y lamentaciones. Parecía aquello el uicio final, el fin del mundo, la vida imposible, la invasión de la miseria.

Sin duda los Coupeau tenían la culpa de su desgracia, pues por duras que sean las circunstancias, mientras hay salud se puede salir del paso con un poco de orden y economía, prueba de ello, los Lorilleux que pagaban siempre puntualmente sus alquileres llevando una vida de arañas sin descansar un momento. Nana no ganaba aún nada con las flores; por el contrario, aún gastaba todo lo que podía en arreglarse y componerse. Gervasia había acabado por perder la consideración que le tenían en casa de su patrona, la cual le había reducido el jornal à dos francos, à causa de que ya no tenía tan buena mano. Apesar de esto, cada vez se iba poniendo más orgullosa é insufrible, sacando á relucir su antigua posición. A lo mejor dejaba de ir días y hasta semanas enteras; despues volvía y la recibían casi por caridad, lo cual la agriaba mucho más.

Con las faltas, como es natural, la paga quedaba muy reducida, al fin de la semana. En cuanto á Coupeau, si es que trabajaba, debía regalar su jornal al gobierno, porque Gervasia no veía un cuarto. Los días de paga volvía à casa con los brazos caídos y los bolsillos va-

cios. Al principio inventaba mil pretextos, ya una suscripción, ya un agujero en el bolsillo por donde se le habían caído veinte francos, ya el pago de alguna deuda extraordinaria, pero despues ni se tomaba este trabajo. La planchadora, por consejo de Boche, iba à esperarle los días que sabía que le pagaban para no darle tiempo à que gastase, pero era trabajo inútil, porque Lantier aleccionado por sus camaradas, se metía el dinero en los zapatos ó en sitio mucho menos limpio. La Sra. Boche sabía mucho sobre este particular, porque su marido solía escamotearle alguna pieza de diez francos para convidar à alguna conocida, pero no le valían tretas, pues generalmente hallaba la moneda cosida entre la visera y el forro. Pero el plomero no se andaba con chiquitas, y se metía el dinero en el vientre de donde no era fácil sacarlo.

Sin embargo, ninguno de los dos se echaba la culpa de esta miseria, sino que la atribuían à las circunstancias y à su mala suerte. Lo más triste era, que en medio de esta desnudez habían abierto la jaula al cariño, y éste había tenido por conveniente tomar el vuelo hácia otra parte. Todos tres, Gervasia, Coupeau y Nana, no parecían padres é hija; reñían por la cosa más leve y hasta à veces parecía que se odiaban; y es que se había roto por decirlo así, el gran resorte del hogar, que hace latir al unisono los corazones de una familia feliz. A buen seguro que Gervasia se hubiera alterado, como otras veces al verle en el alero de un tejado à veinte metros de la acera. Ella no le hubiera empujado, pero si él se caía, naturalmente, no se hubiera perdido gran cosa.

Siempre estaba aguardando verle entrar en una camilla. ¿Para qué servia aquel borracho? para hacerla llorar, comerse hasta los clavos y empujarla al mal. A hombres tan inútiles debia echárseles cuanto ántes al hoyo y bailar sobre su sepultura. Nana leía en los periódicos los accidentes que ocurrían todos los días, haciendo reflexiones de hija desnaturalizada. Decía que su padre tenía mucha suerte, pues una vez lo había atropellado un ómnibus, sin que la caída le causase daño alguno ni le quitase siquiera la borrachera.

En medio de aquella existencia de miseria, Gervasia sufría también por las hambres y desgracias que veía á su alrededor. Parecía que las tres ó cuatro familias que vivían en aquel súpico rincón de la casa, habían hecho pacto de no tener pan ningún día. Las puertas se abrían pero no salía por ellas olor de cocina. A lo largo del corredor reinaba un silencio de muerte y las paredes sonaban huecas como estómagos vacíos. A cada momento se oían lamentos de mugeres, gritos de niños hambrientos, y familias que reñían para distraer el hambre. Pero lo que más lástima inspiraba á Gervasia era el tío Brú en su tabuco. Retirábase á él como una marmota, y haciéndose un ovillo para tener menos frío se estaba sin moverse días enteros sobre un montón de paja. Ni aún el hambre le hacía salir. Cuando estaba dos ó tres días sin que se le viera el pelo, los vecinos empujaban su puerta para ver si había muerto. Pero no, aún conservaba un hilo de vida, y parecía que la muerte se había olvidado de él. Gervasia cuando tenía pan le daba un pedazo. Si se había hecho mala y de-

testaba á los hombres á causa de su marido, compadecía á los animales, y para ella el tío Brú á quien dejaban que se muriese de hambre, por que ya no servía para trabajar, era como un perro abandonado de todos. Al verle en el otro extremo del corredor abandonado de Dios y de los hombres, alimentándose de sí mismo y encogiéndose y arrugándose como las naranjas que se secan en las chimeneas, sentía ella un gran peso sobre su corazón.

La planchadora sufría igualmente con la vecindad del tío Bazouge el sepulturero. Un delgado tabique separaba las dos habitaciones. Cuando volvía por la noche á su casa le sentía tirar sobre la cómoda el sombrero de cuero negro que sonaba al caer como una pala de tierra sobre el ataúd, colgar de un clavo la capa negra, que rozaba la pared como las alas de un ave nocturna y andar de un lado para otro tropezando con los muebles y haciendo á veces ruido con los platos. Aquel borracho era su preocupación y le inspiraba un miedo terrible, al mismo tiempo que una gran curiosidad. Muchas veces, al oír sus cantos y palabras groseras y el ruido que metía, Gervasia se ponía pálida como una muerta, y se preguntaba qué podría traer entre manos el viejo borracho para mover tal ruido; entónces acudían á su imaginación visiones terribles y hasta se figuraba que había metido un muerto en su habitación y que lo acostaba en su cama. No hacía mucho que había dicho un periódico que un sepulturero había formado en su casa una colección de cajas de niños por no tomarse la molestia de llevarlas al cementerio. Cuando el tío Bazouge entraba en su habitación, se oía

la muerte al través del tabique. Hasta su modo de roncar asustaba á la planchadora.

Y lo peor del caso era, que en medio de sus terrores Gervasia se sentía arrastrada hasta el punto de pegar su oído á la pared para oír mejor. Si no hubiera sido por el miedo, Gervasia hubiera querido tentar la muerte y contemplarla de cerca. A veces contenía el aliento y se quedaba atenta como si esperase encontrar la palabra del enigma en un movimiento de Bazouge. Coupeau le preguntaba en son de broma, si se había enamorado del sepulturero, ella se incomodaba y hablaba de mudarse, porque le repugnaba semejante vecino, y á pesar suyo, tan pronto como llegaba el viejo con su olor de cementerio, volvía á las mismas tristes reflexiones. ¿Acaso no le había él prometido dos veces llevarla á cierta parte donde el sueño es tan intenso que se olvidan de un golpe todas las miserias? Esto debía ser muy bueno. Ella hubiera querido probarlo durante quince días ó un mes. ¡Oh! dormir un mes, sobre todo en invierno, el mes de Diciembre cuando tan pesada se hace la vida. Pero no era posible, era preciso seguir durmiendo si empezaba á dormir una hora, y este pensamiento la helaba, su pasión por la muerte desaparecía ante la eterna y severa amistad que exige la tierra.

Entre tanto, una noche del mes de Enero dió dos puñetazos en el tabique. Había pasado una semana horrible, sin un cuarto, y faltábale ya por completo el valor. Aquella noche tiritaba á causa del frío y de la fiebre y veía danzar llamas en torno suyo. Entónces en

lugar de tirarse por la ventana, como pensó en un momento, empezó á dar en el tabique y á gritar:

—¡Tio Bazouge! ¡Tio Bazouge!

El sepulturero estaba en aquel momento quitándose los zapatos y cantando "Il était trois belles filles." El día no debe haber sido muy malo, porque parecía más alegre que de costumbre.

¡Tio Bazouge! ¡Tio Bazouge! gritó Gervasia alzando la voz.

Ella estaba dispuesta á entregarse y á que él la cogiese del cuello y la llevase á donde llevaba á las otras mugeres pobres y ricas, á quienes él consolaba.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? tartamudeó Bazouge. ¿quién se ha puesto malo?..... ¡voy allá vecina!

Pero al oír aquella voz ronca, Gervasia volvió en sí como si despertase de una pesadilla. ¿Qué había hecho ella? Entónces espirimentó un vivo terror y creyó ver las manos del sepulturero pasar al través de la pared para cogerla por el moño. No, ya no quería. Si había llamado debía haber sido impensadamente con el codo. Y á la sola idea de verse rígida y fría en los brazos del viejo sintió un temblor horrible.

—¡Y Bien! ¿no hay nadie ahí? añadió Bazouge en medio del silencio. ¡Espere vd. vecina!.....

—No es nada, no es nada, dijo al fin la planchadora con voz ahogada. No necesito nada, ¡gracias!.....

Mientras el sepulturero se dormía, permaneció ansio-

sa y sin moverse, no fuese á creer que le llamaba de nuevo.

En medio de su miseria y de las desdichas que le rodeaban, Gervasia encontraba un notable ejemplo de valor en casa de los Bijard. La pequeña Eulalia, aquella niña de ocho años que no se veía en el suelo, cuidaba su casa como una persona mayor, el trabajo era grande, porque tenía además el cuidado de sus dos hermanitos, Julio y Enriqueta, de tres y cinco años respectivamente, y no podía perderlos de vista ni un momento. Desde la muerte de su madre ocupaba el puesto de la difunta, hasta el punto de que el bárbaro del padre para que la semejanza fuese mas completa, mataba á palizas á la pobre niña por la cosa mas insignificante. Eulalia nunca le contestaba y recibía los golpes sin quejarse, procurando no gritar para no alborotar la casa; despues que su padre se cansaba de darle golpes, la desgraciada criatura procuraba sacar fuerzas de flaqueza, limpiaba y arreglaba á sus hermanitos, hacia la comida y dejaba la casa como una patena.

Gervasia profesaba un gran cariño á su vecina; trataba de igual á igual, como muger que conoce la existencia. Hay que tener en cuenta, que Eulalia tenía el rostro pálido y sério como de muger de edad. Cuando hablaba, parecia que tenía treinta años. Sabía muy bien comprar, coser, arreglar la casa y hablaba de los niños como si hubiera parido dos ó tres veces. Era una gloria la muchacha, y al ver la vida que le daba su padre daban ganas de llorar. Gervasia la daba todo cuanto podía, así de comer como de vestidos usados. Un día

que le estaba probando un vestido viejo de Nana, se llenó de indignacion al verle la espalda acardenalada, el codo desollado y echando sangre todavía, y todo su inocente cuerpo martirizado del modo más bárbaro. ¡Ya podia el tío Bazouge preparar la caja, pues á aquel paso no debía durar mucho la pobre mártir! Pero la niña, suplicó á la planchadora que no dijese nada, pues no queria que por causa suya molestasen á su padre. Defendíale, y aseguraba que solo se mostraba malo cuando estaba bebido. Entónces se volvía loco y no sabía lo que hacía. Ella le perdonaba, porque á los locos se les debe perdonar todo.

Desde entónces, Gervasia vigilaba y procuraba intervenir cuando veía entrar en su casa al tío Bijard, pero la mayor parte de las veces solo conseguía sacar algun torniscon por su parte. En muchas ocasiones, cuando entraba durante el día á ver á la niña, la encontraba atada fuertemente á los piés de la cama, esto lo hacia su padre sin motivo ninguno y únicamente para martirizar á la pequeña hasta cuando estaba fuera de casa.

Eulalia permanecía allí dias enteros, con las piernas entumecidas y llena de dolores; una vez estuvo de esta manera hasta el día siguiente, porque su padre no volvió á casa aquella noche. Cuando Gervasia indignada queria desatarla, ella le suplicaba que no tocase á un solo nudo, porque su padre se ponía furioso si no los encontraba como los había dejado. Despues de todo, segun decia con angelical sonrisa y con sus piernas de querubin hinchadas y entumecidas, no estaba del todo mal, pues así descansaba. Solo sentía que como no po-

dia trabajar, los quehaceres de la casa quedaban abandonados. Su padre podía haber inventado otra mortificación. A pesar de esto, vigilaba á los niños, y se hacía obedecer de ellos, llamándolos junto á sí para limpiarles las narices. Como tenía las manos libres, para no perder por completo el tiempo, hacía media. Lo peor era, cuando el tío Bijard la desataba, pues durante un cuarto de hora largo, no podía tenerse en pié por tener interrumpida la circulación de la sangre.

El cerrajero había inventado una nueva mortificación. Ponia monedas de diez céntimos en la lumbre, y cuando estaban abrazando, las colocaba sobre la cornisa de la chimenea, y mandaba á la niña á comprar pan. Ella sin desconfianza cogía las monedas y lanzaba un grito al abrazarse la mano. Entónces le amenazaba con arrancarle el moño si no recogía el dinero caído en el suelo, y si la pobre niña vacilaba por vía de advertencia, le daba un tiron que le hacía ver las estrellas. Entónces, asomando gruesas lágrimas á sus ojos, recogíalo y se marchaba haciéndole saltar en el hueco de la mano para enfriarlo.

Es imposible formarse idea de los razgos de ferocidad que brotaban de la imaginación de aquel inmundo borracho.

Una tarde, por ejemplo, Eulalia, después de haberlo arreglado todo, jugaba con sus hermanitos. La ventana estaba abierta, y como hacía aire, la corriente del corredor imprimía á la puerta ligeras sacudidas.

—Es el Sr. Atrevido, decía la niña. ¡Entre vd. Sr. Atrevido! ¡Haga V. el favor de entrar!

Y hacía reverencia ante la puerta saludando al viento. Enriqueta y Julio, detrás de ella, saludaban también entretenidos con aquel juego y muertos de risa. Ella también, cosa rarísima, se reía al verlos tan contentos.

—¡Buenos días, Sr. Atrevido! ¿Cómo le va á V?

Pero de pronto una mano brutal empujó la puerta y entró, era su padre. Entónces cambió la escena, los pequeños retrocedieron y la niña quedó aterrada. El cerrajero traía en la mano un látigo nuevo, cuya punta terminaba en una correita. Contra su costumbre, no le dió á la niña un puntapié y fué á sentarse en el borde de la cama enseñando con una sonrisa horrible sus negros dientes.

—¿Con qué andabamos de baile monigote?..... ¡ya te he oído desde abajo!... ¡Acercatel... ¡Más cerca y de frente, que no quiero olerte el trasero!... ¡Quítame los zapatos!...

La niña aterrada le quitó los zapatos y él se echó como estaba en la cama, siguiendo con la vista los movimientos de la pequeña. Ella iba de un lado para otro, aterrada bajo el influjo de aquella mirada y quiso su mala suerte que rompiese una taza.

Entónces él cogiendo el látigo se lo enseñó, y le dijo:

—Oye, mira esto, es un regalo para tí, ¡me ha costado dos francos y mediol!..... Con este juguete no tendré que molestarme en pegarte... ¿Quieres ver la prueba? ¡Con qué rompes tazas!... ¡Pues baila y has reverencias al Sr. Atrevido!

Tendido como estaba hizo estallar el látigo como un postillon que arrea sus caballos. Despues dió un latigazo á la niña que la cruzó todo el cuerpo y la hizo caer en tierra.

—¡Hop! ¡hop! gritaba, ¡esta es la carrera de las burras! ¡Es muy buena para quitar el frio!... ¡no tienes por donde escapar!

En sus labios asomaba una ligera espuma, y sus ojos se querian salir de sus negras órbitas. La niña muerta de terror y dando gritos saltaba por los cuatro ángulos de la habitación, y se pegaba á las paredes, pero no podia librarse del horrible látigo que zumbaba en sus oidos y acardenalaba su débil cuerpo. Saltaba como si fuese de goma, sin hallar ni un agujero por donde escabullirse, miéntras el bárbaro de su padre triunfaba y reia, dándole mil groseros apelativos y burlándose de la pobre víctima.

De pronto entró Gervasia, atraida por los gritos, ó mejor dicho, aullidos de la pequeña. Ante aquel horrible y repugnante espectáculo, sintió una furiosa indignacion.

—¡Indecent! ¡bribon! ¡si no la deja vd. voy á dar parte á la policia!

Bijard gruñendo como un animal tartamudeó:

¡Vaya vd. á paseo señora cojitranca, y no se meta en lo que no le importe!... ¡Cómo que me voy á poner guantes para castigar á mi hija!... Esto lo hago únicamente para enseñarle que tengo el brazo largo.

Y dirigió un último latigazo que dió á Eulalia en la cara, rasgándole el labio superior. Gervasia cogió una silla para tirársela al cerrajero, pero la niña tendió hácia ella sus manos suplicantes, diciéndole que no era nada y que todo habia concluido, miéntras con la punta del delantal enjugaba la sangre del labio y hacia callar á los niños que lloraban amargamente.

Cuando Gervasia pensaba en Eulalia no se atrevia á quejarse. Hubiera querido tener el valor de aquella niña de ocho años que sufría por sí sola más que todas las mugeres de la casa. Por espacio de tres meses la habia visto comer pan seco, y cuando á escondidas le llevaba un poco de carne, se le partía el corazon, viéndola derramar silenciosas lágrimas y comer bocados pequeños, porque su garganta no dejaba pasar el alimento. Siempre tierna y llena de abnegacion cumplia los deberes de pequeña madre hasta el sacrificio. Así es, que Gervasia tomaba ejemplo de aquella inocente criatura llena de sufrimientos y perdon, y procuraba aprender de ella á ocultar su martirio. En el oscuro fondo de los ojos de Eulalia, solo se adivinaba una noche de agonía y miseria.

Tambien en el hogar de los Coupeau empezaba á hacer de las suyas el vitriolo del "Assommoir." La planchadora veia llegar el día en que su marido cogeria un látigo como el tío Bijard para dirigir la danza, y la desgracia que le amenazaba le hacia mas sensible á la de la niña. Coupeau no era el mismo, habia enflaquecido mucho é iba adquiriendo un color verdioso. Faltábale el apetito y habia perdido el gusto del pan y de los

guisados, y casi no se mantenía mas que de aguardiente.

Por la mañana al levantarse estaba un cuarto de hora tosiendo de un modo horrible y despidiendo una especie de pituita ó nicotina amarga. No se afirmaba por completo sino hasta que tomaba una copita, que era como una especie de cauterio aplicado á su garganta. Por aquel tiempo empezó á sentir unas cosquillas y un hormigueo debajo de la piel, en las manos y en los piés, pero él se burlaba de ello y decia en tono de broma que su muger le ponía recortes de crin entre las sábanas. Despues se le pusieron las piernas muy pesadas y las cosquillas se trocaron en atroces calambres, lo cual no le hacia ya reir y le obligaba á pararse en la calle, sintiendo gran ruido en los oídos y nublándosele la vista. Lo que más le asustaba y afligiale era un gran temblor que sentia en las manos, sobre todo en la derecha. Desesperábase al ver su impotencia, y cojia su vaso apostando á que lo mantenía inmóvil y haciendo grandes esfuerzos para sostener la tension de sus músculos, pero á pesar de todo, el vaso bailaba con cierta regularidad. Entonces vasiábalo en su boca furioso gritando que despues de haberse bebido unas docenas, se encargaba de trasladar un tonel sin mover un dedo. Gervasia, por el contrario, le aseguraba que si no dejaba la bebida no se le quitaría el temblor, pero maldito el caso que hacia de sus consejos.

En el mes de Marzo, Coupeau volvió una noche mojado hasta los huesos, habia estado con Mes Bottes, de comilona en Montrouge, y al volver les cogió un terri-

ble chaparron desde la barrera de Fourneauux á la de Poissonniere. Por la noche se sintió acometido de unos furiosa, estaba rojo como la grana y tenía una calentura como un caballo. Cuando por la mañana lo vió el médico de los Boche, movió la cabeza, y llamando aparte á Gervasia, le aconsejó que lo trasladase enseguida al hospital, pues tenia una fluxion de pecho.

Gervasia no se alteró con la noticia. En otro tiempo se hubiera dejado hacer pedazos, ántes que consentir que su hombre fuese al hospital. Cuando el accidente de la calle de la Nacion, gastó en cuidarle y mimarle lo que no tenia. Pero todos esos sentimientos se acaban cuando los hombres se entregan á la crápula. Aun cuando se lo llevasen y no volviese, maldita la pena que sentiria. Sin embargo, cuando llegó la camilla y cargaron con Coupeau como si fuera un mueble, se puso pálida y se conmovió hasta tal punto, que á pesar de todo, si hubiera tenido siquiera diez francos en su cómoda, no lo hubiera dejado salir. Acompañólo al hospital Lariboisiere y le estuvo viendo acostar en el extremo de un gran salón donde habia dos largas filas de enfermos demacrados y con rostro cadavérico, que levantaban la cabeza y seguían con la vista al nuevo compañero; habia allí un olor de fiebre y una música de toses, capaz de hacer echar los pulmones. Cuando le vió ya acurrucado entre las sábanas, desfiló sin decir una palabra, pues no tenía en el bolsillo nada para dejarle algun consuelo. Ya fuera del hospital se puso á mirar el edificio recordando los tiempos en que Coupeau colocaba en el tejado los canalones de zinc, y ella le hacia señas con su pañuelo desde el hotel Boncour.

¿Quién le había de decir que estaba trabajando para él.

Cuando Gervasia volvió al día siguiente, encontró el lecho vacío. Una hermana de la caridad le dijo que había sido trasladado al asilo de Santa Ana, víctima de un ataque de locura, originado por la bebida. La planchadora volvió á casa toda alterada. ¡Su hombre estaba loco! ¡Si le soltaban se iba á divertirse! Nana decía que lo mejor era dejarlo en el hospital.

El domingo pudo Gervasia ir á Santa Ana, para lo cual tomó el ómnibus del boulevard Rochechouart á la Glaciere. Bajóse en la calle de la Salud y compró dos naranjas para no entrar con las manos vacías. El asilo era un edificio de patios grises é interminables corredores que no tenían nada de alegres. Introdujéronla en una celda y quedó agradablemente sorprendida al ver á Coupeau casi bueno, y por cierto en el ejercicio de las funciones higiénicas más importantes. Rieronse ambos de que le sorprendiera en aquella situación con el trasero al aire.

—¿Y la fluxion? preguntó Gervasia.

—Me la han curado como con la mano, ya solo toso un poco.

Al meterse de nuevo en la cama, Coupeau dirigió algunas bromas un poco groseras á su muger.

Los dos rieron largo tiempo. En el fondo estaban alegres á causa de la mejoría.

Gervasia le dió entonces las dos naranjas, lo cual le produjo un gran enternecimiento.

Desde que bebía únicamente tisanas, parecía otro.

Al fin viéndolo tan razonable, se atrevió á hablarle del arrebató que había tenido en el hospital.

—¡Ah! sí, dijo, burlándose de sí mismo. ¡Vaya un paso! Figurate que veía ratas y corría tras ellas para ponerles un grano de sal en el rabo, y tú me llamabas porque te perseguían unos hombres. . . . ¡En fin, una porción de disparates! ¡Oh! los recuerdo bien, porque ya tengo la cabeza *al pelo*. Ahora sueño y tengo pesadillas, pero eso todo el mundo las tiene.

Gervasia estuvo allí hasta en la noche. Al anocheecer, Coupeau experimentó alguna inquietud.

Sentóse en la cama dos veces mirando al suelo y escudriñando los rincones de la habitación. De pronto alargó el brazo y dió un manotazo contra la pared.

—¿Qué es eso? preguntó Gervasia aterrada.

—¡Las ratas! murmuró él.

Después de un corto silencio quedóse dormido murmurando entre dientes:

¡Pardiez! ¡me agujeran la piel! ¡Súcios animales! ¡Ten cuidado! ¡Recógete las faldas! y otras frases incoherentes.

Al mismo tiempo gesticulaba de un modo terrible. Entonces acudió un guardian y Gervasia se retiró llena de espanto.

Cuando volvió algunos días más tarde, halló á Coupeau enteramente curado sin asomo de pesadilla ni cosa por el estilo. Por consiguiente, pudo llevarse á casa sin inconveniente. Al salir uno de los practicantes

le aconsejó que si no quería recaer, era preciso que abandonase la bebida.

—Tiene razon ese señor, dijo Gervasia cuando estaban ya en el ómnibus que debía conducirlos á la calle de la Gota de Oro.

—Es verdad, contestó Coupeau.

Despues de pensarlo un momento, añadió.

—No obstante, una copita que otra no puede matar á un hombre y ayuda á la digestion.

Aquella misma noche bebió una copita de aguardiente para ayudar á la digestion. Sin embargo, durante ocho dias fué prudente, pues no tenia ganas de acabar sus dias en Bicetre. Pero al fin pudo más la pasion y copa tras copa, acabó por volver á las andadas. Gervasia se desesperaba. La ilusion que formó viéndolo en el asilo, de que volverian á hacer una vida arreglada y en parte feliz, se desvaneció por completo. Ya nada podia corregir á aquel borracho, ni aun el miedo de la muerte cercana; así es que se decidió á divertirse por su parte lo que pudiese, y á dejar que todo se lo llevase la trampa. Entónces la casa se convirtió de nuevo en un infierno. Cuando Nana se veia abofeteada por su padre, decia furiosa que por qué no se habia quedado aquel rocin en el hospital. Esperaba ganar dinero para convidarle á beber todo el aguardiente que quisiese, á fin de hacerle reventar cuanto antes. Gervasia, por su parte, una vez que Coupeau se mostró pesaroso de su matrimonio, echándole en cara su vida anterior, se indignó, llamándole embustero y otras lindezas. El se

habia arrastrado á sus piés para decidirla, cuando ella le aconsejaba que lo pensase mucho. ¡Ah! si los lances se jugaran dos veces, antes se cortaria un brazo que casarse. Es cierto que habia tenido que ver con otro hombre antes de casarse con él, pero así era toda una muger, que aunque haya tenido algun deslíz, es trabajadora y vale mas que un borracho que anda rondando por todos los tabernuchos y tabucos. De las palabras pasaron á las obras y no quedó trasto que no se tiraran.

Gervasia, consecuente con su propósito, se encanallaba cada vez ménos, hasta el punto de no coger ni la escoba. Su rápida decadencia y abandono hacia bañarse en agua de rosas á los Lorilleux, que sujetaban todos los pasos y acciones de la coja á la mas severa inquisicion y crítica. Burlábanse de su miseria y calculaban los dias con que no tenia que desayunarse; sabian el polvo que habia en su casa, los platos sucios, los andrajos, todo en fin, y hacian mil comentarios nada favorables á su cuñada, como debe suponer el lector. Gervasia sospechaba la manera con que hablaba de ella y la criticaban, pero con tal de que la dejaran aparentemente tranquila y no tuviese que mover mano ni pié, se le importaba tres cominos de todo.

Un sábadó Coupeau le prometió llevarla al circo ecuestre. Justamente acababa de trabajar una quincena y podian gastarse dos francos: al mismo tiempo quedaron en comer los dos fuera, pues Nana tenia que velar en su taller. Pero dieron las siete y las ocho y Coupeau no parecia. Gervasia furiosa, supuso que estaria emborrachándose con sus camaradas. Al fin, á eso

de las nueve, con el estómago vacío, lívida de cólera, salió à buscarle.

—¿Vá V. en busca de su marido? le dijo la señora Boche. Está en la taberna del tío Colombe.

Dióle las gracias por la noticia y echó à andar, acariciando la idea de sacar los ojos à Coupeau. Pero al llegar à la puerta de la taberna, el miedo de que la zurrase si la tomaba con él, la calmò y la hizo ser prudente. Coupeau estaba en el fondo de la tienda sentado con otros amigos alrededor de un velador fumando y bebiendo. La planchadora, despues de estar un rato en acecho, no se atrevió à entrar y se dirigió hacia el boulevard exterior. Allí bajo los árboles mojados, empezó à pensar en que iba à contraer una enfermedad con la humedad. Dos veces volvió à ponerse delante del aparador y à contemplar à su marido, que à cubierto de la lluvia hablaba y bebía. Al fin con ademán resuelto empujó la puerta y se fué derecho à la mesa de Coupeau. Despues de todo, estaba autorizada para venir en su busca, pues le habia prometido llevarla al circo.

—Toma. ¿Eres tú vieja mía..... gritó el plomero soltando una carcajada... Has tenido una buena ocurrencia..... Sí por cierto.....

Gervasia se quedó algo aturdida con aquel recibimiento de su esposo y como le pareció que estaba de buen humor se atrevió à decirle.

—Ya sabes que tenemos que ir allá para lo cual debemos de darnos prisa. Aun podremos llegar à tiempo para ver algo.

—No puedo levantarme estoy pegado à la banquetta le dijo el plomero siempre en tono de broma ¡A ver si

puedes levantarme! ¡tírame del brazo con toda tu fuerza! ¡Más fuerte!..... ¿Ves?..... Ese bribon del tío Colombe me ha clavado en la banquetta.....

Gervasia se prestò à esta broma, y cuando le soltó el brazo los camaradas se rieron à mas no poder. Coupeau abria tanta boca que se le veía la garganta.

—Siéntate un momento mala rés, dijo al fin. Has de saber que no he vuelto à casa, porque he tenido mucho que hacer. Con incomodarte no has de conseguir nada. ¡Vamos! ¡haced vosotros sitio!.....

—Si la señora quiere aceptar mis rodillas, dijo galantemente Mess Bottes, estará mas blanda.

—Gervasia para no llamar la atencion, tomó una silla y se sentó à tres pasos de la mesa, pasando revista à los camaradas de su marido. Bee-Salé, tan repugnante y horrible como siempre, se entretenia mientras hablaba en dibujar con el dedo sobre la mesa en gruesos caracteres el nombre de Eulalia. Bibi la Grillade le pareció más seco que un espárrago y Mess Bottes tenia la nariz como una dalia azul de Borgoña. Los cuatro estaban à cual más súcios, con sus blusas andrajosas y sus barbas feas y mojadas como escobas de retrete. Sin embargo, aunque estaban allí desde las seis, aun se podia estar un rato en su compañía. Gervasia vió otros dos delante del mostrador, tan borrachos, que en vez de echarse à la boca el líquido que tenian en los vasos se lo echaban por la camisa. Hacia bastante calor y el humo de las pipas subia en medio de la claridad del gas formando una atmósfera polvorienta que cada vez se espesaba más y de la que salian confundidas voces cascadas, choque de vasos, juramentos y puñetazos. La

planchadora se ahogaba, quemábanle los ojos y acabó por ponerse de mal humor ante aquel espectáculo, al que no estaba acostumbrada. Después experimentó una sensación de malestar mas inquietante à su espalda. Volvióse y apercibió el alambique, que funcionaba en el estrecho patio cubierto de cristales, en medio de una semi-oscuridad, con trepidación regular, grave y dibujando en la pared del fondo sombras monstruosas y gigantescas.

—Oye tú, Marizápalos, ¡pon otra cara mejor que esa!..... ¡Aquí queremos gente alegre!..... ¿Qué quieres beber?.....

—Nada, respondió la planchadora, porque no he comido aún.

—Con más razón, una copita aplaca el hambre.

Pero como ella siguiese seria, Mes Bottes se mostró galante de nuevo.

—A la señora le gustarán las cosas dulces, murmuró.

—A mi me gustan los hombres que no se emborrachan, contestó incomodada. Sí, me gusta que se lleve la paga à su casa y que se tenga palabra cuando se promete algo.

—¡Ah! ¿te incomodas por tan poco? dijo el plomero sin dejar de reir. ¿Quieres tu parte? Entonces ¿por qué te niegas à aceptar el convite? Todo lo que tomes va en beneficio tuyo.

Ella le mirò fijamente con aire serio y respondió lentamente.

—Tienes razón, es una buena idea. Así nos beberemos juntos el dinero.

Bibi la Grillade se levantó para ir à buscar un vaso de anisete, y ella acercó su silla à la mesa. Mientras buscaba el licor, se acordó de la primera vez que entró con Coupeau en aquella taberna à tomar una ciruela.

¡Cuánto habian cambiado los tiempos! El anisete le pareció muy bien aunque demasiado dulce. Mientras lo saboreaba oía à Bec Sale contar sus relaciones con Eulalia, una mugerona que vendía pescado por las calles, y que tenía muy buen olfato para olerle en las tabernas, no le dejaba vivir en paz y andaba siempre tras él para que no faltara al taller, y el día anterior le habia tirado à la cara un pescado. Bibi la Grillade y Mes Bottes reventaban de risa, y dando à Gervasia amistosas palmadas en el hombro, le aconsejaban que imitase à Eulalia, que trajese sus planchas y le repasase las orejas à Coupeau.

—¡Así me gusta! dijo Coupeau volviendo la copa que habia vaciado su muger. ¡Bebes al pelo!.....

—¿Quiere vd. repetir? dijo Bec Salé.

Ella contestó que nó. Sin embargo, vacilaba.

El anisete le hacia cosquillas en el pecho, pero ella hubiera querido algo más fuerte para calentar el estómago, y echaba miradas oblicuas à la máquina de emborrachar situada à su espalda. Aquella inmensa marmita de voluminoso abdomen le inspiraba miedo y deseo.

—¿Qué beben vds? preguntó à los hombres con fingida sencillez, y con la vista inflamada por el color de oro de sus vasos.

—Esto, vieja mia, es el aguardiente de papá Colombe..... ¿Quieres probarlo?

— Cuando le pusieron delante una copa y sus mandíbulas se contrajeron al tomar el primer trago, el plomero añadió.

— ¿Qué tal? ¡Esto cepilla el gaznatel... ¡Bébelo de un golpe!..... Cada copa es un Napoleon menos para el bolsillo del médico.

Al segundo vaso Gervasia dejó de sentir el hambre que la atormentaba. Hizo las paces con Coupeau y le perdonó su falta de palabra. Otro día irían al circo. Sentía un calor agradable y un bienestar que se apoderaba de sus miembros. Refase sola puesta de codos sobre la mesa, divirtiéndose con dos borrachos que se estaban besando con enternecimiento en una mesa próxima. El olor de la taberna no le molestaba ya; antes al contrario, le parecía agradable; sus párpados se iban cerrando como si se apoderase de ella un lento sueño. Después del tercer vaso dejó caer la barba en las manos y ya no vió más que à Coupeau y à sus camaradas, y así permaneció entre ellos con el rostro inflamado por sus vinosos alientos, mirando sus barbas súcias como si se entretuviese en contar los pelos. Los cuatro estaban à cuál más borracho. Mes Bottes babeaba fumando su pipa sério y grave. Bibi-la-Grillade enseñaba cómo se vacía un litro de un trago. Entre tanto, Bec Salé fué al mostrador por un torniquete y se puso à jugar con Coupeau.

Gervasia prestaba atención al juego, bebía como un mosquito y llamaba à Mes Bottes "hijo mío." Detrás de ella funcionaba el alambique con un ruido de arroyuelo subterráneo. En torno suyo todo iba poniéndose confuso y dando vueltas. Las luces de gas parecían es-

trellas volantes. La planchadora, en fin estaba borracha. En medio del trastorno de sus ideas, oía una disputa acalorada entre Bec Salé y el tío Colombe. De pronto se movió gran estrépito de gritos, mesas caídas pescozones. Era que el tabernero, sin andarse con miramientos, los echaba fuera en un abrir y cerrar de ojos; desde la puerta le dirigieron mil insultos con el mismo resultado que si se los hubieran dirigido à un muerto. Seguía lloviendo y corría un vientecillo helado.

Gervasia perdió à Coupeau, le volvió à encontrar, y le volvió à perder. Quiso volver à su casa, y al fin lo consiguió después de andar, como quien dice, agarrándose à las paredes. Al entrar pasó como una flecha por delante de la portería donde estaban los Poisson y los Lorilleux que hicieron un gesto de repugnancia al verla en aquel estado.

Nunca llegó à saber cómo había subido hasta el sexto piso. Al entrar en el corredor, la pequeña Eulalia que la oyó subir, salió à su encuentro, diciéndole con cariñoso acento:

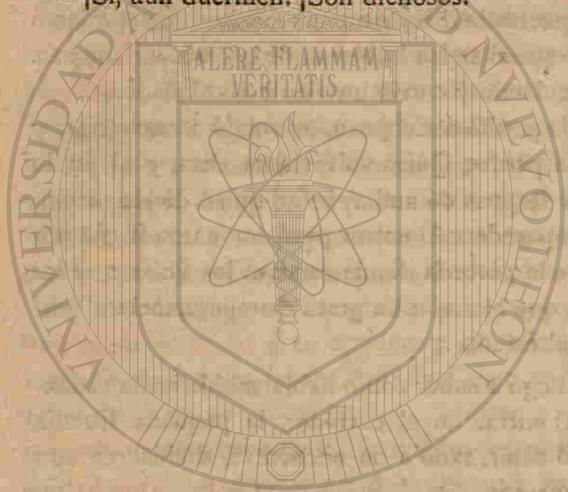
— Señora Gervasia, mi padre no ha vuelto todavía, ¡venga vd. à ver dormir à mis niños!..... ¡Oh qué, gracias están!

Pero al ver el rostro estúpido de la planchadora, retrocedió y tembló. En aquellos ojos sin brillo y aquella boca convulsa, se veía el sello repugnante del aguar-diente. Entonces Gervasia, pasó dando traspiés sin decir ni una palabra, mientras la niña la seguía con su mirada muda y grave.

Cuando estuvo en la habitación de Eulalia, se quedó un rato parada como si viniera à su pensamiento algun

recuerdo de sus pasados tiempos. A Eulalia parecía aquella muger un monstruo mas, en el camino del vicio. Despues de un largo instante y de un profundo silencio Gervasia avanzó hácia el lecho donde Julio y Enriqueta dormian, y exclamó con frases entrecortadas.

—¡Sí, aún duermen! ¡Son dichosos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

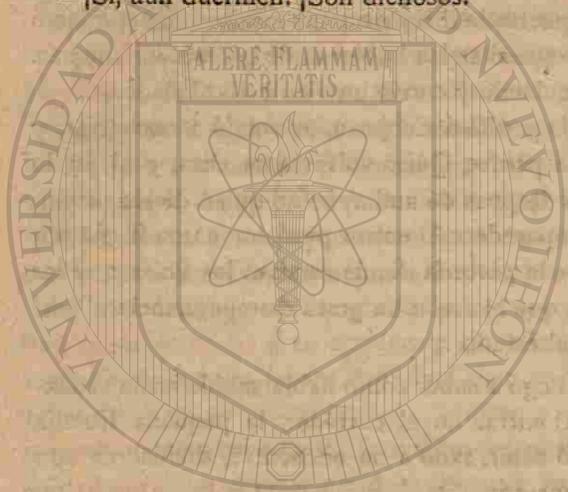
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

Nana crecía y se desarrollaba. A los quince años estaba hecha una muger hermosísima, de blanquísimo cutis y de redondeadas y magníficas formas. Su encandor rostro era una mezcla de leche y rosas, su piel aterciopelada como la del albérchigo, su nariz graciosa, su boca una rosa abierta, y sus ojos dos brillantes focos donde los hombres sentían deseos de encender su pipa. Su abundante cabellera rubia, del color de la avena fresca, parecía haber arrojado polvos de oro sobre sus sienas. ¡Oh! era una linda muñeca, una mocosa que por su edad debía estar aún jugando al corro, pero tuyas elegantes formas despedían el perfume de la muger perfecta.

recuerdo de sus pasados tiempos. A Eulalia parecía aquella muger un monstruo mas, en el camino del vicio. Despues de un largo instante y de un profundo silencio Gervasia avanzó hácia el lecho donde Julio y Enriqueta dormian, y exclamó con frases entrecortadas.

—¡Sí, aún duermen! ¡Son dichosos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

Nana crecía y se desarrollaba. A los quince años estaba hecha una muger hermosísima, de blanquísimo cutis y de redondeadas y magníficas formas. Su encandor rostro era una mezcla de leche y rosas, su piel aterciopelada como la del albérrigo, su nariz graciosa, su boca una rosa abierta, y sus ojos dos brillantes focos donde los hombres sentían deseos de encender su pipa. Su abundante cabellera rubia, del color de la avena fresca, parecía haber arrojado polvos de oro sobre sus sienas. ¡Oh! era una linda muñeca, una mocosa que por su edad debía estar aún jugando al corro, pero tuyas elegantes formas despedían el perfume de la muger perfecta.

Ya no se metía bolas de papel en el corsé. Habíanle nacido dos lindos pechos de raso blanco, pero no estaba contenta, porque como la juventud es inmoderada en sus deseos, ella hubiera querido tenerlos como una nodriza. Había contraído la fea costumbre de sacar la punta de la lengua por entre sus blancos dientes, sin duda por haberse mirado en el espejo, y esto aumentaba sus atractivos. Todo el día estaba sacando la lengua.

—¡Esconde esa lengua! le decía su madre. Y á veces era preciso que Coupeau tomase Cartas en el asunto y le amenazase con palabrotas y juramentos.

A pesar de esto, cada vez se mostraba mas coqueta. Usaba siempre botas tan estrechas, que sufría un verdadero martirio, y si la preguntaban qué tenía, cuando la veían amoratada, respondía que un cólico, por no confesar su coquetería. Cuando no había en casa para pan, érale difícil componerse. Entonces hacía milagros trayendo cintas del taller y arreglando de una manera inverosímil sus viejos vestidos. El verano era la estación de sus triunfos; con una bata de percal de seis francos, iba á paseo los domingos, y llenaba todo el barrio de la Gota de Oro con el esplendor de su belleza rubia. Desde los boulevares exteriores, hasta las fortificaciones, y desde la calzada de Clignancour, hasta la calle de la Chapelle conocíanla con el nombre de la "pollita."

Tenía, sobre todo, una bata que la sentaba á las mil maravillas, era blanca con lunares de color de rosa y sin adornos, algo corta por delante para que se le vieran los piés; las mangas perdidas dejaban en descubierto

sus torneados brazos, y el descote en forma de corazon, que por cierto se lo arreglaba en la escalera con alfileres para evitar los bofetones de Coupeau, mostraba la nieve de su cuello y el nacimiento de su seno. Su cabeza no llevaba mas adorno que una cinta de color de rosa anudada por debajo de la nuca alrededor de sus rubios cabellos. Era un ramillete de hermosura que despedía mezclados el perfume de la niña y de la mujer.

Los domingos fueron para ella por aquel tiempo dias de cita con la multitud, con todos los hombres que pasaban por su lado y le echaban alguna flor. Esperábalos toda la semana, ardiendo en deseos de pasearse al aire y al sol entre la muchedumbre dominguera de los boulevares. Levantábase por la mañana y permanecía horas enteras en camisa delante de un espejuelo colgado encima de la cómoda, y como todos los de la casa podían verla por la ventana, su madre se incomodaba y la reprendía. Pero ella, con la mayor tranquilidad, se arreglaba sus "caprichos," pegándolos en la frente con agua azucarada, cosía los botones de sus botitas ó daba un punto á su bata, con las piernas desnudas, la camisa caída y los cabellos en desórden. Coupeau la llamaba por broma "María Magdalena," y decía que podía pasar muy bien por muger salvaje y enseñarla por dos cuartos. La verdad es que estaba encantadora. Blanca como el armiño, rabiando hasta el punto de que se coloreaba de rosa, no atreviéndose á contestar á las bromas pesadas de su padre, y rompiendo á veces el hilo con los dientes, presa de un sacudimiento nervioso.

Después de almorzar bajaba al patio. La paz del do-

mingo tenia como dormida la casa, y los talleres estaban cerrados. Allí, en medio del silencio, solo interrumpido por el canto de alguna vecina, se armaban partidas de volante entre ella, Paulina y otras zagalonas. Eran en junto cinco ó seis de la misma edad, reinas de la casa, que se dividian las miradas de los hombres que entraban ó salian.

Pero estas partidas de volante no eran mas que un pretexto para escaparse, y entónces la casa volvía á quedar en silencio. Ellas se deslizaban silenciosas por la acera hácia los boulevares; allí las seis, cogidas del brazo y ocupando toda la calzada, paseaban y coqueteaban á sus anchas. En medio de la multitud grave y silenciosa que paseaba entre los arbolillos del boulevard, corrian de este modo desde la barrera de Rochecouart hasta la de San Dionisio, atropellando á la gente, cortando los grupos y lanzando á los transeuntes picarescas frases, acompañadas de ruidosas risas. Sus vestidos dejaban tras sí la insolencia de su juventud.

Nana ocupaba el centro, cogida del brazo de Paulina; y como las dos eran las mas crecidas y las mas descaradas guiaban la banda. Ambas ponian en práctica planes complicados para hacer conquistas. Cuando corrian hasta quedar sin aliento, era para enseñar sus blancas medias y hacer flotar las cintas de su tocado. Cuando se detenian figiendo estar sofocadas, era que habian encontrado por allí alguno de sus amigos del barrio, y entónces caminaban lánguidamente y miraban á hurtadillas. A lo mejor se paraban á hablar con jóvenes obreros de veinte años, que las echaban á la cara

el humo de sus cigarros. Estos jóvenes habian nacido y educádose con ellas; pero entre ellas cada una escojia el que mas le gustaba. Paulina tenia relaciones con un hijo de la Sra. Gaudron, de unos diez y seis años, carpintero, y Nana con Víctor Fauconnier, el hijo de la planchadora. Pero aquellos entretenimientos no pasaban de darse algun beso á hurtadillas, pues las muchachas eran demasiado viciosas para cometer una torpeza.

Al caer el sol, el mayor placer de todas aquellas polluelas era pararse á ver todos los titiriteros y escamoteadores, que mostraban sus habilidades ante un círculo de paletos, extendiendo en el suelo un raído y súcio tapiz. Nana y Paulina se estaban horas enteras de pié en lo mas apretado de la concurrencia, recibiendo en sus brazos y cuellos desnudos el apestado y vinoso aliento de los concurrentes, sin experimentar la menor repugnancia. Parecía que allí estaban en su centro. En torno suyo oíanse palabrotas groseras, indecencias de marca mayor y reflexiones de borrachos. Aquella era su lengua, conocíanla á fondo, y ninguna de aquellas desvergüenzas alteraban la diáfana palidez de su aterciopelada piel.

Lo único que las contrariaba era el encontrar á sus padres, sobre todo, cuando estaban bebidos.

Siempre estaban alerta para avisarse mutuamente.

A lo mejor, decia Paulina:

—Nana, ahí viene papá Coupeau.

—Pues entónces escurro el bulto, decia Nana fastidiada, porque no quiero que me sacuda las pulgas.....
¡Cuándo querrá Dios que nos deje descansar!.....

Otras veces cuando no le daba tiempo á escabullirse, se agachaba detrás de sus amigas y decia:

¡Ocultadme vosotras!. Me ha prometido darme una solfa si me coge.

Un día, sin embargo, á pesar de sus tretas, Boche se llevó á Paulina de las orejas y Coupeau á Nana á puntapiés.

Entre tanto, Nana habia pasado de aprendiz á oficiala, y ganaba dos francos en el taller de la calle del Cairo. Los Coupeau no querian que se saliese de allí para que siguiese bajo la vigilancia de la Sra. Lerat, que desde hacía diez años ocupaba el puesto de primera oficiala en dicho taller. Por las mañanas le daban veinte minutos para llegar al obrador, y su tía tenia el cuidado de decir luego á sus padres si habia tardado ó no. Pocas veces llegaba á tiempo, aunque encendida y sin aliento, como si hubiese corrido mucho. Con frecuencia se retrazaba siete ú ocho minutos; cuando esto ocurría, estaba todo el día haciendo caricias á su tía, y procuraba tenerla contenta para que no hablase por la noche. La Sra. Lerat, que comprendia la juventud, mentía á los Coupeau; pero en cambio sermoniaba de lo lindo á Nana, acerca de los peligros á que una jóven está expuesta en las calles de Paris, y de la responsabilidad que pesaba sobre ella. La viuda no dejaba vivir á la muchacha, estimulada por el deseo de guardar su inocencia.

—Mira, le decia, es preciso que me lo cuentes todo. Yo soy demasiado buena para tí; y si te sucediese una desgracia, no sé lo que seria de mí. Si te hablan los hombres en la calle, es preciso que me lo repitas

todo lo que te digan, sin olvidar ni una palabra. ¿Estás? ¿No te han dicho aún nada? . . . ¿me lo juras?—

Nana contestaba con maliciosa sonrisa que los hombres no le decian nada porque iba siempre muy de prisa. Además, ¿qué le habian de decir? Ella no tenia nada que ver con los hombres. Cuando tardaba decia que habia estado viendo unas estampas. Ya podian seguirla si querian, pues nunca se apartaba de la acera, y andaba mas de prisa que todas sus compañeras. Un día, sin embargo, la sorprendió la Sra. Lerat, en compañía de otras tres floristas en la calle de Petit Carreau riéndose de un hombre que se estaba afeitando en una ventana, pero ella juró y perjuró muy seria que justamente iba á comprar un panecillo en la panadería de enfrente.

—¡Oh! ¡no tengan vds. cuidado! decia la viuda á los Coupeau, yo vigilo y respondo de ella como de mí.

El obrador de la calle del Cairo estaba situado en el entresuelo, en una gran habitacion, con un tablero colorado sobre unos caballetes en el centro. Alrededor de una habitacion habia una anaquelera atestada de cajas de carton, paquetes y modelos antiguos, cubierto todo por una espesa capa de polvo. Habia dos grandes ventanas, por las que sin moverse de su sitio, podian ver las oficialas á los transuentes que desfilaban por la acera de enfrente.

La Sra. Lerat, para dar ejemplo, llegaba la primera. Después durante un cuarto de hora, iban llegando las demas.

Una mañana de Julio entró Nana la última, lo cual en ella no era extraño.

—¡Cuando tenga coche, dijo, no pasaré estos malos ratos!

Y sin quitarse el sombrero, se asomó á la ventana y miró descaradamente á un lado y á otro de la calle.

—¿Qué miras? le preguntó la desconfiada Sra. Lerat. ¿Ha venido tu padre á acompañarte?

—No, contestó Nana tranquilamente. Miro únicamente..... que hace un calor horrible, y que se expone una á coger un tabardillo.

La mañana, en efecto, era muy calurosa, las oficialas bajaron las persianas y se pusieron á trabajar al fin en torno de la mesa, cuya única cabeñera estaba ocupada por la Sra. Lerat. Eran ocho y cada una tenia delante su tarrito de cola y sus demas útiles. El centro estaba ocupado por multitud de alambres, bobinas, papel de colores, hojas y pétalos de rosa y terciopelo.

—¿No saben vds. dijo Leonía, una linda morena. sin dejar su trabajo, lo que le sucede á la pobre Carolina con ese muchacho que venia á esperarla todas las noches?

Nana que estaba cortando unas tiras de papel verde preguntó á su vez:

—¿Quién? ¿Ese que se la estaba pegando continuamente?

Todas soltaron la carcajada, y la Sra. Lerat dijo á su sobrina con tono severo:

—¡Niña! ¡Niña! ¿Qué palabras son esas? ¡Ya se las diré á tu padre á ver que le parecen!.....

De pronto dijo Leonía á las demas en voz baja:

—¡Cuidado! ¡la maestra!

En efecto, entró la Sra. Titreville. que generalmente estaba abajo en la tienda. Las oficialas le temian por que no era amiga de bromas. Dió lentamente la vuelta á la mesa, reprendió á una de las oficialas y se volvió á salir tan espetada y tiesa como habia subido.

Pasados algunos minutos, volvieron á estallar las risas interrumpidas.

—¡Señoritas! ¡Señoritas!..... dijo la Sra. Lerat. Me obligarán á tomar otras medidas.....

Pero ninguna le hizo caso, porque no le temian. Se mostraba demasiado tolerante con aquellas muchachuelas, sentia gran placer en que le contaran sus aventuras amorosas, y hasta las echaba las cartas algunas veces. Lo único que no podia sufrir era las palabras indecentes; con tal que no se empleasen dichas palabras se podia decir todo.

Verdaderamente, dadas las disposiciones de Nana, no habia nada mas á propósito para su desarrollo que la vida del taller y el estar en contacto con una porcion de muchachas que llevaban ya impreso el sello de la miseria y del vicio. Unas con otras se echaban á perder todas. En cuanto se veían dos solas se empezaban á contarse indecencias. Por la noche al salir del taller era la hora de las confidencias; referíanse historias capaces de poner los pelos de punta. Otra cosa habia todavia peor para Nana y para las que como ella no habian comido del fruto prohibido, y era el olor de burdel y de noches poco católicas que despedian de sí ciertas oficialas de costumbres más libres. La pereza y flojeidad que naturalmente siguen á una noche consagrada

al placer, las orejas, á las que la Sra. Lerat llamaba honestamente los puñetazos del amor, y el enronquecimiento de la voz, formaban un ambiente de perversión entre el esplendor y fragilidad de las flores artificiales. Nana experimentaba una especie de embriaguez cuando estaba al lado de alguna que ya le había visto las orejas al lobo. Por mucho tiempo estuvo sentándose al lado de una llamada Lisa, porque oyó decir que estaba embarazada, y la miraba con ojos relucientes como si esperase verla hincharse y estallar de un golpe.

—¡Aquí se ahoga una! murmuró acercándose á la ventana como para bajar la persiana. Pero en realidad fué para mirar á derecha é izquierda como ántes. En aquel momento Leonía, que estaba mirando un homparado en la acera de enfrente, exclamó:

—¿Qué hace ahí ese viejo? Hace un cuarto de hora que no quita la vista de aquí.

—¡Será algun Tenorio trasnochado! ¡Nana, ven á sentartel Ya sabes que te tengo prohibido asomarte á la ventana.

La jóven volvió á su trabajo y todas las oficialas hablaron del viejo. Era un señor bien vestido, de unos cincuenta años, de aspecto muy grave y respetable. Durante una hora no quitó los ojos de las persianas del obrador.

—¡Toma! ¡y tiene gemelos!.... hizo notar Leonía. ¡Oh! debe ser un hombre *chic*.....De seguro debe estar esperando á Agustina.

Pero Agustina que era una rubia fea, contestó con actitud que no le gustaban los viejos y la señora Lerat murmuró con maliciosa sonrisa.

—Hace V. mal, hija mia, los viejos son mas cariñosos.

En aquel instante una regordeta que estaba junto á Leonía le dijo al oído una palabra, y esta se echó atrás en la silla riendo á más no poder, sin dejar de mirar al viejo y tartamudeando.

—¡Eso es! ¡eso es!... ¡Qué desvergonzada es esta Sofía!...

—¿Qué ha dicho? ¿qué ha dicho? preguntaron todas.

Leonía, limpiándose las lágrimas que se le habían saltado con la risa, contestó.

—¡No se puede repetir!

Como insistiesen y ella se negase, Agustina le pidió que se lo dijese al oído. Al fin accedió, y lo que quiera que fuese, produjo igual hilaridad en Agustina. El secreto fué pasado así de una á otra en medio de exclamaciones y risas ahogadas. Solo la señora Lerat se quedó á oscuras, lo cual la incomodó bastante.

—Lo que están VV. haciendo, señoritas, dijo, es una falta de educacion. Cuando hay gente delante no se habla al oído.....¡Siempre habrá sido una indecencia!

Sin embargo, no se atrevió á pedir que la dijesen lo que era á pesar de su gran curiosidad y durante un corto rato estuvo con la cabeza inclinada y con aire de dignidad regalándose con la conversacion de las oficialas. La menor palabra que decía cualquiera de ellas relativa al trabajo, la tomaban las demas en otro sentido aplicándole una significacion indecente; todo eran alusiones al viejo de la acera, y así fué subiendo de punto la conversacion, tomando cada vez un color más subido.

do. La Sra. Lerat no podía incomodarse, pues no empleaban ninguna frase desvergonzada, antes al contrario, aumentó la algarazara y broma diciendo:

= Señorita Elisa, mi fuego se ha apagado, hágame vd. favor del suyo.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! gritaron todas, ¡el fuego de la Sra. Lerat se ha apagado!

Ella empezó á decir:

—Cuando vds. tengan mi edad....

Pero nadie le atendía, y hablaban de llamar al que estaba haciendo el oso en la acera para que encendiese el fuego de la Sra. Lerat.

En esto se marchó el viejo, y el obrador volvió á recobrar la calma. Cuando dieron las doce, todas se levantaron disponiéndose á almorzar. Nana que se había vuelto á asomar á la ventana, dijo que iba á bajar á traer lo que fuese necesario. Leonfa le encargó unos langostinos. Agustina, patatas fritas, Elisa, rábanos y Sofía una salchicha, y cuando se disponía á bajar, la Sra. Lerat, á quien le había llamado la atención aquel día su afán por asomarse á la ventana, le dijo:

—Espera, voy contigo, necesito una cosa. Pero hé aquí, que al bajar encontró al viejo dirigiendo una mirada significativa. La muchacha se puso como la grana. Su tía la cogió del brazo y la hizo trotar por la acera, mientras el viejo aceleraba á su vez el paso. ¡Hola! ¡con que el bribon venia tras de Nana!..... ¡Vaya unas costumbres!..... ¡Traer á los quince años y medio hombres pegados á sus faldas!..... La Sra. Lerat le hizo mil preguntas, pero Nana se la echaba de ino-

cente; solo sabia que en cuanto ponía el pié en la calle se encontraba al viejo, y que éste era fabricante de botones de hueso. La viuda se volvió y miró al que las seguía, con el rabo del ojo.

—Se conoce que tiene buena posicion, murmuró. Oye, hija mia, es preciso que me lo cuentes todo. Ahora nada tienes que temer.

Mientras hablaban iban corriendo de tienda en tienda y comprando los encargos que le habían hecho. Terminadas las compras, volvieron al obrador dirigiendo de cuando en cuando á su perseguidor miradas y sonrisas.

—¡Es muy distinguido! declaró la vieja, ¡Si viniese con buenas intenciones!.....

De pronto y mientras subían la escalera, dijo á su sobrina:

—Dime, ahora que me acuerdo, ¿qué era lo que hace poco os deciais al oido en el obrador?.....

Nana no se hizo del rogar, y le dijo al oido lo que era. La cosa era tan fuerte, que la Sra. Lerat se contentó con mover la cabeza y hacer una mueca de asombro.

Las floristas, para no manchar la mesa, comían teniendo el almuerzo sobre las rodillas. En tres bocados despachaban sus frugales manjares, prefiriendo gastar la hora del almuerzo en asomarse á la ventana y ver la gente que pasaba, y en hacerse mútuas confiancias. Aquel día quisieron averiguar dónde estaba oculto el viejo desde por la mañana, pero decididamente había desaparecido. La Sra. Lerat y Nana se dirijian miradas significativas. Ya pasaban diez minutos de la hora y las

oficialas no parecían muy dispuestas á trabajar, cuando una seña de Leonfa les advirtió la proximidad de la maestra. Inmediatamente todas se sentaron, poniéndose á trabajar, y la Sra. Titreville entró á dar una vuelta segun costumbre.

A partir de aquel dia, la Sra. Lerat no dejó á sol ni á sombra á su sobrina, poniendo por excusa su responsabilidad. Esto fastidiaba algo á Nana; pero al mismo tiempo la lisonjeaba el ser guardada como un tesoro.

Las conversaciones que ambas tenian por la calle la excitaban y hasta le daban ganas de dar el salto. ¡Oh! su tia comprendía muy bien el sentimiento: hasta el fabricante de botones, con su edad y su aire de respetabilidad, era una garantía, porque despues de todo, el sentimiento arraiga mas pronto en las personas de edad madura. Una noche, la viuda se acercó al viejo y le dijo con la mayor sequedad, que lo que hacia no estaba bien. El la saludó cortesmente sin responder, como viejo libertino acostumbrado á las inconveniencias de los parientes.

Pero sucedió un dia, en la calle de Faubourg Poissonniere, que el fabricante de botones se atrevió á meter la nariz entre tia y sobrina para decir cosas que nadie hubiera esperado de él, y la Sra. Lerat aterrada, se lo contó todo á su hermano. Entónces hubo toros y gallos en casa de los Coupeau. Por de pronto, el plomero dió una solemne paliza á Nana. ¡Pues no faltaba más sino que á la mocosa le diese por los viejos y pretendiese deshorrar á la familia! Prometió darle algo que no le gustase si llegaba á sorprenderla en el más ligero renuncio, y él se encargó de vigilarla en adelan-

te. Tan pronto como entraba en casa, la miraba y remiraba oliéndola, como si quisiese descubrir hasta por el olfato alguna cosa. Una noche le suministró una solfa regular porque le vió en el cuello una mancha negra. La bribonzuela dijo que era un cardenal que le habia hecho Leonfa jugando. Nana, castigada por cosas que no habia hecho y maltratada por las acusaciones abominables de su padre, mostraba una sumision hipócrita.

—¡Déjala tranquila! repetia continuamente Gervasia más razonable. A fuerza de hablarle de esas cosas, acabarás por darle ganas de hacerlas.

En efecto, así era. Tanto repetia ciertas ideas, que otra jóven mejor educada hubiera sentido encenderse sus deseos. Es más, con su torpe lenguaje le enseñó muchas cosas que ella no sabia aún. Una mañana la sorprendió Coupeau dándose en la cara algo que tenia envuelto en un papel. Eran los polvos de arroz con los que habia tomado el mal gusto de embadurnar su satinada piel. Refrególe el papel por la cara, llamándola moza del molino. Otra vez trajo unas cintas rojas para arreglar el viejo sombrero que ya se avergonzaba de llevar, y él preguntó furioso que de dónde habian salido aquellas cintas, llamándola ladrona ú otra cosa peor.

Como se vé, Coupeau no tenia ningún miramiento ni guardaba ninguna conveniencia al castigar á Nana. Con frecuencia se equivocaba, y sus injusticias exasperaban á la muchacha.

Miéntas tanto, en la calle de la Gota de Oro todo el mundo conocia ya al viejo de la fábrica de botones.

Seguia mostrándose muy corts y algo tímido, pero obstinado y paciente, sin desistir de su persecucion. Los Lorilleux estaban escandalizados al verle siempre en las escaleras, y los Boche se compadecian de la suerte del pobre señor, hombre tan respetable, al verle enamorado de una muchachuela sin mérito.

Durante el primer mes, Nana se divirtió lindamente con el viejo, burlándose de su facha ridícula. Llamábale viejo verde y polichinela.

Despues, á fuerza de encontrarle continuamente á su paso, no le pareció tan mal. Sin embargo, sentia hácia él tal miedo, que hubiera gritado si le hubiera visto aproximarse. Cuando se detenía ante el escaparate de un joyero, sin saber ni cómo ni cuándo encontrábasele á su lado ofreciéndole con frases insinuantes cruces de oro, pendientes de coral y otras joyas. Aunque ella no las ambicionaba, iba ya cansándose de ir siempre vestida de andrajos remendados y de caminar siempre en invierno y verano entre el polvo y el barro salpicado por los carruajes, cegada por el resplandeciente lujo de los trenes, y á veces atormentado su estómago por el hambre. Estos contrastes inspirábanle deseos de ir bien vestida, de comer en los restaurants, de ir al teatro y de tener una habitacion con hermosos muebles. Deteniase á lo mejor, pálida de deseo, en medio de la calle, sintiendo subir del suelo de Paris un calor que invadía todo su cuerpo y un apetito feroz de gustar todos aquellos goces que insultaban su pobreza en medio de la confusion de los boulevares. Sin embargo, el horror que sentia hácia los hombres y el miedo que le

inspiraba el viejo, le hacian resistir á la tentacion, á pesar de su naturaleza viciosa.

Pero cuando llegó el invierno la vida se hizo imposible en casa de los Coupeau. Todas las noches recibia Nana una paliza. Ademas se comia poco y era cosa de morir de frio. Si la pequeña se compraba un lazo, un alfiler, unos jemelos ú otra cosa por el estilo, sus padres se lo quitaban para venderlo. Lo único que tenia suyo era su renta de golpes y un mal jergon sobre el que pasaba las noches tiritando de frio, teniendo por único abrigo sus miserables vestidos.

Aquella vida era insoportable y ella no queria dejar allí su piel. Gervasia se habia entregado por completo á la bebida, y se pasaba las horas muertas en la taberna del tio Colombe en compañía de Coupeau y sus amigos.

Un sábado al volver Nana á su casa encontró á sus padres en un estado abominable. Coupeau roncaba, atravesado en la cama. Gervasia, sentada en una silla, dirijia hácia todas partes miradas vagas é inquietas. Una vela de sebo alumbraba la vergonzosa miseria de aquel tugurio.

—¿Eres tu, guñapo? balbució Gervasia, ¡ya te arreglará tu padre!

Nana no contestó; miraba el hogar sin lumbre, la mesa sin platos, la habitacion lúgubre, en la que aquel par de borrachos esparcian el olor de su embrutecimiento. Sin quitarse el sombrero y con los dientes apretados por la ira abrió de nuevo la puerta y se marchó.

—¿Vuelves á bajar? preguntó su madre sin poder volver la cabeza.

—Sí, se me ha olvidado una cosa, pero vuelvo enseguida.

En efecto, no volvió. Al día siguiente, los Coupeau, libres de la borrachera, se tiraron los trastos á la cabeza achacándose uno á otro la huida de Nana. Aquel fué un golpe que aplastó mas á Gervasia. Para sobre llevarlo se emborrachó tres dias seguidos, sin que se le callese de la boca los mayores insultos á su hija. Coupeau, despues de haber andado por los boulevares exteriores examinando de cerca á todas las muchachas que pasaban, se quedó tan tranquilo como si tal cosa; sin embargo, cuando estaba sentado á la mesa se levantaba á lo mejor con un cuchillo en la mano gritando que estaba deshonorado, pero luego se volvía á sentar y seguía comiendo.

En la casa, donde á cada momento estaba sucediendo otro tanto, á nadie llamó la atención aquel accidente, pero los Lorilleux estaban contentos porque se habian cumplido sus predicciones respecto á la muchacha.

—¿No saben vds. lo que hay? dijo un dia la Sra. Lorilleux en la portería donde estaba reunida la comarisa tomando café. ¡Pues bien! ¡sepan que la coja ha sido la que ha vendido á su hija!..... Para mí es tan claro como la luz del dia.

Mientras acabaron el café discutieron el punto en cuestion. Despues de todo, era posible que así fuese

pues cosas mas grandes se veian, y todo el mundo acabó por creerlo.

Gervasia, entre tanto, se habia puesto, como quien dice, el mundo por montera, y aunque en la calle la hubieran llamado ladrona, no hubiera vuelto la cabeza. Desde hacia un mes no trabajaba en casa de la señora Fauconnier, de donde la habian echado al fin para evitar disputas, y despues de recorrer en pocos dias ocho talleres de planchadora, de los que la despidieron igualmente porque todo lo ensuciaba y echaba á perder decidió dejar el oficio y ponerse á lavar á jornal en el lavadero de la calle Nueva. A pesar de este trabajo y de las hambres que pasaba, engordaba cada dia más y la cojera se hacia mas visible.

Cuando una persona deciendo tan bajo, el orgullo desaparece; así es que Gervasia habia prescindido por completo de sus antiguas altiveces, coqueterías y sentimientos de conveniencia y decoro. Lantier la abandonó por completo y ella casi no se apercibió de ello. Ni aun le alteraban en lo mas mínimo las relaciones del sombrerero con Virginia. Estos no se recataban ya de nadie é iban dando buena cuenta de la nueva tienda. Mientras el pobre Poisson hacia su servicio de noche tiritando en las desiertas aceras, su muger y su amigo se la pegaban con la mayor tranquilidad, y todo el mundo encontraba aquello muy bien y reía la gracia. Como siempre seguía sin trabajar y hablando de sus grandes proyectos; ahora traía entre manos un proyecto de un sombrero paraguas, y prometía á Poisson darle parte en los beneficios, pidiéndole de cuando en cuando alguna que otra moneda de veinte francos para

los experimentos. Miétras esto llegaba, su boca iba fundiendo la tienda, pues como buen provenzal, nunca se hartaba de comer dulce.

Lantier, enternecido con aquel festin continuo, se mostraba paternal con Gervasia y le daba buenos consejos. Acusábala de haber sido golosa toda su vida. Pero como hay que tender la mano á las gentes, aunque no lo merezcan, procuraba proporcionarle algun trabajo. Así es que decidió á Virginia á que la llamase todos los sábados para fregar la tienda y las habitaciones, dándole por este trabajo un franco y medio. Gervasia desempeñaba con la mayor tranquilidad tan humilde y sucia faena, en aquella tienda donde con tanto orgullo había reinado en sus buenos tiempos.

Un sábado se hallaba Gervasia entregada á la referida ocupacion. Habia llovido los tres días anteriores y los piés de los parroquianos habian llevado á la tienda el barro de toda la calle y aun de todo el barrio. Virginia estaba sentada en el escritorio muy compuesta y emperegilada, y á su lado se hallaba Lantier con aire de amo de casa, el cual, por no perder la costumbre metia la mano en un bote de cristal lleno de pastillas de menta.

—¡Oiga vd. Sra. Coupeau! gritó Virginia que seguia con la vista el trabajo de Gervasia, ese rincon no se queda limpio. ¡Frótelo vd. mejor!

Gervasia obedeció. Arrodillada en tierra, en medio del agua sucia, despeinada y con el viejo vestido mojado y pegado á las carnes, parecia un monton de carne floja y muelle que iba de un lado á otro con arreglo á

los movimientos del cuerpo, asomándose á veces por los agujeros de su jubon. Sudaba de tal manera, que de su rostro caian gruesas gotas.

Virginia, algo echada hácia atrás con aire de princesa y con los ojos entornados, no perdía de vista el trabajo y seguia haciéndole alguna que otra observacion.

—Ahora un poco más hácia la derecha y mucho cuidado con las maderas..... ya sabe vd. que el último sábado no quedé contenta del todo.

Virginia debia gozar al ver á Gervasia arrastrándose á sus piés, porque sus ojos de gata despedian amarillos reflejos y miraba á Lantier con sonrisa de triunfo y de venganza. Al fin se vengaba de la antigua paliza del lavadero.

Entre tanto, se oia en la habitacion inmediata un ligero ruido de sierra cuando Gervasia paraba un momento. Por la puerta se veia, destacándose en medio de la triste luz del patio, á Poisson, que como estaba libre de aquel día, se consagraba á su pasion por las cajas.

—Oye, Badiangne, gritó Lantier, me quedo con esa caja para regalársela á una señorita.

Virginia le tiró un pellizco, pero él sin dejar de sonreir, se lo pagó con una caricia un poco atrevida para estar tan cerca su amigo.

—Justamente, dijo el agente de orden público, la destinaba para tí, Augusto, como un recuerdo de amistad.

—En ese caso, la conservaré como oro en paño, y hasta me la colgaré con una cinta al cuello, contestó riendo el sombrerero.

Después, como si esta idea despertase otra en su memoria, dijo bruscamente:

—¡A propósito! ayer en la noche encontré á Nana.

Bajo la influencia de la emoción que le produjo semejante noticia, Gervasia permaneció inmóvil unos momentos, llena de sudor y con el estropajo en la mano.

—¡Ah! murmuró únicamente.

Sí, bajaba yo por la calle de los Mártires, cuando me encontré de manos á boca con la muchacha cojida al brazo de un viejo..... y no le debe de ir muy mal, pues parecía muy contenta, y llevaba un lindo vestido de laña y una cruz de oro al cuello.

—¡Ah! repitió Gervasia con voz más sorda.

Lantier, que había dado fin á las pastillas de menta echó mano á otro bote y continuó:

—Al verme, me hizo seña de que la siguiese, con un aplomo que me admiró... Después dejó al viejo en un café, y volvió á donde yo estaba; me preguntó por todo el mundo y estuvo conmigo muy expresiva..... Estoy muy contento de haberla encontrado.....

—¡Ah! dijo por tercera vez Gervasia.

Esperaba á ver si su hija había dicho una palabra para ella, pero inútilmente. Lantier seguía chupando una pastilla sin acordarse de ella.

Pues yo, añadió Virginia, tirando otro pellizco al sombrero, si la viera venir por una acera echaria por la otra. Sí, me avergonzaria de que me saludase en público una muger de esa clase.....

Lantier, para calmar su enojo, aprovechó un momento en que Poisson no miraba para meterle una pastilla en la boca de Virginia. Entonces ésta sonrió, y volviendo su cólera contra la lavandera, le dijo:

—¡Vamos, despáchese vd!..... ¿Va á durar eso hasta la noche.

Gervasia se inclinó de nuevo y continuó su pesada y súcia tarea arrastrándose por el húmedo pavimento con el movimiento irregular de una rama entumecida.

Al cabo de un momento de silencio, Lantier dijo, dirigiéndose á Poisson:

—Oye. Badingue, ayer he visto á tu amo en la calle de Rivoli... ¡Qué estropeado está! ¡no dura seis meses! ¡Ya se ve, con la vida que lleva!.....

Estas palabras se referian al emperador, y Poisson contestó secamente.

—¡Si tú fueras el gobierno, no estarias tan gordo.

—¡Oh! si fuera el gobierno, contestó Lantier afectando gravedad, irian las cosas mejor de lo que van. Por ejemplo, la política exterior les está haciendo sudar hace algun tiempo; ¡y si yo tuviera algun amigo periodista para inspirarle mis ideas! ¡Es lo más sencillo del mundo! Ante todo, reconstituiria la Polonia y estableceria un gran Estado escandinaviano para tener á raya al gigante del Norte. Después formaria una república con

todos los reinecillos alemanes. . . . En cuanto á Inglaterra, no hay que temer; si se movia enviaba cien mil hombres á la Inglaterra. . . . Además, mandaria al gran Turco á la Meca y al Papa á Jerusalem, con lo cual quedaba limpia la Europa. ¿Qué te parece Badingue?

—El emperador tiene otro plan, dijo el agente, despues de reflexionar dos minutos.

—¡Ya está conocido su plan! replicó Lantier violentamente; la Europa se burla de nosotros. . . . Los criados de las Tullerías recojen todos los días á tu amo de debajo de la mesa entre dos *cocottes* del gran mundo!

Pero Poisson se levantó y dijo poniéndose la mano sobre el corazon.

—¡Augusto, me estás hiriendo en lo que más estimo. Habla sin descender á personalidades.

Virginia intervino, diciendo que la dejaran en paz y no hablasen de política, pues la tenia sentada en la boca del estómago. Ellos murmuraron un instante por lo bajo; despues Poisson, para mostrar que no guardaba rencor, trajo la cajita que ya tenia concluida, y en cuya cubierta se leia; *A Augusto, recuerdo de amistad*. El regalo lisonjeó á Lantier.

Apenas volvió la espalda el agente, ocurriole al bribon del sombrerero, que era en extremo descarado con las mugeres, darle un beso en el ojo izquierdo á Virginia. Generalmente tenia más prudencia, pero despues de una disputa sobre política se atrevia á todo. Aquellas desvergonzadas caricias le vengaban del imperio y de sus desaciertos. Sin embargo, aquella vez no tuvo en cuenta la presencia de Gervasia. Esta, que habia

acabado su tarea, estaba de pié cerca del mostrador esperando que le pagasen, mojada y súcia como perro recién sacado de una alcantarilla, y no se alteró en lo más mínimo ante aquella desvergüenza; pero Virginia se avergonzó y le echó sobre el mostrador su dinero. La lavandera no se movió.

—¿Con que no le ha dicho á vd. nada? dijo al fin al sombrerero.

—¿Quién? exclamó él. ¡Ah! ¡sí, Nana!... Ni una palabra.

Gervasia se marchó con su dinero en la mano.

En el barrio las borrachas de su especie, decian que bebia para consolarse del escándalo de su hija, y ella misma cuando venia cayéndose decia que era á causa del dolor. Pero las gentes honradas se encojian de hombros, diciendo que su dolor era dolor de botella. Sin duda alguna al principio le produjo gran impresion pero estaba ya harto degradada y decaida para que le durase mucho la vergüenza. A los ocho días ya no pensaba en el suceso.

Sin embargo, varias veces tuvo noticia de la pequeña porque siempre hay almas caritativas que rabian por dar una mala noticia. Segun le dijeron, Nana habia dejado al viejo que la adoraba y la mimaba, para irse con un perdido cualquiera como muchacha casquivana y sin experiencia. Lo cierto es, que un día en la Plaza de la Bastilla le pidió al viejo tres sueldos para entrar en un retrete, lo cual entre la bueva sociedad se llama «orinar á la inglesa.» Otros juraban haberla visto despues bailando en el «Gran Salon de la Locura.» calle

de la Chapelle, y este último dato inspiró á Gervasia la idea de frecuentar los bailes del barrio. Coupeau la acompañaba en estas escursiones, que en un principio se redujeron á dar cuatro vueltas y ver si su hija estaba entre la concurrencia. Una noche que tenian dinero se sentaron y tomaron un ponche para refrescarse y ver si de paso descubrian á Nana.

Al cabo de un mes habian olvidado á su hija, y ya solo se ocupaban en divertirse viendo bailar y tomando algo cuando podian.

Justamente, una noche de Noviembre habian entrado en el «Gran Salon de la Locura» para calentarse un poco, pues corria un frio que afeitaba á cualquiera. La sala parecia un hormiguero. Despues de dar vueltas sin encontrar mesa desocupada tomaron el partido de esperar de pié á que se desocupase una. Como Coupeau se hallaba colocado en el paso, vió un jovencillo flaco que despues de darle un codazo al pasar se limpiaba la manga del paletot.

—¡Oiga V! gritó furioso, quitándose la pipa de la boca, ¿no podia tener más educacion?... ¡No parece, sino que porque uno lleva blusa!...

El jóven se volvió y midió con la vista al plomero que siguió diciendo

—¡Pues sepa vd. so títere, que la blusa es el mejor vestido..... el vestido del trabajo!..... Si quiere vd. le limpiaré con un par de bofetones..... Pues no faltaba mas sino que semejantes monigotes vengán á insultar al obrero.....

El jóven se escabulló por entre la gente, murmurando:

—Valiente animal.

Coupeau quiso alcanzarle, jurando que iba á hacer un escarmiento con aquel señorito, pero el gentío era tal, que no dejaba dar un paso. El y Gervasia daban vueltas con lentitud al rededor del baile; delante de ellos se apiñaba una triple fila de curiosos, esperando con lascivas miradas á que alguna de las que bailaba alzase demasiado la pierna, y como los dos eran de poca estatura tenian que empinarse sobre las puntas de los piés para ver algo, los instrumentos de metal tocaban con ensordecedor estruendo una furiosa cuadrilla las parejas levantaban una nube de polvo, y el calor era sofocante.

—¡Míral dijo de pronto Gervasia.

—¿Qué?

—Aquel sombrero de terciopelo, allá abajo.

Al principio por mas que se pusieron de puntillas, solo veian un sombrero negro con dos plumas negras que se balanciaban al compás del baile. A lo mejor le veian ocultarse y volver á aparecer entre los demas, llamando la atencion de todo el mundo con sus descompasados movimientos.

—¿Y qué es eso? preguntó Coupeau.

—¿No reconoces ese moño? murmuró Gervasia, sofocada. ¡Apostaría el brazo derecho á que es ella!

El plomero se abrió paso bruscamente á través de la multitud. ¡En efecto, era Nana! Llevaba un vestido de seda viejo y súcio, con los volantes descosidos, sin que cubriese sus hombros y cuello, la mas ligera pañoleta. ¡Y pensar que aquella bribona habia dejado un viejo

que la tenía como una reina para irse con un perdido. Sin embargo, seguía tan fresca y hermosa como antes.

—¡Espera! ¡Yo te daré baile! murmuró Coupeau.

Nana no sospechaba nada y seguía bailando. Sus desenfrenadas figuras llamaban la atención y se había formado un corro que la aplaudía estrepitosamente. Con el vestido levantado hasta las rodillas seguía los accidentados movimientos del can-can, con un chic sin igual. Entre tanto, Coupeau, que pugnaba por llegar hasta ella, recibía empellones de todos y gritaba:

—Déjeme vd. pasar! ¡Es mi hija!

Nana, que en aquel momento estaba vuelta de espaldas, recibió un fuerte puntapié, en donde puede comprender el lector, y al volverse se quedó pálida como la muerte al ver á su padre.

—¡Fuera! gritaron los del baile.

Pero Coupeau que acababa de reconocer en la pareja de su hija, al jovencillo flaco que ántes le había insultado, gritaba como un energúmeno, sin hacer caso de nadie:

—¡Si, somos nosotros! ¿No nos esperabas? ¡Y por cierto, que te cojo bailando con un monigote que me faltó al respeto hace poco!

Gervasia le decía apretando los dientes:

—¡Callate! ¿A qué vienen tantas explicaciones?

Después adelantándose, dió á Nana dos bofetones de cuello vuelto. El primero le puso de lado el sombrero de terciopelo, y el segundo quedó marcado en rojo sobre la blanca mejilla de su hija. Nana no lloró ni hizo el menor gesto.

La orquesta seguía tocando y la multitud incomodada gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Vamos, echa andar! añadió Gervasia, y cuidado con que intentes escaparte, porque duermes en la prevención!

El raquítico jovencillo que la acompañaba había desaparecido prudentemente, y Nana no tuvo mas remedio que echar á andar tiesa y lista, y los tres salieron entre los gritos y las bromas de la concurrencia.

De nuevo empezó para la muchacha la vida de trabajo. Después de haber dormido doce horas en su antiguo gabinete, se levantó como si nada hubiese sucedido. Mostróse arrepentida de su conducta anterior, y dijo que quería trabajar en casa para librarse de los malos ejemplos del taller. En efecto, buscó trabajo y cuanto necesitaba, y desde las cinco de la mañana estaba ya delante de su mesita. Pero á los pocos días se desesperaba al ver el trabajo, sentía calambres en los dedos y se ahogaba de estar encerrada todo el día. Por último, dejó el trabajo por completo, y después de algunas disputas con su madre, tomó nuevamente las de Villadiego.

Los Lorilleux, que con la vuelta y arrepentimiento de su sobrina andaban cariacontecidos, estuvieron á punto de volverse locos de alegría con aquel segundo eclipse.

Los Coupeau afectaron en público cierta indiferencia, pero en el fondo rabiaban. Sin embargo, al fin se hizo la indiferencia verdadera y supieron sin estremecerse que su hija era el escándalo de todo el barrio.

Gervasia juraba que aunque se la encontrase en la calle no se mancharia la mano para darle una bofetada. Entre tanto, Nana andaba de baile en baile, desde *La Reina Blanca* hasta el *Eliseo Montmartre*, pero el que mas preferia era el del *Ermitaño*, situado en un corral húmedo y el *Baile Roberto*, en un callejón sin salida; éste último no se distinguia por el exceso de alumbrado, ni por la limpieza, y en ambos se permitian mil abusos á los concurrentes.

La muchacha llevaba esta vida de perros, con sus altas y bajas, y cuando sus padres creian verla por casualidad en alguno de los referidos sitios, volvian la espalda y huía el bulto. Pero es el caso, que una noche cuando estaban acostándose, á eso de las diez llamaron á la puerta, era Nana que venia tranquilamente á pedir albergue y ¡en qué situación! Con un vestido andrajoso, las botas sin suelas y hecha una lástima. Recibió una solemne paliza como era natural; despues devoró con ansia un pedazo de pan duro que halló á mano y se durmió de puro rendida con el último bocado entre los dientes.

Este acontecimiento inauguró una nueva era. Cuando le parecia á la muchacha bien, tomaba el portante y se iba para volver al cabo de algunas semanas y hasta meses, unas veces en el estado mas miserable y otras bien vestida, aunque sin poderse tener en pié por lo licencioso de su vida. Los padres se acostumbraron al fin. En un principio cada vuelta á su hogar le costaba una soberbia tunda, pero últimamente los Coupeau se cansaron de pegar y la dejaban que entrase y saliese

cuando le diese la gana. ¿Qué habian de hacer? ¡La costumbre gasta la honradez como el uso gasta un vestido!

Una sola cosa indignaba á Gervasia, y era el ver entrar á su hija con vestido de cola y sombrero con plumas, que causaban una revolucion en toda la casa y escandalizaban á todo el mundo: los Boche habian prohibido á su hija tratase con semejante perdida. Otra cosa que Gervasia no queria tampoco pasar era la holgazanería de Nana, que se estaba durmiendo hasta las doce del día. Muchas veces la cogia de un brazo, la sacudia y le amenazaba con echarle por el vientre un jarro de agua, pero ella abria un ojo y se extendia mas á su gusto.

Un día que la planchadora puso en práctica su amenaza, sacudiéndole encima del cuerpo la mano mojada y preguntándole si habia estado en algun cuartel para venir rendida hasta tal punto, la muchacha furiosa, se envolvió en la sábana, gritando:

—¡Basta ya, mamá! Más vale que no me hables de los hombres. Tú has hecho lo que has querido, y yo hago lo que me da la gana.

—¿Cómo? ¿Cómo? tartamudeó la madre.

—Sí, yo no te he hablado nunca de ello, porque no me iba ni me venia, pero bastantes veces te he visto pasear en camisa mientras papá roncaba..... ¡Con que déjame en paz!..... ¡Más valia que me hubieras dado ejemplo!.....

Gervasia se quedó pálida, agitada por un temblor nervioso y sin saber lo que le pasaba, mientras Nana volvía á quedar sumida en su letárgico sueño.

Coupeau ya no pensaba en castigar á su hija, y habia perdido por completo la brújula. Verdaderamente no se le podia culpar de padre inmoral, porque la bebida le quitaba la conciencia del bien y el mal.

Ya era cosa sabida; en seis meses del año no se le quitaba la borrachera, y á los seis meses iba á parar al hospital de Santa Ana, que era para él una temporada de campo. A las pocas semanas volvía á salir reparado y mejorado para entregarse de nuevo al vicio. En tres años ingresó siete veces en el hospital. A este paso no era difícil prever el fin de aquel tonel viejo cuyas duelas y flejes iban cada uno por su lado.

Parecia un desenterrado. Su cuerpo impregnado de alcohol, se encogia y arrellanaba como un feto en espíritu de vino. Cuando se ponía delante de una ventana se clareaba de puro flaco. Con la cera que lloraban sus ojos habia para abastecer una catedral, y su nariz estaba amoratada como un lirio. Al verle tan encorvado, vacilante y viejo, nadie hubiera creído que solo tenia cuarenta años. El temblor de sus manos habia aumentado, y esto era lo que mas le irritaba haciéndole prorumpir en feroces injurias.

El último verano, durante el cual Nana apareció por casa de sus padres, fué muy malo para Coupeau. Su voz se enronqueció, perdió casi por completo la vista, y sentia unos dolores de cabeza que le hacian ver las estrellas de día. A lo mejor sentia horribles calambres en los brazos y piernas y tenia que sentarse, permaneciendo en una silla horas enteras como aletargado. Era víctima de extrañas alucinaciones, y tan pronto se vol-

via contra sí mismo y mordía los muebles presa de delirante fiebre, como caía en gran enternecimiento quejándose de su abandono.

No conocia otro remedio que echarse al colete una copita de aguardiente de lo mas fuerte, y todas las mañanas calmaba de este modo el asma. Al fin perdió la memoria; su cráneo estaba hueco. A pesar de que tenia un pié en la sepultura, se burlaba de la enfermedad.

Por las primeras heladas, Nana abandonó el nido por ultima vez, por que sentia aproximarse el frio invierno. Los Coupeau no se inquietaron creyendo que volveria pero pasaron los meses y no volvió. Decididamente debia haber encontrado pan blanco en alguna parte. Un dia vendieron por seis francos la cama de hierro de la chica, y fueron á bebérselos á Saint Ouen.

Una mañana de Julio, Virginia llamó á Gervasia para que le fregase la vagilla, pues el dia ántes habia traído Lantier dos convidados. Mientras fregaba, Lantier le dijo desde la tienda:

—¡El otro dia he visto á Nana!

Virginia que estaba sentada junto al mostrador mirando como iba quedando la tienda vacía, movió furiosamente la cabeza. ¡Aquello no se podia soportar! Lantier veia á Nana con demasiada frecuencia y era hombre capaz de todo.

La señora Lerat que acababa de entrar y que era por entonces muy amiga de Virginia, preguntó al sombrero:

—¿En qué sentido la ha visto V.?

—¡Oh en el buen sentido, contestó Lantier atusándose el bigote. ¡Ella iba en un carruaje en compañía de unos jóvenes ricos!... ¡Y vaya que traje tan chic que llevaba!... Yo no la reconocí al pronto, parecía una señora de la aristocracia, pero me saludó con la mano. ¡Creo que tiene relaciones con un vizconde!... ¡Puede reirse de todos nosotros!... ¡Vaya una chica!.....

Gervasia seguía maquinalmente enjugando un plato, y Virginia reflexionaba inquieta, pues tenía que pagar dos cuentas al día siguiente, y no sabía como, mientras que Lantier gordo y rollizo y sudando azúcar llenaba con sus exclamaciones de entusiasmo la tienda, casi devorada ya. En esto vió en la acera de enfrente à Poisson que estaba de servicio. La figura del agente le hizo reir mucho, y obligó á Virginia á que mirase á su marido.

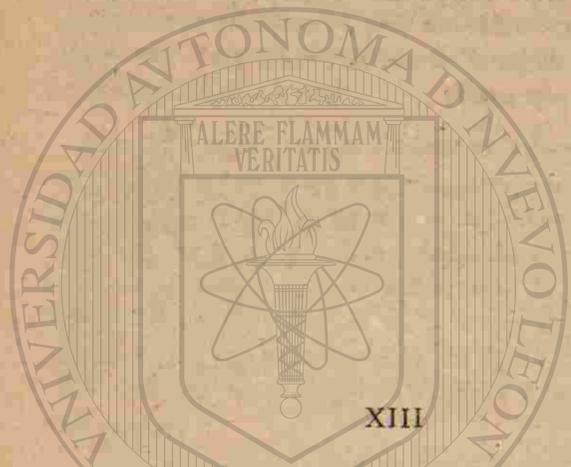
—¡Ah! murmuró ¡qué buena facha tiene Badingue esta mañana!... Debe haber tomado una copita, porque aprieta demasiado el paso.

Cuando Gervasia subió á su habitacion encontró á Coupeau sentado en el borde de la cama fijando en el suelo su vidriosa mirada. Entonces ella se sentó en una silla y durante un cuarto de hora estuvo mirándole, sin hablar palabra.

—¡He tenido noticias! murmuró al fin. Han visto á tu hija... Está muy bien y no necesita de tí. ¡Ella sí que es feliz! ¡Dios mío! ¡Cuánto daría por estar en su lugar!.....

Coupeau alzó su demacrado rostro, y contestó con voz idiota.

— Mira, hija mía, yo no te sujeto..... Aun no estás del todo mal cuando te arreglas y limpias un poco y como dice el refran, nunca falta un roto para un descosido..... ¡Sobre todo, si eso ha de proporcionar garbanzos!.....



Era próximamente hacia el 12 ó 13 del mes de Enero. La semana había sido horrible; desde el martes al juèves habían pasado con dos panes de cuatro libras, y hacia treinta y seis horas que no habían probado boca-do. Y no era esto lo que mas atormentaba á Gervasia, sino el tiempo de perros que hacia, con un frío intenso y un cielo que amenazaba nevar en abundancia.

Aquel día la planchadora tenia esperanza de comer algo, pues Coupeau le había dicho que estaba trabajando y debía traer algun dinero por la noche. Aunque tantas veces la había engañado, la misma necesidad la hacia esperar. Ella hacia unos días que no ganaba un cuarto, pues hasta una señora en cuya casa fregaba y hacia los recados, la había despedido por que se be-

bia todos los vinos y licores que encontraba á mano. Despues de todo no lo sentía, pues había llegado á tal punto su embrutecimiento, que preferia reventar á mover un dedo. En fin, Coupeau traía dinero, aunque fuese poco, comería algo caliente. En tanto, como aun no eran las doce, se tendió en su jergon, porque tendida sentía ménos el hambre.

Lo que ella llamaba gergon era un monton de paja. La verdadera cama se había ido poco á poco á las prenderías del barrio. Los días de apuro descosía el colchon y sacaba la lana para ir la bendiendo por libras. Cuando quedó sola la tela, la vendió por treinta sueldos para tomar café una mañana. Detrás del colchon fueron las almohadas, y por último el almohadon. Quedaba la cama de madera que no podían llevarse bajo el brazo, pues los Boche hubieran alborotado la casa al ver que liquidaban los muebles, garantía del casero. Sin embargo, una noche con la ayuda de Coupeau, acechó un momento en que los Boche andaban de comilona y la sacaron pieza por pieza.

Con los diez francos que les produjo esta venta, se regodearon tres días. Por último la tela del gergon llevó el mismo camino y con su importe remediaron un ayuno de veinticuatro horas.

Acurrucada como hemos dicho sobre la paja, con las piernas encogidas y los ojos muy abiertos, Gervasia revolvía en su imaginacion ideas muy extrañas. No era posible seguir viviendo sin comer. Ya no sentía hambre, sino un gran peso en el estómago, al paso que le parecia tener vacío el cráneo. Y no podía encontrar motivos de alegría en su habitacion, pues era una ver-

dadera perrera. Sus ojos sin brillo se fijaban en las desnudas paredes. Solo quedaba allí la cómoda, la mesa y una silla, y para eso el mármol y los cajones de la primera se habían evaporado. Un incendio no hubiera limpiado aquello mejor. Hasta las fotografías de familia habían desaparecido, pues había comprado los marcos una preñada complaciente, que fué tomando sucesivamente otros objetos, desde un peine asta una cacerola, á cambio de cuatro, cinco ó mas sueldos, segun el valor de la prenda. Ya no quedaba mas que polvo, grasa y basura. Sus miradas solo encontraban por doquiera telas de araña, que aunque buenas para las heridas no tenían precio en el mercado. Entonces cansada de devanarse los sesos y no encontrar nada que vender, se acurrucaba mas y mas sobre la paja y preferia mirar al través de la ventana el cielo cargado de nieve y la luz triste y casi crepuscular que le helaba los huesos. ¡Si al menos hubiera podido dormir!..... El día ántes había subido el propietario en persona para decirles que si no pagaban los dos meses atrasados los echaria á la calle. ¡Valiente ocurrencia de aquel orangutan con gaban de abrigo y guantes de estambre, que subia á hablarles de alquiler como si tuviesen algun dinero escondido! ¡En tal caso hubiera empezado por reforzar su estómago, que bien lo necesitaba! ¡El mismo caso hacia de él como del bruto de su marido, que no entraba una sola vez que no intentase sacudirla las pulgas. Coupeau tenia un garrote al que llamaba su abanico y era de ver como hacia aire á su muger, pero ésta acabó por acostumbrarse á todo.

Por desgracia hay una cosa á que nadie puede acostumbrarse, y es á no comer.

Esto era lo que mas le molestaba. Todo lo podia soportar menos el hambre. Hacia tiempo que se habia despedido de los buenos bocados y se contentaba con devorar lo que caia en sus manos. Teníase por feliz el día que podia comprar las sobras de los parroquianos en un restaurant, pagando á cuatro sueldos la libra y haciendo de ellas un guiso con patatas. Si por casualidad podia comprar hígado de buey, era cosa de chuparse los dedos. Cuando el hambre apretaba demasiado, descendia más, é iba á mendigar de algun fondista caritativo los mendrugos que sobraban á los clientes. A veces hacia la competencia á los perros callejeros. Tal vez estos y otros detalles que omitimos repugnarán á las personas delicadas, pero si estas últimas pasasen tres días sin comer, no sabemos de que extremo no serian capaces. ¡Ah! ¡Cuántos pobres no hay en ese dorado y resplandeciente Paris, que devoradas las entrañas por el hambre, se arrojan como bestias á las cosas mas inmundas! Un día, como Coupeau le quitase dos bonos de pan para venderlos y beberse el importe, incitada por la cólera y el hambre, estuvo en poco que le dejase en el sitio de un golpe.

Pero volviendo á Gervasia, que estaba como dijimos acurrucada en la paja, á fuerza de mirar al cielo se quedó algo dormida y soñó que caia sobre ella una tempestad de nieve. Bruscamente se puso en pié despertada por una terrible sensación de angustia. ¡Aún era de día! ¡Qué largo se hace el tiempo cuando no se tiene nada en el estómago! El suyo se despertó tambien y la torturó horriblemente. Echada en la silla y con las manos entre las piernas, calculaba ya la comida para

cuando Coupeau trajese el dinero. En esto dieron las tres en el reloj del tío Bazouge. No eran mas que las tres. Entonces lloró. ¿Cómo habia de poder esperar hasta las diez? Acometida de una rabia loca se levantó y pateó, esperando adormecer el hambre. ¡Cuánto mejor era parir que tener hambre! pensaba ella. De pronto se detuvo. Habiale ocurrido ir á pedir prestados diez sueldos á los Lorilleux, aunque tuviese que besarles los piés.

Esto nada tenía de particular entre vecinos pobres, pero ninguno en la casa se hubiese atrevido á tanto, porque todos conocian la dureza de su corazón. Gervasia mostraba al hacerlo un valor heroico. Ya en el corredor sintió tal miedo, que experimentó ese ligero alivio del que va á sacarse una muela al llamar en casa del dentista. Sin embargo, llamó.

—¡Adelante! gritó la ágría voz del cadenista.

¡Qué bien se estaba allí dentro! La frágua ardía iluminando el estrecho taller con su viva llama. La Sra. Lorilleux ponía á reconocer una porcion de hilo de oro, mientras su marido sudaba trabajando al soplete.

Ademas, un guiso colocado al amor de la lumbre despedía tan agradable aroma que trastornaba á Gervasia.

—¡Ah! es vd., gruñó la Sra. Lorilleux, sin decirle siquiera que se se sentase, ¿qué se le ofrece á vd?

Gervasia no respondió. Aunque á la sazón no estaba del todo mal con los Lorilleux, la peticion de los diez sueldos se le atoraba en la garganta porque acababa de ver á Boche sentado junto al hogar con una sonrisa

estúpida estereotipada en el rostro que daba á su boca cierta semejanza que no queremos precisar.

—¿Qué quiere vd? repitió Lorilleux.

—¿No han visto vds. á Coupeau? Yo creí que estaba aquí, tartamudeó.

Los cadenistas y el portero se rieron de la ocurrencia, y dijeron que como allí no se repartía aguardiente no veian nunca á Coupeau.

Gervasia hizo un esfuerzo y añadió:

—Es que me prometió volver pronto; sí, debe traer dinero... Y como tengo absoluta necesidad de alguna cosa...

Reinó un profundo silencio. La Sra. Lorilleux soplabá con fuerza, y su esposo habia bajado la cabeza, mientras Boche seguía riendo con su cara de luna llena.

—Si yo tuviese siquiera diez sueldos, murmuró Gervasia en voz baja.

El silencio continuó.

—¿No podrian vds. prestarme diez sueldos? ¡Oh! esta misma noche se los devolvería.

La Sra. Lorilleux se volvió y la miró fijamente.

—¡Hija mia! gritó, ya sabe vd. que no tenemos dinero... Si lo tuviéramos, con mil amores, pero puede vd. registrarlos.

—¡A buen corazón nadie nos gana! pero cuando no hay, no hay, gruñó el marido.

Gervasia muy humilde, aprobaba estas palabras con la cabeza. Sin embargo, no se atrevía á irse mirando con el rabo del ojo el oro que por todas partes habia, y pensando que con una punta sola, hubiera tenido para comer muy bien.

Aquel día, el taller, á pesar de su suciedad, le pare-;
cia resplandeciente y magnífico. Así fué que se atrevió
á insistir, diciendo:

= Yo se los devolvería á vd. de seguro. . . . Además
diez sueldos no les harán mucha estorcion. . . Si fuesen
vds. tan amables. . . Vds. no pueden figurarse. . .

Entonces los Lorilleux cambiaron una ligera mira-
da. ¡La coja mendigaba! La caída era completa. Si hu-
bieran sabido que era ella no hubieran abierto la puer-
ta. Como Gervasia se acercase mas, el cadenista le gri-
tó con rudeza sin responder á su petición

—Tenga vd. cuidado, no vaya á llevar algun poqui-
to de oro en los zapatos. . . . Verdaderamente parece
que ha untado vd. grasa á las suelas de sus zapatos para
que se pegue el oro. . . .

Gervasia retrocedió lentamente. Se habia apoyado
un momento en un anaquel, y viendo que su cuñada
le miraba las manos, las abrió, diciendo con voz hu-
milde y sin enfadarse:

—No he tomado nada, mire V.

Después salió porque el olor del guiso colocado en
el hogar, la seguía trastornando.

Los Lorilleux no hicieron nada por detenerla y pro-
metieron no volver á abrirle la puerta. No querían ver
la miseria de nadie, cuando esta miseria era merecida.
Boché les daba la razon, siempre con su risa, y todos
tres se creían ya vengados de la altanería antigua de
Gervasia.

¡Que desvergüenza! . . . Pues no viene á pedir diez
sueldos. . . En seguida voy á prestárselos para que los
lleve á la taberna.

Gervasia arrastró sus chancas por el corredor con
la cabeza inclinada. Cuando llegó á su puerta no entró
porque le daba miedo. Andando tendria menos frío.
Al pasar miró á la covacha del tíó Brú, pero el viejo
no estaba allí, y ella experimentó celos de pensar que
pudieran haberle invitado en alguna parte. Después,
como al llegar á la puerta de los Bijard sintiese que
jarse, entró, pues estaba abierta.

—¿Qué ocurre? preguntó.

La habitacion estaba limpia.

Se conocía que Eulalia habia trabajado por la ma-
ñana. Gervasia se halló muy sorprendida al ver á la
niña acostada en su estrecho y duro camastrote.

¡Muy mala debia estar!

—¿Qué tienes? repitió Gervasia inquieta.

Eulalia no se quejaba. Abrió lentamente sus párp-
dos, y con dolorosa sonrisa murmuró en voz baja:

—¡Oh! ¡no tengo nada!

Después haciendo un esfuerzo añadió.

—Estaba fatigada de estos días, y me he acostado
un poco á descansar.

Pero su rostro infantil, jaspeado de manchas lívidas,
tenia tal expresion de dolor supremo, que Gervasia lo
viendo su propia agonía, juntó las manos y cayó de-
rodillas junto á ella. La niña no podia ya ni toser;
acometióle una especie de hipo, y por las comisuras de
sus labios corrieron dos hilos de sangre.

—¡No es culpa mia! ¡no tengo fuerzas! ¡Arrastrán-
dome he arreglado esto algo! Está limpio ¿no es
verdad? Quize limpiar los cristales, y me faltaron las
fuerzas, ¡Cómo ha de ser!

Ella interrumpiéndose añadió.
—Vea vd., no sea que mis niños se cortan con las tijeras.

En esto se echó á temblar, oyendo los pesados pasos de su padre. El tío Bijard empujó brutalmente la puerta. Como de ordinario, estaba borracho. Cuando vió á Eulalia acostada descolgó el látigo, y dijo gruñendo.

—¿Con que esa tenemos?... Las vacas se echan en la paja al medio día. Te has propuesto burlarte de mí, holgazana?... ¡Ea! ¡arriba!...

Al mismo tiempo hacía crugir el látigo encima de la cama. Pero la niña le dijo con voz suplicante.

—¡Papá, por Dios!... ¡no me pegues!... Te juro que te arrepentirás... ¡No me pegues!

—¿Quieres saltar de la cama, gritó él, mas fuerte, ó te cruzo las costillas?...

Entonces ella contestó dulcemente.

—No puedo... ¿comprendes?... voy á morir.

Gervasia se había arrojado á Bijard y arrancádole el látigo. El permaneció mudo y con aire estúpido delante de la cama. ¿Qué es lo que decía aquella mocosa? ¿Pues que la gente podía morir sin haber tenido enfermedad? Aquello era una farsa para que le dieran azúcar. Iba á enterarse, y si mentía...

Ya verás como es verdad, añadió ella. Mientras he podido te he evitado este mal rato... Vamos, despídate de mí, papá...

Bijard aun no daba su brazo á torcer; pero al fijarse en la cara que tenía la niña, el soplo de la muerte que se cernía en la habitación, le quitó la borrachera. Entonces tendió una mirada en derredor, y al verlo todo

en orden y á los niños jugando, cayó sobre una silla balbuciendo.

—¡Nuestra madrecita!... ¡nuestra madrecita!...

Para la pobre niña, que no había recibido nunca de él una caricia, esto era demasiado tierno. Consoló á su padre, y dijo que lo que más sentía era morir sin haber criado por completo á sus niños. Encargóle que cuidase de ellos, y con voz moribunda le dió algunos detalles sobre el modo de arreglarlos y tenerlos limpios. El la escuchaba embrutecido, sin tener nada que decir dominado de nuevo por los vapores de la borrachera.

—Oye otra cosa, añadió Eulalia despues de un momento de silencio. Debemos al panadero cuatro francos y siete sueldos, que hay que pagarle..... La Sra Gaudron tiene una plancha prestada que tú reclamaras... Además, esta tarde no he podido hacer la cena, pero queda pan, y no tienes más que calentar las patatas...

Hasta el último aliento aquella pobre mártir seguía cuidando de todo. Aquel tesoro se perdía por culpa de la bestia feroz de su padre. Despues de haber matado á la madre acababa de asesinar á la hija. Los dos ángeles se juntarian en la fosa, y él rabiaria como un perro abandonado y solo.

Gervasia no podía contener los sollozos. Con los movimientos de la enferma se escurrió el andrajo que le servía de cobertor, y al querer arreglárselo descubrió el cuerpecillo de la niña. ¡Dios santo, qué miseria y qué lástima! ¡Las piedras hubieran llorado! Eulalia estaba desnuda, pues solo tenía por vía de camisa un pedazo de chambra: su cuerpo estaba dolorido y ensangrentado como el un mártir. No tenía mas que huesos y pellejo.

y para eso de piés á cabeza no se veían más que cardenales causados por el látigo, y en la pierna derecha tenía una herida mal cerrada. ¡Aquello era infame!... ¡Tanta debilidad gimiendo bajo tan pesada cruz!..... Gervasia, sin pensar en colocar el cobertor, cayó de nuevo de rodillas y sus labios intentaron formular una plegaria.

—Señora Coupeau, murmuró la pequeña, haga usted el favor....

Al mismo tiempo con sus bracitos procuraba cubrirse avergonzada de que la viese su padre desnuda. Este la miraba medio alelado, con los ojos fijos sobre aquella víctima suya.

Quando Gervasia hubo cubierto á Eulalia no pudo permanecer allí. La moribunda se debilitaba cada vez más, conservando ya únicamente su grave y profunda mirada, que fijaba en los dos niños que jugaban sin darse cuenta de lo que sucedía. La habitación se llenaba de sombras, y Bijard contemplaba aquella agonía con estúpido abatimiento. ¡Oh! la vida era por demás abominable! Gervasia salió, bajó las escaleras sin darse cuenta de ello, y corriendo como una loca se encontró ante la puerta del taller donde Coupeau pretendía trabajar. De este modo, si cogía á su marido á la salida, echaría mano á los cuartos y compraría provisiones.

El establecimiento estaba en la calle de la Charbonniere esquina á la de Chartres, en una encrucijada donde el viento jugaba á las cuatro esquinas. Hacía un frío terrible. El cielo seguía de color plomizo y la nieve condensada en la atmósfera, se preparaba á cubrir á Paris con sus blancos cendales. Gervasia alzaba la

vista pidiéndole á Dios que no nevase tan pronto, y golpeando el pavimento con los piés para entrar en calor. No era ella sola la que esperaba, pues había otras cinco mugeres á la puerta del taller. Todas, tanto ellas como Gervasia, pasaban y cruzaban, echándose miradas oblicuas, sin hablar palabra. No tenían necesidad de hablar para conocer el número de cada una, pues todas vivían bajo la misma razon social. *Miseria y compañía.* Daba frío de verlas pasar silenciosamente con aquella cruda temperatura de Enero.

Sin embargo, no salía ni un gato del establecimiento. Al fin apareció un obrero, despues dos, luego tres; pero debían de ser buenos muchachos que llevaban á su casa el jornal íntegro, porque movían compasivamente la cabeza al ver á aquellas mugeres en la puerta. La mas alta de todas que parecía un gendarme. estaba muy pegada á la puerta y de pronto cayó sobre un hombrecillo que asomaba en aquel momento prudentemente la cabeza para explorar el terreno. En dos minutos lo registró y le quitó todo el dinero. Entónces el hombrecillo la siguió desesperado llorando como un niño. Los obreros seguían saliendo unos alegres y juguetones, hablando de ir á la taberna á gastar el dinero alegremente, y otros con rostro lúgubre apretando en la mano los tres ó cuatro jornales que habían ganado durante la quincena, llamándose holgazanes y haciendo juramentos de borrachos.

Al fin cesó el desfile. Gervasia tiesa en medio de la calle, no quitaba los ojos de la puerta. Aquello le iba oliendo mal. En esto salieron dos obreros retrasados, y como les preguntase por Coupeau, ellos le dijeron que

no parecía por el taller hacia tiempo. Entónces arrastrando la chancla, bajó por la calle de la Chabonniere. Su comida se evaporaba.

Esta vez era cosa hecha. Subía lentamente por la calle de Poissonniere, cuando oyó la voz de Coupeau que estaba en la Pettit Civette en compañía de Mes Bottes. Este último había tenido la suerte de casarse al fin del verauo con una señora algo vieja ya, pero bien conservada y que tenía cuartos. Parecía un burgés bien vestido, bien comido, y hasta tenía un anillo de oro en el dedo meñique.

Gervasia tocó á su marido en el hombro cuando salía con su amigo de la taberna.

—¡Oye! Te estoy aguardando... ¡Tengo hambre!... ¿Y el dinero?.....

—¡Si tienes hambre cómete un codo y guarda el otro para mañana!..... Le respondió él brulalmente

—¿Segun eso quieres que yo robe? murmuró ella en voz sorda.

Mes Bottes que se acariciaba la barba, dijo con aire conciliador.

—Eso está prohibido, pero cuando una muger sabe ingeniarse.....

Coupeau le interrumpió con un aplauso. Tenía mucha razon, una muger debía saber ingeniarse; pero la suya era un pedazo de carne con ojos.

Los dos hombres bajaban hácsa el boulevard exterior. Gervasia les seguía. Al cabo de un momento volvió á decir á Coupeau.

—Ya sabes que tengo hambre... y que contaba contigo para encontrar algo que comer.

El le contestó enfurecido.

—¿No te he dicho que no tengo ni un céntimo? Déjame ó te rompo el bautismo.

En efecto, levantó el puño, pero ella retrocedió y pareció tomar una decision.

—Pues bien, te dejo; yo buscaré otro hombre.

El plomero tomó la cosa á broma y aplaudió la idea. De noche aun podía ella hacer algunas conquistas. Por si conseguía atrapar alguno, recoméndole el restaurant del Capuchino, donde había gabinetes particulares. Y como ella se dirigiese hácia el boulevard exterior, le dijo en voz alta con horrible sarcasmo.

—¡Oye! guardame los postres, porque me gustan mucho las golosinas y si tu conquista está bien de ropa, pídele un paletot viejo que me vendrá divinamente.

Gervasia, perseguida por aquella burla infernal, caminaba resuelta. Entre robar y prostituirse, prefería lo segundo, porque al menos no causaba daño á nadie. Despues de todo, disponía de lo que era suyo. Sin duda esto era reprobado é indecente, pero en su cabeza se confundían las ideas del bien y el mal, de honestidad y de impureza, cuando se tiene hambre no se mira el pan que se come. Como aun no era de hnoce, siguió por los boulevares adelante, como para dar un paseo. Aque barrio se embelleció á medida que ella decaía y se degradaba. Los boulevares de Magenta y Ornano, partiendo del corazón de París, llegaban hasta las afueras habiendo destruído á su paso multitud de casas y formando dos inmensas avenidas de blanco pavimento. La destrucción del muro del recinto había agrandado los boulevares exteriores, que tenían cuatro filas de

plátanos á los lados del terraplen del centro y de las calzadas laterales. Junto al creciente lujo del París nuevo resaltaba mas la miseria y fealdad de las antiguas casas.

Gervasia perdida entre la muchedumbre y caminando bajo los plátanos, pensaba en su soledad y abandono. Aquel bullicio aumentaba su hambre, y pensar que en medio de aquella ola de gente, entre la que debia haber bastantes personas acomodadas, nadie adivinaba su triste situacion, ni deslizaba en su mano diez sueldos. El crepúsculo tenia ese color amarillo súcio de los crepúsculos parisienses, que dá ganas de morir. A aquella hora volvian precisamente los obreros de los talleres, rendidos por el trabajo. El boulevard Magenta y la calle de Faubourg Poissonniére los vomitaban á bandadas. Gervasia seguia andando entre la muchedumbre, recibiendo codazos por un lado y empujones por otro, porque los hombres cuando están cansados y tienen hambre, se olvidan de mostrarse galantes.

De pronto, alzando la vista, la planchadora descubrió el hotel Boncoeur. La casa se hallaba abandonada, con las ventanas cubiertas de anuncios, desmigajándose y pudriéndose de alto á abajo, por la influencia de la lluvia. Allí, en el fondo de un sombrío y súcio cuarto, habia empezado su triste vida. Largo rato estuvo de pié observando una de las ventanas del primer piso, que le recordaba su juventud con Lantier, sus primeras reyertas y la manera innoble con que él la habia abandonado. Comparando su situacion de entónces con la presente, la vista del hotel le hizo daño, y subió por el quoulevard hácia Montmartre. Sobre los montones de

arena y entre los bancos, jugaban los chiquillos y continuaba el desfile de obreros y obreras. Al fin los grupos se fueron disipando, y en medio del resplandor del gas se oia el sordo murmullo que movian aquellas abejas del trabajo, retiradas cada una á su celdilla despues de terminada la labor del dia.

Gervasia estaba mas rendida que todo aquel pueblo de trabajadores, sin embargo, no le quedaba otro recurso mas que morir, porque ni aun el trabajo la queria ya. En medio de los calambres que atormentaban su estómago, no podia menos de pensar, á pesar suyo que en los dias de fiesta y en las comilonas de su antigua vida. En esto alzó de nuevo los ojos y se halló enfrente del Matadero, que á la sazón estaban demoliendo, la fachada casi destruida, dejaba ver patios sombríos que aún despedian el hedor propio de esos sitios. Mas abajo encontró el hospital Lariboisiere con su gran murallon gris, y por último, fué á dar al puente del camino de hierro. Despues allí distinguia únicamente en el horizonte luminoso de París una esquina de la estacion próxima, oia tambien el silbido de las locomótoras y las sacudidas rítmicas de los trenes. En aquel momento pasó uno que salia de París, pero de él solo pudo percibir un penacho blanco. Sin embargo el puente habia temblado, y ella misma se sintió conmovida por el sacudimento. ¡Oh! ¡si ella hubiera podido partir como el tren y abandonar aquella casas de miseria y sufrimiento!

Despues de estar un momento parada, volvió á emprender la marcha. Por todas partes se iban encendiendo los mecheros de gas, y las largas avenidas volvian á

reaparecer con sus filas de árboles, hasta perderse en las tinieblas del horizonte. Como era el día de paga de la quincena, todas las tabernas se iban iluminando alegremente y llenándose de parroquianos. La del tío Colombe parecía una catedral, y á la puerta había cola, tal era el número de concurrentes.

Plantada delante de la taberna, Gervasia meditaba, contemplando de lejos el alambique, comprendiendo que de allí procedía su desgracia y prometiendo morir de una borrachera de aguardiente el día que tuviese con qué. Pero mientras tanto, iba llegando la hora de poner en planta la determinación que había tomado al separarse de su marido. Con ver á los demás hartarse, no se le llenaba el estómago. Aflojó el paso y miró en torno suyo. Bajo los árboles reinaba una sombra espesa. Pasaba muy poca gente, y en medio de la oscuridad se distinguían algunos bultos de mugeres que esperaban de pie. A veces permanecía inmóviles y rígidas como troncos de árboles, otras se movían lentamente y andaban como unos diez pasos para volverse á detener. Habíalas de todas clases y edades, jóvenes y viejas, altas y bajas, flacas y gordas, pero todas mal vestidas, y algunas tan sucias y asquerosas, que no les hubiera hecho caso ni un trapero. Gervasia procuraba hacer lo mismo que ellas. No sabía si sentía vergüenza, pues obraba bajo la influencia de un mal sueño. Durante un cuarto de hora se mantuvo de pie y quieta. Como los hombres pasaban sin volver la cabeza, se atrevió á moverse, y acercándose á uno que pasaba silbando con las manos en los bolsillos, murmuró con voz ahogada.

—Caballero, oiga V.....

El hombre la miró de lado y se marchó silbando mas fuerte.

Como el hambre la atormentaba y veía la comida huir cada vez más ante sus ojos, intentó varias veces la misma operación yendo y viniendo desde la calzada de Clinancourt á la calle de la Chapelle.

Pero los hombres pasaban sin hacer caso, y aquel desden hacia subir de punto su vergüenza.

Al pasar por junto á un mechero de gas, vió su sombra dibujarse en el suelo. Cuanto más se acercaba al mechero más se recogía y se precisaba la sombra, que se hacia enorme y grotesca á causa de su redondez. Cojeaba de tal suerte que la sombra parecía dar una caída á cada paso, era un verdadero polichinela. Cuando se alejaba, el polichinela se convertía en gigante, llenaba el boulevard haciendo reverencias que le hacían romperse las narices contra los árboles y contra las casas. ¡Qué ridícula y espantosa estaba! Hasta entónces no había comprendido bien su envilecimiento.

Entre tanto, debía ser ya muy tarde, las tabernas se iban cerrando poco á poco arrojando por sus puertas gran número de borrachos. Todo se volvía en la calle riñas y disputas.

Los dos días en que cobraban los obreros terminaban siempre de la misma manera. Todo el barrio se ponía asqueroso, y las personas delicadas que se retiraban un poco tarde, se veían precisadas á saltar á cada momento para no ensuciarse. Un extranjero, que hubiera visitado aquellos sitios ántes de amanecer, hubiera formado

de su habitantes una idea poco ventajosa. Pero á semejante hora los borrachos no se incomodaban poco ni mucho por lo que pudiese pensar de ellos Europa. Gervasia andaba siempre de arriba abajo, á lo mejor miraba con sobresalto en torno suyo y echaba de ver que había andado cien pasos sin apercibirse de ello y como muerta. La última idea, clara y precisa que ocupó su cerebro, fué la de que la bribona de su hija estaría tal vez en aquellos mismos instantes comiendo ostras. Después su pensamiento se embrolló, y aunque seguía con los ojos abiertos, tenía que hacer un gran esfuerzo para pensar. En medio del anonadamiento de su ser, solo persistía en ella la sensación de un frío agudo y mortal como nunca lo había experimentado. Alzó pausadamente la cabeza y recibió en el rostro una helada ráfaga. Era la nieve, que al fin se decidía á caer después de tres días, escogiendo para ello el mejor momento.

Gervasia, vuelta en sí, apresuró el paso, y como viese un hombre que venía andando lentamente bajo los árboles, se acercó á él y dijo una vez más:

—Caballero, oiga vd.

El hombre se detuvo; pero sin duda no la había oído y alargó la mano murmurando en voz baja.

—Una limosna por el amor de Dios.

Ambos se miraron y quedaron mutuamente sorprendidos, el mendigo era el tío Brú. En aquel momento podían darse la mano. El viejo obrero había andado rondando toda la noche sin atreverse á abordar á nadie, y la primera persona á quien pedía estaba tan ham-

brienta como él. Miráronse algunos instantes sin decirse una palabra, y cada uno se marchó por su lado.

La nieve seguía cayendo. En aquellas alturas y en medio de aquellos espacios abiertos, el viento la arremolinaba formando una especie de nube blanca que impedía ver nada á diez pasos. El barrio había desaparecido y el boulevard parecía muerto. Gervasia se, guía andando penosamente, cegada y perdida. El suelo cubierto de vega blancura, parecía huir bajo sus piés, y cuando se detenía vacilante volviendo la cabeza, adivinaba tras aquel velo de nieve la inmensidad de las avenidas, las filas interminables de mecheros de gas, y todo el infinito negro y desierto del París dormido.

Ya estaba pensando en echarse al suelo y morir allí enterrada en la nieve cuando oyó cerca ruido de pasos. Corrió, pero como la nieve le tapaba los ojos y los pasos se alejaban, no sabía si sonaban hácia la derecha ó hácia la izquierda. Al fin descubrió las anchas espaldas de un hombre que andaba pausadamente en medio de la nieve. ¡Oh! ¡aquel no se le escaparía! Apresuró el paso haciendo un esfuerzo, lo alcanzó y lo cogió por la blusa.

—¡Caballero, caballero! oiga vd.

El hombre se volvió: era Goujet.

Gervasia quedó aterrada; ¿qué había hecho á Dios para ser torturada de aquel modo hasta el fin. Lo último que le quedaba, era que el herrero la viese confundida de aquel modo de la hez de las mujeres perdidas. La escena pasaba bajo un mechero de gas, y ella veía su sombra deforme, dibujarse en la nieve como una verdadera caricatura.

Goujet, entre tanto, la contemplaba mientras su barba de oro se iba llenando de blanquísimos copos. Después como ella bajase la cabeza é hiciese ademán de retroceder, el herrero la detuvo y le dijo:

—Venga vd.

Echó á andar delante y ella le siguió. Ambos atravesaron el silencioso barrio deslizándose sin ruido á lo largo de las aceras. La pobre señora Goujet había muerto en el mes de Octubre de reuma agudo, y su hijo seguía habitando la casita de la calle Nueva, triste y solitario. Aquel día se había retardado un poco por velar á un compañero herido. Cuando hubo abierto la puerta y encendido una luz, se volvió hácia Gervasia, y le dijo en voz baja como si su madre pudiese oirlo.

—Entre vd.

La primera habitacion, ó sea la de la señora Goujet estaba conservada piadosamente en el mismo ser en que ella la dejó, pues hasta la cama estaba hecha. Allí se respiraba un perfume de honradez y de bondad.

—Entre vd. repitió más alto el herrero.

Atravesaron la habitacion casi de puntillas como para evitar la vergüenza de ser oídos. Cuando hubieron entrado en su habitacion cerró la puerta. Gervasia en medio de aquella atmósfera de pureza se atrevía á avanzar, y procuraba quedarse en la sombra que proyectaba el quinqué. Entónces, sin decir una palabra y acometido de una especie de rabia, quiso cogerla y ahogarla entre sus brazos; pero ella murmuró desfallecida.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

El hogar, cubierto de ceniza, contenía aun algunas brazas, y un poco de guisado que el herrero había de-

jado al calor de la lumbre. Gervasia desentumecida por el calor, se sintió nuevamente atormentada por el hambre, su estómago se desgarraba y se inclinó lanzando un suspiro. Pero Goujet lo había comprendido, y colocando el guisado sobre la mesa, cortó pan y le echó vino.

—Gracias, gracias, decía ella; ¡oh! ¡qué bueno es usted!

Tartamudeaba, pues ni aun podía pronunciar las palabras. Al coger el tenedor temblaba de tal manera, que le dejó caer y tuvo que valerse de los dedos. Cuando se introdujo en la boca la primera patata, prorrumpió en sollozos, y gruesas lágrimas, rodando por sus mejillas, caían en el pan. Sin embargo, seguía comiendo y deboraba con febril ardor aquel pan humedecido con sus lágrimas. Goujet la obligó á beber para que no se ahogase y el vaso produjo un ligero chasquido al tocar con sus dientes.

—¿Quiere vd. más pan? le preguntaba á media voz.

Ella lloraba y tan pronto decía que sí como que no.

El, de pié enfrente de ella, la contemplaba. ¡Cuán envejecida y decaída estaba! El calor derretía la nieve depositada en sus cabellos y vestido. Su pobre cabeza convulsa en aquel momento, mostraba los mechones de sus grises cabellos que el viento había alborotado. Al verla en aquel estado, recordó los días en que ella iba á la frágua, donde habían gustado ambos inmensas alegrías, él mostrándole su cariño con el forzado martilleo de un cíclope, y ella sintiéndose conmovida y agitada por aquel martilleo que hacía vibrar su corazón.

¡Qué de veces, por aquella época, había mordido las almohadas en el silencio de la noche deseando tenerla à su lado! ¡Oh! si entónces la hubiese cogido la hubiera deshecho entre sus brazos como una muñeca.

Gervasia había acabado el pan y sus lágrimas seguían corriendo silenciosas. Levantóse y permaneció un instante con la cabeza baja, no sabiendo qué hacerse. Pero Goujet se echó à sus piés, y cogiéndole las manos le dijo dulcemente.

—¡Señora Gervasia, la amo à vd.! ¡Oh! ¡la amo aun à pesar de todo!

¡No diga vd. eso, señor Goujet! exclamó ella enloquecida al verle à sus piés. ¡No diga vd. eso, porque me hace sufrir mucho!

Y como él repitiese que en su vida no podían caber dos sentimientos distintos, la planchadora se desesperó más aun.

—¡Calle vd., calle vd. y levántese por Dios! ¡Estoy muerta de vergüenza... Yo soy la que debería estar de rodillas.

Goujet se levantó pálido y tembloroso, y dijo con voz valbuciente:

—¿Me permite vd. que le de un beso?

Ella, llena de sorpresa y de emoción, no halló palabras con qué contestar, y le dijo que sí con la cabeza.

El depositó un beso en su frente sobre uno de los mechones de sus cabellos grises. Desde que su madre

murió no había besado à nadie. Cuando la hubo besado con tanto respeto, retrocedió y fué à caer de bruces sobre el lecho, prorumpiendo en sollozos. Gervasia no pudo permanecer allí mas tiempo; era demasiado triste y abominable hallarse en tan semejantes condiciones, amándose como se amaban. Díjole à su vez:

—Sr. Goujet, yo tambien le amo à V., yo tambien le amo... pero comprendo que no es posible..... ¡Adios, adios, porque eso nos mataria!

Y atravesando la habitacion de la Sra. Goujet se encontró en la calle. Cuando volvió en sí ya había llamado à la puerta de su casa, y Boche tiraba del cordón. El sombrío portal parecia la boca de un sepulcro, y al atravesarlo se le oprimió el corazón. Aquella casa había sido el origen de su desgracia. ¿Por qué le ocurrió un día irse à vivir en aquel cementerio de obreros donde como en todos los de su especie reinaba siempre el cólera de la miseria?

Despues, al subir los pisos en medio de la oscuridad no pudo menos que sonreír con una risa que le hacia daño. Recordaba su antiguo ideal, que se reducía à trabajar tranquila, à tener un pedazo de pan y un agujero aseado para dormir, à educar bien à sus hijos, à que no la maltratasen y à morir en su cama. Verdaderamente era triste ver como todo aquello se realizaba. No trabajaba ni comía, dormía sobre la inmundicia, su hija se había prostituido y su marido la mataba à palizas; no le quedaba mas que morir en medio de la calle. Nunca pensó en pedir al cielo el que le concediese treinta mil francos de renta. Pero en esta vida no basta ser modesto en sus aspiraciones.

Al pasar por el corredor alargó la cabeza por la puerta de los Bijard y vió á Eulalia muerta. Como viese luz en el cuarto del tío Bazouge, entró en él deseando emprender el mismo viaje que la pequeña.

El viejo había vuelto á casa con una turca tal que se quedó dormido en el suelo á pesar del frío. El ruido que hizo Gervasia le hizo despertar.

—¡Cierre V. la puerta! dijo que frío hace. Pero ¡como! ¿Es V.? ¿Qué ocurre, que desea?

Entonces Gervasia, extendiendo los brazos y sin saber lo que decía, balbució suplicante:

—¡Oh! ¡lleveme V., lleveme V! quiero dormir para siempre. y se puso de rodillas; mientras el tío Bazouge, medio despierto, creyendo que aquello era una broma, le contestó:

—Haga V. el favor de no venir á reírse de mí.

—¡Lléveme V! repitió mas ardientemente Gervasia.

Hoy no tengo miedo. Lléveme V. á dormir eternamente y verá V. como no me muevo.

Bazouge le contestó:

—Usted está en lo cierto, vecinita, pero eso no se puede arreglar tan fácilmente. . .

—¡Lléveme V., lléveme V! seguía gritando Gervasia.

—Repito que no puede ser. Hay ántes una pequeña operacion. . . Ya sabe V. cuál es. Y diciendo esto hizo un esfuerzo con la garganta, como si se tragase la lengua.

Gervasia se levantó lentamente y entró desesperada á su habitacion, echándose sobre la paja, arrepentida de haber comido. ¡Oh! ¡la miseria no mata tan pronto!

XIII.

Aquella noche no apareció Coupeau, y al día siguiente, Gervasia recibió diez francos de su hijo Estéban, que era maquinista del camino de hierro. El pobre muchacho, enviaba de cuando en cuando algun socorro pues sabia el estado de la casa. La planchadora puso su cocidito y lo comió sola, porque Coupeau no había vuelto todavía. Esperóle en vano toda la semana, hasta que el domingo recibió un papel impreso en que le anunciaba que el cerdo de su marido estaba muriéndose en Santa Ana.

Gervasia no se molestó. Ya sabia él el camino y volvería solo del asilo, si es que le hacian el condenado favor de volverlo á curar.

Sin embargo, el lunes, despues de un ligero festin con que se regaló bajo el pretexto de que hacia uu

Al pasar por el corredor alargó la cabeza por la puerta de los Bijard y vió á Eulalia muerta. Como viese luz en el cuarto del tío Bazouge, entró en él deseando emprender el mismo viaje que la pequeña.

El viejo había vuelto á casa con una turca tal que se quedó dormido en el suelo á pesar del frío. El ruido que hizo Gervasia le hizo despertar.

—¡Cierre V. la puerta! dijo que frío hace. Pero ¡como! ¿Es V.? ¿Qué ocurre, que desea?

Entonces Gervasia, extendiendo los brazos y sin saber lo que decía, balbució suplicante:

—¡Oh! ¡lleveme V., lleveme V! quiero dormir para siempre. y se puso de rodillas; mientras el tío Bazouge, medio despierto, creyendo que aquello era una broma, le contestó:

—Haga V. el favor de no venir á reírse de mí.

—¡Lléveme V! repitió mas ardientemente Gervasia.

Hoy no tengo miedo. Lléveme V. á dormir eternamente y verá V. como no me muevo.

Bazouge le contestó:

—Usted está en lo cierto, vecinita, pero eso no se puede arreglar tan fácilmente. . .

—¡Lléveme V., lléveme V! seguía gritando Gervasia.

—Repito que no puede ser. Hay ántes una pequeña operacion. . . Ya sabe V. cuál es. Y diciendo esto hizo un esfuerzo con la garganta, como si se tragase la lengua.

Gervasia se levantó lentamente y entró desesperada á su habitacion, echándose sobre la paja, arrepentida de haber comido. ¡Oh! ¡la miseria no mata tan pronto!

XIII.

Aquella noche no apareció Coupeau, y al día siguiente, Gervasia recibió diez francos de su hijo Estéban, que era maquinista del camino de hierro. El pobre muchacho, enviaba de cuando en cuando algun socorro pues sabia el estado de la casa. La planchadora puso su cocidito y lo comió sola, porque Coupeau no había vuelto todavía. Esperóle en vano toda la semana, hasta que el domingo recibió un papel impreso en que le anunciaba que el cerdo de su marido estaba muriéndose en Santa Ana.

Gervasia no se molestó. Ya sabia él el camino y volvería solo del asilo, si es que le hacian el condenado favor de volverlo á curar.

Sin embargo, el lunes, despues de un ligero festin con que se regaló bajo el pretexto de que hacia uu

tiempo agradable y que le convendría dar un paseo para hacer la digestión, tomó el camino del Asilo después de medio día. Cuando llegó y dió su nombre, le contaron que habían pescado á Coupeau en el Sena, al que se arrojó desde el Puente Nuevo.

Un guardián la condujo adonde estaba su marido, y al subir una escalera oyó una especie de rugidos que la asustaron.

—¿Qué tal?... ¡Vaya una música que trae! le dijo su acompañante.

—¿Quién? preguntó ella.

—¿Quiéñ ha de ser? ¡vuestro marido! Así está desde ayer, y baila que es un gusto. ¡Ahora verá vd!

¡Dios mío! ¡qué espectáculo!... La celda estaba acolchada de arriba abajo. Dentro estaba Coupeau súcío y desgarrado, danzando y gritando. Aquello ponía los pelos de punta.

—¡Señor! ¿qué es lo que tiene? ¿qué es lo que tiene? repetía Gervasia.

Un interno, con su mandil blanco, tomaba notas tranquilamente, sin separarse ni un instante del enfermo, porque el caso era raro.

—Quédese vd, aquí si quiere, dijo à la planchadora pero estese V. quieta. Háblele V. probablemente no la Ireconocerá.

En efecto, Coupeau ni siquiera advirtió la presencia de su muger. Tenía los ojos inyectados de sangre, los abios llenos de costras y su cuerpo despedía un sudor espeso y viscoso.

Gervasia se acercó al interno y le dijo:

—¿Esta vez es grave la enfermedad?

El alumno movió la cabeza y le dijo:

—Calle V. y déjeme escuchar.

Coupeau hablaba con frases entrecortadas. Sus ojos brillaban de un modo especial, y miraba á todas partes diciendo:

—¡Ah! ¡qué bonito!... hay castillos y una feria... Qué linternas entre los árboles!... ¡Qué fuentes!... ¡el agua canta como un niño de coro!...

—Me voy, señor, ¡buenas tardes! dijo Gervasia al interno. Esto me pone mala. Ya volveré.

Estaba amarilla como la cera, y mientras bajaba las escaleras, seguía oyendo la baraunda que traía su marido.

Por la noche toda la gente de la casa hablaba de la extraña enfermedad de Coupeau. Los Boche, los Lorraineux y hasta la Sra. Poisson, que miraban á Gervasia hácia tiempo por encima del hombro, la llamaron á la portería para que les diese detalles.

Como no la comprendían bien, hizo que le dejaran sitio; y mientras todos la miraban, imitó la danza infernal de Coupeau y su horrible canto con gestos abominables. Todos quedaron admirados, pues según añadió, llevaba treinta y seis horas sin dejar un momento aquel desenfrenado baile, siendo así que no había quien resistiese tres horas seguidas. Después de esto, Gervasia dió las buenas noches y se retiró. Al día siguiente se decidió á no ir, pues no quería perder el juicio. Sin embargo, al dar las doce no se pudo contener, y sin saber cómo, se encontró á las puertas del Asilo.

No tuvo que preguntar, pues desde la escalera oyó el mismo escándalo que el día ántes. En el corredor encontró al guardián de la víspera y le dijo:

—¿Con qué sigue lo mismo?

—Lo mismo, contestó él.

La planchadora entró, pero se detuvo en la puerta porque había gente con Coupeau. El alumno estaba de pié, y su silla la ocupaba un señor anciano, calvo y con hocico de garduña. De seguro debía de ser el médico.

Gervasia, empujándose por detrás de su cráneo, devoraba con la vista à Coupeau, que seguía con la brega del primer día.

Al fin el viejo se apercibió de su presencia, y cuando el alumno le dijo que era la esposa del paciente, empezó á preguntarle:

—¿Bebía el padre de este hombre?

—Sí señor, un poquito, como todo el mundo... Un día que estaba borracho se mató cayéndose de un tejado.

—¿Y su madre, bebía?

—Alguna que otra gotita... ya comprende vd. Mi esposo tuvo un hermano que murió muy jóven de convulsiones.

El médico se fijó en ella, y añadió con voz brutal:

—Usted, ¿bebe también?

Gervasia tartamudió y se defendió, pero el médico le dijo.

—¡Usted bebel! Tenga V. cuidado, pues ya ve V. á dónde lleva la bebida... El mejor día morirá V. de la misma manera.

La planchadora quedó inmóvil y aterrada. El médico le volvió la espalda y siguió estudiando los síntomas que ofrecía Coupeau que parecía un verdadero poli-

chinelá cuyos movimientos obedecían á las contracciones de un hilo invisible.

El plomero se quejaba con voz sorda y parecía sufrir más que el día ántes.

¡Tengo sed! ¡Tengo sed! gruñía continuamente.

El alumno le alargó un vaso de limonada. El lo cogió con ambas manos y bebió ansiosamente un trago, pero le arrojó en seguida gritando furioso.

—¡Esto es aguardientel

Entónces el practicante á una señal del médico le dió un jarro de agua. Esta vez tragó una poca, rugiendo como si hubiera tragado fuego.

—Esto también es aguardient

Desde la vispera, todo lo que bebía le parecía aguardiente, lo cual aumentaba su sed. Lo mismo sucedía con la comida.

El médico se volvió hacia el practicante, y le preguntó á media voz:

—¿La temperatura se conserva á cuarenta grados?

—Sí señor.

El doctor hizo una mueca y añadió.

—El mismo tratamiento; caldo, leche, limonada cítrica y extracto de quinina; no se separe V. de él.

Dicho esto salió, y Gervasia lo siguió con la idea de preguntarle si había esperanzas, pero iba tan grave y espetado que no se atrevió á hablarle. Después de vacilar si volvería á entrar ver á su marido, se decidió á marcharse, pues por aquel día tenía de sobra.

Naturalmente, en la casa la estaban aguardando y la llamaron á la portería para preguntarle por Coupeau. todos se admiraron al saber que todavía seguía con su

danza. Nunca habian visto cosa igual. Entónces Boche le suplicó que repitiese la escena del día ántes, imitando á Coupeau. Aunque Gervasia temia ponerse mala; deseando probar que no era un cuento, empezó el baile, pero á los tres saltos dijo que no podía, con gran disgusto de todos, pues lo hacia muy bien. En aquel momento salió Virginia y empezaron á hablar del matrimonio Poisson, que estaba en la última. El día ántes le habian embargado, y el marido iba á quedar cesante; en cuanto á lantier hacia la corte á la hija del dueño del restaurant de al lado, en donde queria establecerse. Pero todo callaron derepente viendo á Gervasia que estaba sola en un rincon ensayando el baile de Coupeau. Al verse sorprendida se escabulló y subió á acostarse.

Al día siguiente los Boche la vieron partir al medio día. Aquel día temblaba el corredor con el estruendo que hacia Coupeau. Estaba loco rematado. Su voz salia ronca y espantosa, y se inclinaba vivamente, diciendo que los soldados estaban en el patio apuntándole con sus fusiles.

—¡No tireis!..... ¡no tireis! repetia..... ¡Hola! ¡buenos días! añadió luego dirigiéndose á la pared, de espaldas á su muger.

—¿A quién ve vd? le preguntó el practicante.

—¡A mi muger! pardiez.

Esta siguió aterrada, la direccion de los ojos de Coupeau, que siguió diciendo:

—¡Ya sabes que no me mamo el dedo!.... ¡Vaya un vestido que traes, bribona!..... ¿Dónde lo has

ganado?.... Yo te ajustaré las cuentas. ¿Quién es ese que se esconde tras de tí?... ¡Ah ya le conozco!

—¿A quién ve V., pues? repitió el alumno.

¡Al sombrerero! ¡al sombrerero! rugía Coupeau.

Y como el jóven preguntase á Gervasia, ésta avergonzada no supo qué contestar.

De pronto Coupeau, bañado en sudor y con el cabello erizado, cayó de espaldas en el lecho lanzando dos gritos lastimeros.

—Señor, señor, ¡ha muerto! dijo Gervasia juntando las manos.

Justamente, en aquel momento entró el médico con otros dos, y los tres se inclinaron. Los piés del enfermo seguian moviéndose, y el médico principal dijo:

—¡Se ha dormido!

Sin embargo, le examinaron y vieron que á pesar del sueño, no solo los piés, sino que todos los miembros seguian agitándose febrilmente.

Los médicos se marcharon y Gervasia se quedó con el practicante. Pasada una hora le dijo:

¿Ha muerto?

El le contestó que nó, pues seguia moviendo los piés.

Pasadas otras dos horas, los piés quedaron de pronto inmóviles, y el practicante se volvió á Gervasia y dijo:

—¡Ya está!

La muerte sola habia detenido su movimiento.

Cuando la planchadora volvió á su casa halló la portería llena de gente que hablaba con gran calor. Creyendo que la estaban esperando, dijo tranquilamente:

—¡Ya ha espichado!

Pero nadie la oyó. La casa estaba alborotada, porque Poisson había cogido á Lantier con su esposa. Cada uno contaba el caso á su uanera; pero lo cierto es que Poisson, que se puso como tigre en un principio, se habia apasiguado, sin duda con las razones de Lantier. Boche dijo, que decididamente la hija del dueño del restaurant tomaba la tienda para poner una tripería.

Entre tanto, Gervasia viendo á la Sra. Lerat y Lorrilleux, les dijo:

— ¡Ya ha muerto!..... ¡Dios mio! qué cuatro días ha levado.

Las dos hermanas se llevaron el pañuelo á los ojos, porque despues de todo, Coupeau era su hermano. Boche dijo encogiéndose de hombros:

¡Bah! ¡un borracho menos!

Desde aquel día, Gervasia quedó como tonta, y una de las cosas muy curiosas de la casa era el verle imitar el baile y los gritos de Coupeau. Así vivió unos meses cada vez mas degradada y mas muerta de hambre. Como por aquellos días habia muerto el tío Bru, heredó su covacha.

Allí pasó sobre un monton de paja hambres y frios horribles, reducida al mas completo idiotismo. Nadie llegó á saber de que habia muerto. Lo cierto es, que como una meñana notasen que olía mal el corredor, recordaron que no la habian visto en dos días, y la encontraron ya corrompida.

Justamente le tocó al tío Bazouge llevarsela en la caja de los muertos. Cuando reconoció á la dlfuta se conmovió algo, y cogiéndola con sus negras manos con

la mayor delicadeza posible, le dijo tartamudeando mientras la colocaba en el ataud:

— Oye bien... Yo soy Bibi la Gaieté, el consolador de las señoras..... ¡Vamos! ya eres dichosa! ¡Duerme hermosa mia!....

FIN.

